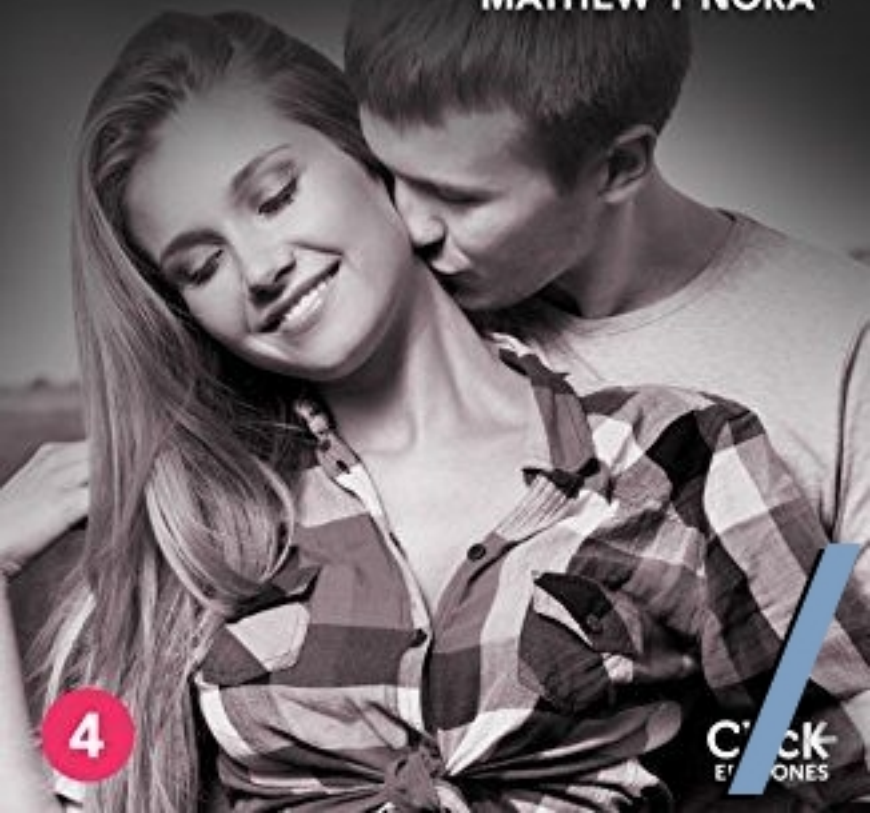


MORUENA ESTRÍNGANA

SWEET LOVE

*Ignoras cuánto
te amo*

MATHEW Y NORA



4

Click
EYES ONES

Índice

SWEET LOVE (MATTY Y NORA)
... IGNORAS CUÁNTO TE AMO
PARTE IV

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Epílogo

Biografía

Bibliografía

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

**SWEET LOVE (MATTY Y NORA)
—... IGNORAS CUÁNTO TE AMO**

PARTE IV

CAPÍTULO 1



MATHEW

No consigo dormir pensando en lo que acabo de descubrir. En lo ciego que he estado todos estos años, cuando me negaba a verla pese a lo mucho que lo deseaba. O cuando preguntaba por ella alegando que solo era para fastidiarla. En el fondo no soportaba estar lejos de Nora.

¿Cómo se puede estar tan ciego ante lo evidente?

Creo que es porque me acostumbré a ese sentimiento, porque nació en mí sin buscarlo, desde niños; fue madurando y nunca me paré a analizar qué era.

Reconocerlo ahora no sé si me hace más feliz, porque hacerlo es aceptar que tal vez ella nunca sienta lo mismo.

* * *

Al final he podido dormir un poco antes de que las caricias en el pecho que me está haciendo Nora de manera distraída me despierten del todo. Sigue acurrucada contra mí como si yo fuera su refugio. Como si ahora mismo no quisiera estar en otro lugar. La acerco más a mí y noto como su proximidad me altera. Era más feliz cuando ignoraba todo lo que me hacía sentir, sobre todo porque ahora ella está llorando por haberse acostado con otro. Solo de pensarlo los celos me matan; no puedo soportar que la haya hecho sufrir. Hubiera sido más fácil para mí mirar hacia otro lado si su novio no hubiera acabado siendo un capullo.

—¿Qué piensas? —le digo para instarla a hablar.

—Me siento muy tonta y, pese a que me he duchado, aún me parece sentir su olor en mi piel y me da asco. —Se acerca más a mí. Su cabeza reposa en mi pecho y noto el calor de sus lágrimas enfriarse en mi camiseta.

—Tú no eres tonta. Aunque me da la impresión de que algo te ha impulsado a hacerlo esta noche por primera vez —me cuesta hablar de esto, pero sé que lo necesita—. Y además habías bebido demasiado... Creo que tu novio, o ex, lo que sea, debería haber esperado...

—No le importaba. ¿Por qué iba a esperar? Solo quería saber cómo era catar a una virgen. —Nuevas lágrimas salen de sus ojos. La rabia se apodera de mí—. Yo creí ver lo mejor de él. Que cuando era un capullo, solo era una fachada. En el fondo pensaba que había transformado al chico malo...

—Los chicos malos son malos y pocos se convierten, y si lo hacen es uno entre un millón. No sé por qué os atrae ese tipo de hombres que llevan un cartel de «capullos» en la frente.

—Yo tampoco lo sé..., pero conmigo era diferente y resulta que todo era un papel. Todo...

—¿Qué se puede esperar de alguien que ni tan siquiera te regala tu flor favorita? —Escucho una pequeña risa—. Ya ha pasado, y no serás la primera ni la última que admite que su primera vez ha sido para olvidarla.

—Pensaba que sería especial..., esperaba besos y abrazos. Creo que ahora mismo no quiero arriesgarme a estar con nadie más íntimamente. Solo de pensarlo siento asco.

—El sexo es placentero si se hace con la persona correcta...

—Siento asco hasta de los besos...

—Me duele que pienses así por alguien que no te merecía.

—¿Cómo no fui capaz de darme cuenta? ¿Por qué miré para otro lado cuando lo veía tontear con otras, cuando me ignoraba? ¿Por qué fui tan tonta?

—¿Quieres que te diga lo que pienso?

—Sí.

—Creo que estabas con él por pertenecer a alguien. Que ahora llames a Robert «hermano» en vez de «papá» me lo hizo ver. En el fondo es como si quisieras dejar claro que no tienes a tus progenitores..., que no sientes que encajas en tu familia. Y necesitas la tuya propia.

Las lágrimas de Nora se acentúan. La abrazo con fuerza. Me parte el alma verla así.

—No busques eso con más idiotas. Solo te tienes que pertenecer a ti.

—Para ti es fácil decirlo, tienes unos padres geniales. Tu padre no trató de violar a la hermana de tu amiga. ¿Sabes lo que es mirar a Holly y recordar lo que a punto estuvo de hacerle mi progenitor? Es horrible.

—No tienes unos padres maravillosos, pero tienes una familia que te adora.

—Lo sé, Mathew, pero cada uno ha creado su propia familia, solo yo soy la pieza que no encaja. Mi hermano se tuvo que hacer cargo de mí cuando ni siquiera tenía pensado tener hijos. Tuvo que abandonar todo por mí...

—Tu hermano hizo lo que estoy seguro de que harías tú en su situación.

—Claro que lo haría.

—Pues entonces no te culpes por eso. Cuidarte le llevó a conocer a su mujer, Jenna. El destino estaba escrito de esa forma.

—No debería sentirme así...

—No te culpes por sentir, solo por no saber superarlo.

—Ya, claro... Ahora mismo lo veo todo oscuro. No tengo ganas de salir de aquí. —Se acurruca más hacia mí, dejando claro que se refiere a mis brazos—. No sé qué pasará cuando lo vea..., me da asco. Creo que de no haber bebido tanto no habría hecho nada.

—¿Y por qué bebiste? —digo, tratando de contener la rabia por el desgraciado de Román, que la vio borracha y se aprovechó de la situación.

—Mi madre —me dice con un hilo de voz.

—¿Tu madre? Que yo sepa no la ves desde que eras un bebé.

—Me esperaba en la puerta de mi casa esta tarde..., quería hablar conmigo.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no, y me metió una tarjeta suya en el abrigo... No he podido romperla.

Empiezo a entenderlo todo y noto crecer en mí, si cabe, más rabia. Y más dolor, porque sé que ver a su madre la hizo sentirse más sola, más perdida, y buscaba en los brazos equivocados ese amor que le ha faltado siempre de las personas que le dieron la vida.

—No tienes que hablar con ella si no quieres. Esa mujer no ha querido saber nada de ti en diecinueve años. Y si por ella hubiera sido, te habría dejado antes al cuidado de tu hermano. Los dos sabemos que estuvo a tu lado un año solamente a la espera de que Robert consiguiera tu tutela.

—Lo sé. Pero verla me recordó lo que experimenté siendo pequeña..., la soledad. ¿Por qué no soy como todos los bebés que olvidan sus primeros años de vida?

—Tú eres especial, Nora —le digo, angustiado por el hecho de que recuerde lo que fue vivir con esa mujer.

Esa conversación me estaba dejando derrotado al sentir tanto dolor entre sus palabras.

—No quiero ser especial, solo normal. Aunque, si la normalidad ahora mismo es tener novio o estar con alguien íntimamente, no la quiero. —La recorre un escalofrío producto del asco—. Tal vez nunca sea capaz de olvidar esto y volver a intentarlo con nadie.

—Ahora piensas así porque lo tienes todo muy fresco. Porque has vivido un palo gordo. Pero date tiempo. Si no, te prometo que haré algo para que lo olvides.

Se alza y me mira. Gracias al amanecer que se cuele por la ventana puedo ver sus ojos dorados rojos por las lágrimas.

—¿Me lo prometes? —No esperaba que me dijera eso, pero asiento.

—Claro, seguro que algo se me ocurrirá. Sobre todo para hacerte sonreír. ¿Te das cuenta de lo fea que te pones cuando lloras? —la pico mientras seco sus lágrimas. Nora sonríe al fin, pues sabe ver cuándo miento.

—Te fastidias.

Dice eso con una sonrisa que contrasta con su cara surcada por las lágrimas.

—Tendré que soportarlo; parece que el destino no nos quiere lejos. Y eso que siempre me he esforzado mucho por alejarte de mí...

—Y yo —dice amoldándose de nuevo en mi pecho. Y nos miramos, abrazados, y, por extraño que parezca, ahora mismo no quiero estar en ningún otro lugar.

Noto como mi pecho se expande y evito decirle que «yo no», pues creo que no sentimos lo mismo, y quedaría como un idiota.

—En el fondo es porque te encanto.

—No te flipes. —Me río y ella me sigue—. Gracias, Mathew. Por estar siempre ahí. Aunque hasta hace poco no haya sabido verlo.

No le digo que siempre lo estaré, porque ahora mismo no puedo hablar sin delatar lo que siento por ella. Tengo miedo de que sepa leer lo que hasta hace unas horas yo ignoraba. Por eso callo.

NORA

Llevo un rato despierta, pero no soy capaz de salir de la cama. Lo vivido anoche no para de repetirse en mi mente. Me siento muy tonta. Veinte años esperando y al final para nada.

Esperaba que no fuera perfecto, pero no que fuera tan horrible. Que me sintiera tan usada. No es una violación, yo lo consentí, pero lo que siento se parece a eso, porque tras todo lo vivido es como si me hubiera encandilado para un fin y yo hubiera ido hacia él como las moscas a la miel.

Las señales estaban ahí, todas y cada una de ellas, pero en mi inocencia no las veía. Solo veía confetis y arcoíris que eclipsaban todo lo demás.

Me conformaba con poco. Ahora sé que en verdad nunca tuve nada, por mucho que anhelara tenerlo todo.

Escucho abrirse la puerta que separa el salón del dormitorio. Sé que es Mathew, que, como otras veces en que me hacía la dormida, viene a ver cómo estoy. En esta ocasión no cierro los ojos. Dejo que me vea observando el techo sin ganas de salir de la cama.

—¿Encuentras lo que buscas en el techo?

—No, pero tampoco tengo ganas de mirar otra cosa. —Mathew aparece en mi campo de visión, tan guapo como siempre, y no parece que hayamos pasado una noche casi sin dormir por mi culpa.

—Buenos días. —Me sonríe y no puedo evitar devolverle una pequeña sonrisa.

—Siento haberte dado la noche.

—Yo no, voy a por tu desayuno.

Me incorporo en la cama y veo a Mathew trajinar en el salón. Se ha cambiado de ropa. Ha debido de ir a su casa... Es en este momento cuando recuerdo algo.

—¿Dijo en serio lo de que os han quitado el cuarto? —digo cuando regresa con la bandeja del desayuno.

—No te preocupes por eso.

—Sí me preocupo, fue mi culpa, como también lo fue que tuvieras que irte hace años... No dejo de amargarte la vida.

—Y pese a eso seguimos uno al lado del otro. Algo bueno tendrás, ¿no?

—Creo que eso es lo inexplicable —le digo poniendo morritos.

—No lo sientas, Nora, irme me hizo madurar y te aseguro que estar en esa fraternidad me estaba empezando a cansar.

—¿Y qué vas hacer?

—Ayer Roni le dijo a Ewan que Mateo y su novio están buscando gente para compartir su piso. Iba a hablar con ellos.

—Es cierto, a Ewan también lo han echado.

—No te preocupes, nos han devuelto el dinero que dimos por adelantando. Tampoco ha sido tan malo. Dejaré de ver la cara de más de uno y te aseguro que lo agradezco.

—¿Te han echado también del equipo?

—No, pero va a ser complicado ser capitán de un equipo dividido en dos bandos, algo que, por otra parte, siempre ha sido así —dice cuando abro la boca para pedirle perdón—. Román quería ser el capitán, pero me eligieron a mí aunque no formaba parte del equipo. Nunca nos hemos llevado bien.

—Eres mucho mejor que él y eso le molesta mucho. Me lo dijo más de una vez.

Mathew pone la bandeja con un montón de cosas sobre mis piernas.

—Yo no juego para ser el mejor. Juego porque me gusta. Mi meta no es ser un futbolista profesional.

Se sienta a mi lado y lo agradezco. Añoro su contacto. No me preparo el café porque ya lo ha hecho él. Está todo lo que me gusta. Y, aunque no tengo hambre, valoro tanto el detalle que como sin apenas darme cuenta.

—¿Y qué quieres hacer con tu vida?

—Me gustaría comprar y vender antigüedades. Y certificar que son auténticas. También exponer lo que encuentre en museos. Recrear la historia para que otros la entiendan como yo.

—Tiene buena pinta.

—Sí..., pero bueno, ya se verá.

Sé que Mathew piensa en los deseos de su padre, que siga sus pasos y le ayude con sus empresas.

—Ya se verá —digo mareando el bizcocho de chocolate, que seguro que está delicioso; el problema es que ahora todo me parece insípido.

—¿Cómo estás?

—No mucho mejor que anoche. Creo que voy a dormir un poco más. Pero puedes irte...

—No me voy a ir. Estaré cerca —coge la bandeja y se marcha, dejándome en soledad.

Me arropo con las mantas y me hago un ovillo, pero, aunque lo intento, no consigo dormir. No dejo de ver la cara de Román y su cuerpo entrando y saliendo del mío. De sentir ese ardor entre las piernas y ese deseo de que acabara pronto algo que la gente llama «placer».

Cansada de dar vueltas, salgo de la cama y voy a darme un baño. Antes de entrar veo ropa mía limpia y doblada en una silla; no es la que llevaba anoche. Mathew ha debido de pasarse a por ella esta mañana. La cojo y me encierro en el baño. Lleno la gran bañera con agua muy caliente, como si así se quitara más el rastro de Román, y me meto en ella notando como el calor hace estragos en mí.

Una vez dentro, cierro los ojos e intento olvidar. Por suerte sí recuerdo que se puso protección. No me puedo imaginar lo que habría sido si me hubiera quedado en estado de alguien así y tener que

compartir con él lo más bonito de mi vida. Hay que ver como un solo error podría cambiar para siempre mi existencia...

* * *

—¿Nora?

Abro los ojos y miro hacia la puerta. Me he quedado dormida en la bañera. El agua está ya fría y al moverme me duelen los músculos.

—¿Sí?

—Roni te ha llamado varias veces y me acaba de llamar a mí. Está preocupada por ti. ¿Te paso el teléfono?

—¿Tratas de buscar una excusa para verme desnuda, Mathew? —Se ríe.

—¿Se ha notado mucho? —dice siguiéndome el juego.

—Un poco. Ahora salgo. El agua está helada.

Me lavo y, tras quitarme el jabón, salgo de la bañera. Me envuelvo el pelo en una toalla y me visto después de secarme. Al salir encuentro a Mathew sentado en la cama. Solo me mira. Sus ojos azules tratan de transmitir alegría, pero sé que está mal, que no le gusta verme así. Lo veo tan claro que me pregunto por qué siempre he estado tan ciega ante él.

Me siento a su lado y apoyo mi cabeza sobre su hombro. Nunca imaginé que un día él sería mi ancla, mi punto de apoyo.

—¿Estás mejor? —me pregunta.

—Estoy rara. No sé cómo llevar esto. Y parezco tonta, mucha gente se acuesta con unos y con otros y no le dan tanta importancia.

—Tú eres muy pasional. No haces las cosas por nada.

—Y, tras mucho pensar, la cagué.

—Una experiencia que contar, no le des más relevancia de la que tiene.

—Odio que haya sido él, que todo haya sido así.

—Ya no se puede cambiar, pero seguro que un día llegará alguien que te haga olvidarlo. —Noto que le cuesta hablar y lo miro. Sonríe—. Y te muestre los placeres del sexo.

—Hasta ahora lo único que me da placer es comer chocolate. Y ahora mismo prefiero hincharme a chocolate que pensar siquiera en estar con alguien en la cama. Solo de imaginármelo siento asco.

—Ya se te pasará. Y ahora, mientras pido algo para comer, llama a Roni.

—No tengo hambre...

—Me da igual, vas a comer.

Lo miro enfadada cuando se levanta y por sus ojos sé que le da igual. Y ya sabemos que ambos somos muy cabezotas. Nos ha costado años admitir que en el fondo queríamos ser amigos.

CAPÍTULO 2



NORA

Cojo el móvil y llamo a Roni. Mathew ha cerrado la puerta para darnos intimidad. Nunca imaginé que ese niño travieso fuera tan empático y considerado. Es curioso cómo juzgamos a la gente erróneamente y luego hacen algo que nos sorprende, unos para bien, otros para mal.

—Hola, Nora, me tenías preocupada. ¿Cómo estás?

—Bien —le digo a Roni.

—No me mientas.

—No te miento, estoy bien.

—No lo estás, y no me gusta que me digas «bien» solo para que yo me quede tranquila. Ser amigas no es eso, Nora. Es estar en las duras y en las maduras, y tú siempre has estado ahí para mí.

—Y tú para mí.

—Por eso mismo. Si yo, cuando estoy hecha una mierda, te lo cuento, espero lo mismo de ti. Porque para reír tengo a mucha gente. Y no se puede considerar amiga a alguien que solo te cuenta sus cosas buenas.

—Y no vas a dejar de insistir, ¿verdad que no? —Se ríe.

—Hasta que se te meta en esa dura cabeza que tienes. ¿Cómo estás? —pregunta de nuevo. Me tiro sobre la cama.

—Hecha una mierda. Ahora mismo me gustaría borrar las últimas veinticuatro horas... —Aunque me quedo pensando en lo vivido con Mathew, en cómo me ha cuidado, y sé que no, que pese a todo no quiero perder todos esos recuerdos—. O, más bien, la parte en la que perdí el norte y me entregué a un capullo al que solo le interesaba saber cómo era hacerlo con una virgen.

—No sabes cómo lo odio. Nunca me ha caído bien, pero en el fondo deseaba estar equivocada.

—Lo sé. Ahora mismo es pensarlo y me debato entre el asco y el sentirme muy tonta.

—No te creas que eres la única que ha tenido una primera vez horrible. Yo ni tan siquiera sé cómo será mi primera vez. Tras la intervención te aseguran que la mayoría de las mujeres que pasan por esta operación de cambio de sexo pueden conseguir una vida sexual plena, pero yo no sé si por haber nacido con un cuerpo equivocado será así. Tal vez sea un horror...

—Hazlo con la persona que no solo tenga sexo contigo, deja que te haga el amor. —Los ojos se me llenan de lágrimas y me cuesta reprimirlas—. Yo me conformé con menos.

—Tú estabas enamorada...

—Eso es lo más triste, Roni, que las dos sabemos que nunca dije que lo estuviera. Y, sin embargo, seguía con él.

—Bueno, eso es porque estás empeñada en transformar a los malos. Hasta que un día te des cuenta de que quien bien te quiere llorará a tu lado, y no será el que origine las lágrimas que empañan tu mirada.

—Gracias, Roni.

—No tienes que darlas. Y ahora dime que vendréis a cenar esta noche. Mateo ha propuesto cenar en su casa para celebrar que al fin tiene nuevos compañeros.

—Entonces ha aceptado acogerlos.

—Sí, en palabras tuyas: «Siempre he deseado tener un jugador de fútbol sexi cerca, dos ya ni te cuento». Te puedes imaginar la cara de Ginés, pero, como lo conoce, sabe que se le va la fuerza por la boca.

—Me alegro por ellos. Todo ha sido por mi culpa...

—Si te soy sincera, Ewan no era feliz en la fraternidad, pero les hacían buen precio por ser del equipo; Mateo no les va a cobrar mucho más y sé que va a estar más cómodo.

—Mathew no sé qué pensará...

—¿Ahora es Mathew?

—Sí, Matty ya era muy infantil. No le pegaba.

—Mathew me gusta, yo también lo llamaré así.

—Voy a ver qué ha pedido para comer. Luego nos vemos.

—Genial. Y, Nora, no derrames más lágrimas por alguien que nunca te mereció.

Cuelgo y miro el móvil pensando en sus palabras y sabiendo que tiene razón. Y también sabiendo que es complicado pedirle a un corazón que está sufriendo que deje de hacerlo.

Tocan a la puerta y le digo a Mathew que pase. Lo hace y se sienta a mi lado. No dice nada, solo espera.

—Me ha dicho Roni que ya tenéis casa, aunque me consta que tú no necesitabas con tanta urgencia como Ewan buscar un cuarto. Siempre puedes quedarte aquí.

—Sí, pero no me gusta estar aquí. Me gusta más vivir por mi cuenta, como uno más.

—No eres uno más, aunque nunca hagas alarde de que naciste con sangre real.

—Eso es una chorrada. Solo he heredado la historia de mi familia. Los reyes no son más que personas que tienen un título que les hace creerse superiores. Menos mi padre, claro.

—Claro —digo con una sonrisa.

—El título no hace al hombre. He investigado a mi familia y cómo consiguieron el reino; fue tras una dura guerra. Un antepasado mío se proclamó rey. No era más que un guerrero que por su avaricia conquistó unas tierras y, para conseguirlo, mucha gente padeció. ¿De qué te sirve ser rey si para lograrlo tienes que pasar por encima de un reino manchado de la sangre de inocentes?

—Eran otros tiempos.

—Mi abuelo no era mucho mejor. Ya sabes que para separar a mis padres obligó a mi madre a casarse con él, amenazándola para separarla de mi padre y hacerle daño a este con su enlace, y que tras varias palizas ella huyó de su lado y se ocultó. No, el título es solo parte de una historia de nuestros antepasados que yo no considero lo mejor de mí. Prefiero ser solo Mathew.

Me vuelvo y lo miro.

—¿Ahora eres Mathew?

—Eso parece —me dice con una sonrisa sincera.

—Me gusta más que Thew, la verdad.

—A mí más que Matty. —Sonrío.

—En el fondo te encantaba que te llamara así —digo apoyándome en su hombro de nuevo, necesitando su estabilidad y su contacto.

—Ni de coña. —Me río pese a todo y no sé muy bien por qué y cómo es posible que exista un rayo de felicidad cuando lo veo todo tan oscuro.

Tocan a la puerta del cuarto y nos levantamos para ir a por la comida. Entran dos carros llenos de cosas y miro a Mathew pensando que se ha vuelto loco. Tras dar las gracias a los camareros, cierra la puerta y va hacia donde han dejado las bandejas. Las destapa y, si ya el salón olía bien, ahora se impregna aún más de estos succulentos aromas. Se me hace la boca agua.

—A comer. Espero que tengas hambre.

—Sí, pero no tanta como tú, que por lo que parece comes por dos.

Se levanta la camiseta y se le ven unos perfectos abdominales.

—Esto cuesta mantenerlo.

—Fanfarrón —le digo sentándome a su lado al tiempo que él lo hace.

—Realista —me dice guiñándome un ojo.

—Creído.

—Sincero.

—Presumido.

—Eso sí que no, te prometo que paso de pegarme horas ante el espejo.

—Pues no lo parece. Aunque en parte es normal, hay cosas que no tienen arreglo. —Le saco la lengua mientras pone en mi plato carne en salsa con patatas.

—Me ofendes, aunque sé que en el fondo quieres decir que te parezco incomprensiblemente atractivo. —Me guiña un ojo y me río; por su media sonrisa es evidente que esperaba esa reacción por mi parte.

—Cuando los cerdos vuelen.

—Ten cuidado, a ver si van a empezar a hacerlo.

Sonrío y me decido a probar la comida. Está deliciosa; lástima que hoy no sea mi mejor día para degustarla. Pese a eso, como más de lo que esperaba y, cuando pasamos al postre, aunque estoy llena, termino comiéndome casi todo el *brownie* de chocolate.

Acabo y miro a Mathew, que me observa con fijeza y no sé cómo descifrar su mirada azul, ni por qué la intensidad de esta altera mis sentidos.

—¿Qué pasa? —le digo limpiándome los labios.

—Solo pensaba. —Aparta la mirada.

—¿En qué?

—En todo y en nada en concreto —dice levantándose y recogiendo la mesa.

Le ayudo a recoger y, cuando me pregunta qué quiero hacer, me voy directamente a donde está la tele, frente a unos sofás que parecen más bonitos que cómodos, y me siento en ellos.

—Voy a buscar pelis de las de llorar.

—Sí, lo mejor para este momento.

—Pues sí.

—Eso es de masoquistas. Como ponerse música triste tras una ruptura.

—Es que no tengo los cascos, si no, lo haría.

Mathew pone los ojos en blanco y va a por una caja de clínex. Los deja sobre la mesa de café y se sienta a mi lado.

—Vamos, tortúrame con una peli mala de las de llorar. Prometo no reírme.

—Siempre puedes irte, y ya nos vemos luego en mi casa. Mateo nos ha invitado a cenar.

—Me parece bien, y no, no voy a irme. Vamos, dale a la tele por cable, a ver qué nos ofrece.

Pongo una que sé que es de llorar y me acomodo. No sé cuánto tiempo pasa hasta que me quedo dormida. Al despertar me siento desorientada y veo a Mathew a mi lado acariciando distraídamente mi pierna, que está sobre las suyas, y mirando la tele con los ojos húmedos. No llora, pero es evidente que lo que está viendo le entristece. Miro la pantalla y es el momento más triste. Nunca hubiera esperado esta sensibilidad por su parte.

—No sé para qué has dejado esta película puesta si te has dormido a los dos segundos —me dice mirándome ya sin rastro de emoción en sus ojos.

—Siempre podías haberla quitado.

—Esperaba que se quedaran juntos, no que lo dejara por otro. Está claro que nunca será feliz.

—Ha elegido con la razón.

—Cuando se hace así, todo está destinado a fracasar. La razón no te invita a hacer locuras como amar a alguien contra todo y quererlo aun cuando las cosas se ponen feas. La razón te hará salir corriendo y no mirar atrás.

—Piensas en tus padres.

—Sí, ellos han tenido momentos buenos y otros donde solo lo que sienten los ha mantenido juntos. Sé que cuando yo me fui de casa mi madre lo pasó muy mal y no podía hablar con mi padre, que era quien lo había decidido. Al final hicieron las paces y ahora están mejor que nunca, pero si no hay sentimientos es más difícil perdonar.

—No lo sabía.

—Nunca nos habíamos separado —me confiesa—. Desde que nací, mi madre era mi heroína. Y de repente me mandaron lejos... Yo pensaba que ella era feliz con su decisión. Me enteré hace poco por Ella, que los oyó hablar de este tema, de que mi madre lo pasó muy mal. Solo el tener que cuidar a mi hermana hizo que no perdiera la cabeza.

—¿Y por qué no te hicieron volver?

—Porque en el fondo sabían que era lo que yo necesitaba. No es fácil aceptar que lo que una persona que quieres necesita es estar lejos de ti.

—¿De verdad era lo que necesitabas?

—Me centré en los estudios. Y pasé de aprobar por los pelos a sacar matrículas. Y dejé de meterme en peleas. Aunque en realidad eso fue porque no tenía a nadie a quien defender.

—Es un honor tener ese privilegio. —Me acerco a su ceja partida y la acaricio, así como el labio, que hoy está mejor, pero se nota que anoche fue herido—. Soy lo peor que te ha pasado, si lo piensas...

—No lo eres. Mi vida no sería la misma sin ti. —Me coge la mano—. Sería aburrida y sosa —dice con una sonrisa—. Me gustan las emociones fuertes. —Me guiña un ojo y se levanta. Será mejor que nos vayamos. Ewan me ha escrito para que pase por el supermercado a comprar algunas cosas.

Recojo mis cosas y veo la ropa de anoche doblada a un lado. Lo recuerdo todo de golpe otra vez. Escucho a Mathew entrar y ponerse detrás de mí.

—Ni siquiera nos quitamos la ropa...

—Mejor, así no has tenido que ver su minisalchicha. Tendrías pesadillas. —Y así, con ese comentario, me hace reír.

Una vez más da luz a mi oscuridad, y esta vez no me pregunto cómo es posible, porque sé que es porque es él, mi Mathew.

CAPÍTULO 3



MATHEW

—No es tan grande como tu antiguo cuarto, pero no está mal, ¿no? —Termino de guardar mi ropa en el armario y miro a Ewan.

El resto de mis cosas siguen en cajas y bolsas. Hemos llegado hace un par de horas y Nora se ha ido a su casa con Roni. Al entrar, Ewan salió y me dio las llaves de mi nuevo hogar. Uno más. He perdido la cuenta de los lugares donde he estado.

—No, no está mal. Al menos aquí no tenemos que estar rodeados de capullos; empezaba a desarrollar una alergia por ellos. —Sonríe y se sienta en mi nueva cama.

—Tú podrías haberte quedado donde quisieras. ¿No te habrás quedado para que así, al dividir el alquiler entre cuatro, me salga a pagar lo mismo que en la fraternidad, no?

—No soy tan bueno con las cuentas como tú; eso ni lo había pensado —le respondo, pero no es tonto y sabe que sí lo he hecho en parte por eso—. Estaremos bien aquí. Y, tras lo que ha pasado con Nora, quiero estar cerca de ella...

—Porque te gusta.

—No me gusta.

—Ya, claro, a mí no puedes mentirme. A ti mismo puedes engañarte tanto como quieras.

Me siento a su lado.

—Es una mierda todo.

—Lucha por ella, pero sí, ahora lo tienes complicado. Acaba de pasar por una ruptura que le costará olvidar.

—Tenía que haberlo parado antes, sabía que él le haría daño.

—Si hubieras insistido más, habrías acabado perdiéndola. En temas de relaciones, por mucho que le digas a una persona lo que tú ves, hasta que ella no se da cuenta por sí misma, no hay nada que hacer. Por eso dicen que el amor nos ciega.

—Y tú con Roni, ¿qué tal?

—Muy bien —dice con una sonrisa—. ¿Te das cuenta de que parecemos dos marujas hablando de todo esto? —Me río.

—Será mejor que preparemos la cena. Mateo ya te ha dicho que él ponía la casa y nosotros hacíamos la cena.

—Si por hacer la cena te refieres a meter en el horno las pizzas que te ha mandado comprar, me apunto.

* * *

He bajado a por hielos y refrescos. A Ewan se le olvidó decirme que casi no había. Mateo y su novio acaban de llegar y me han dado la bienvenida. Se les ve muy buena gente. Tocan al timbre y Ewan sale casi corriendo para abrir, ya que lo más seguro es que sea su chica. Eso sí, al llegar a la puerta se

detiene y abre como si no le hubiera faltado tiempo para hacerlo. Y sí, tras la puerta está Roni, a la que besa, y a su lado, Deb y Neill. A estos últimos no los esperaba. Neill jugó esta tarde.

—¿Qué hacéis aquí? —Neill viene hacia mí y me da un abrazo con palmadita en la espalda. Hago lo mismo.

—Roni le ha contado a Deb lo que había pasado y tras el partido nos hemos venido. Acabamos de llegar.

—¿Y Nora? —pregunto intentando que no se note mi deseo de verla.

—Ahora viene, estaba haciendo un postre y le faltaba un poco —me responde Deb antes de darme dos besos.

Preparamos algo para beber y nos sentamos ante la tele. Cómo no, hay fútbol. Nosotros jugamos mañana. Hoy me he saltado el entrenamiento y Ewan también; el entrenador ha visto el ambiente tan cargado que, tras llamarnos para hablar, no ha insistido en que fuéramos. Pasa un rato y Nora no viene. Le robo las llaves de su casa a Mateo; he visto que las tenía colgadas donde hemos dejado las nuestras, ponía «casa de las chicas», y me marchó a buscarla. Cuando entro la encuentro mirando por la ventana.

La casa huele a chocolate. Reconozco ese olor, es como la tarta de chocolate y galleta de Jenna. Me acerco a Nora y me quedo a su lado. Mi imagen y la suya se reflejan en el cristal y puedo ver sus ojos tristes.

—Ya iba.

—Ya se nota.

—La tarta necesitaba más frío.

—Claro, y Mateo no tiene frigorífico. Es comprensible. Su casa es de la Edad Media.

—Tonto. —Sonríe y siento que, por un instante, todo está bien—. Solo necesitaba tiempo.

—Sigues necesitándolo para estar bien aunque vengas a cenar.

—Lo sé. Bueno, ayúdame a decorar la tarta.

—¿Y arriesgarme a que me pringues de chocolate? —Me saca la lengua y tira de mí hacia la cocina.

Miro nuestras manos entrelazadas: nunca me había parado a pensar que este simple contacto podría ser en un algún momento un mundo para mí.

Llegamos a la cocina y se suelta para sacar la tarta. Luego busca anises de colores y me los tiende.

—Te dejo el honor. —Me mira y sé que recuerda cuando de niño me gustaba hacerlo solo porque a ella también, y la mayoría de las veces acabábamos peleando sobre la tarta para ver quién ponía más anises.

—Gracias. —Cojo el bote y decoro la mitad. Luego se lo tiendo—. Iguales.

Nora decora el otro lado.

—Iguales. —Me mira sonriente; por desgracia, la sonrisa no alcanza sus ojos dorados.

—Creo que voy a empezar por el postre —digo metiendo el dedo en el chocolate.

—¡Mathew!

Me quita la tarta y sale con ella de la casa.

—Está muy rica.

—Lo sé. Y tú ya has comido tu parte —me dice cuando la alcanzo ya en el rellano. Cierro la puerta.

—Pienso repetir.

—Será si yo quiero. —Nos abren la puerta y Mateo le quita la tarta.

—¿Cómo está mi princesa? —dice abrazando a Nora con una mano hasta que yo le quito la tarta y me la llevo al frigorífico. Escucho como Nora miente y le dice que bien—. Qué buena pinta, mejor que nuestras pizzas —dice Ewan sacando la última del horno.

—Jenna le enseñó a cocinar a Nora. —Ewan asiente y llevamos las pizzas al salón.

Nos sentamos a cenar y noto como Nora se relaja cuando los temas de conversación van por otro lado y no mencionan su desastrosa noche.

Tras el postre, que está delicioso y del que repito bajo la atenta mirada de Nora, que aunque pone morros noto en sus ojos que le gusta que lo haga, nos vamos a los sofás y Mateo saca algo para beber.

Cuando lleva dos copas, saca el desastroso tema a su manera. Estoy sentado al lado de Nora y noto como se tensa, como aprieta la copa que tiene en la mano y la deja sobre la mesa.

—Mi primera vez fue una mierda. —Nora hace amago de levantarse, pero la sujeto. Siento que Mateo lo está haciendo por algo.

Acaricio su pierna para que se relaje y parece que lo consigo, ya que no hace nuevamente amago de irse.

—Para empezar, fue con una chica —dice, y Deb le lanza un cojín que casi le tira la copa—. No digo que por eso fuera malo, es que yo aún no sabía que lo que fallaba no eran ellas, era yo.

—Te recuerdo que mi primera vez también fue con una mujer —dice Ginés mirando a Deb.

—Y fue horrible para los dos —apunta Deb. Casi escupo lo que he bebido y miro a Neill.

—Sí, Ginés fue su primer novio —me aclara—. Prefiero no pensar en ello.

—No seas celoso —dice ella dándole un beso.

Algo que no han dejado de hacer en toda la cena; no besos largos, sino pequeños gestos de cariño, como tocarse la mano y darse un pico cuando nadie parece darse cuenta. Como si necesitaran decirse «hola, estoy a tu lado todo el rato». Me alegro mucho por Neill; se merecía a alguien así.

—Bueno, como iba diciendo —sigue Mateo—. Mi primera vez fue una mierda. Con deciros que, casi a punto de acabar, llegaron los padres de mi chica y en ese instante tuve que recoger mis cosas y salir medio en bolas por la ventana...

Rompo a reír al imaginarlo y el resto hace lo mismo.

—Mi primera vez fue en el coche de mi padre —dice Ewan, y Roni lo mira curiosa—. Es mentira que hacerlo en un coche mola; yo no sabía cómo ponerme y luego estaba preocupado por si mis padres notaban algo. Me hubieran echado de casa. Creo que en el fondo siguen pensando que voy a llegar virgen al matrimonio. —Sonrío, pero Roni, no; saber lo conservadores que son los padres de su chico la tensa.

—La mía tampoco fue memorable —digo.

—Tú acabaste con abrazos —dice Nora, y me doy cuenta de que no le importa que fuera mal, que esperaba que fuera así; lo que le dolió es que después todo fue frío y Román le echó en cara que solo la quería porque era virgen.

—Esa vez, sí, pero otra vez me enteré de que mi novia solo me quería por quien era; y que, mientras estaba conmigo y me daba abrazos y cariño falsos, se tiraba a uno de mis amigos de internado.

Nunca le he contado esto a nadie. Cuando lo descubrí me sentí una mierda; saber que solo estaba conmigo por quien era, por mi dinero, me hizo sentir tonto por no haberme dado cuenta.

—Lo siento —me dice Nora.

—Está superado —le respondo con una sonrisa—. Todos tenemos experiencias que queremos olvidar —digo solo para ella.

— Mejor cambiamos de tema —dice incómoda.

Asiento y le pregunto a Neill cómo va en su equipo, sabiendo que se liará a hablar de fútbol y se olvidará de todo, y así es. Al final acabamos hablando por grupos mientras bebemos y Neill me cuenta lo bien que le va y que mañana se va a quedar a ver nuestro partido.

—Va a ser curioso ver si en vez de ir contra el equipo contrario os matáis entre vosotros —apunta Mateo.

—Y se supone que yo tengo que dirigir como capitán a todos —digo sarcástico—. No veáis las ganas que tengo.

—Siempre puedes putear a Román —dice Mateo—. Y no dejar que nadie le pase el balón.

—Esa idea me tienta.

Doy un trago a mi refresco y evito centrarme en el partido de mañana. Pensando en que tenemos que madrugar, Mateo da por finalizada la velada e invita a todos a irse, menos a nosotros. Me despido de mis amigos y me voy hacia mi cuarto. Me quito la camiseta y la tiro sobre la cama. Me vuelvo cuando escucho abrirse la puerta de mi cuarto. Quien acaba de entrar es Nora, aunque acabo de ver como se iba. Alza unas llaves.

—Tenemos llaves de repuesto en nuestra casa de esta...; necesitaba saber si estabas bien.

—¿Si yo estoy bien? —Nora me mira a la cara, o lo intenta, pues noto como pasa sus ojos por mi pecho desnudo.

—Sí, todo esto es...

—Es lo que tenía que pasar, no es tu culpa.

—Y el partido de mañana será una mierda.

—Seguramente.

—Lo siento.

—No lo sientas, no me arrepiento de nada; bueno, sí, de dejar que te hiciera daño.

—No podías haberlo evitado. Yo no os escuchaba.

—Pese a eso.

—Es mejor que me vaya. —Sus ojos, una vez más, me queman cuando me mira. Por su sonrojo parece que no ha visto muchos torsos desnudos—. Iré al partido a animarte.

—No tienes por qué ir.

—Quiero demostrarle que no me importa verlo.

—Aunque sea mentira.

—Solo nosotros lo sabemos. —Sus ojos se posan sobre los míos—. Buenas noches, Mathew.

—Buenas noches, Nora.

Sale de mi cuarto y su perfume a frutas dulces permanece en el aire. Me quedo un rato mirando donde ha estado hasta que me siento tonto por ello y me cambio para acostarme.

Cuando al fin me tumbo y apago la luz, no es la cama lo que extraño, o que este no fuera mi hogar hasta hace unas horas; es a Nora. Su cuerpo abrazado al mío, su aliento calentando mi cuello. Sus manos acariciándome en sueños. La echo tanto de menos que me parece mentira poder extrañar algo que tan solo he tenido por unas horas.

CAPÍTULO 4



NORA

«No me apetece estar aquí», pienso cuando entramos en el campo de fútbol y vamos hacia nuestros asientos. Hemos venido todos, hasta Daura y su nuevo novio, y este parece que de verdad le va a durar. Se les ve muy bien juntos.

Mathew e Ewan nos han dado sus entradas. Están tras los banquillos; son las que tenía Neill cuando era capitán, y esto ha emocionado a Deb, por recordar tiempos pasados y poder ver esta vez el partido desde las gradas junto a su novio.

Yo les he hecho pensar a todos que estoy bien y que no me molestan las miradas, ni como la gente me parece que me señala y murmura. En mi mente hasta me imagino lo que dicen: «Mira, por ahí va la virgen por la que se han peleado los del equipo».

Es horrible.

Alguien puede pensar que tras haber pasado por eso varias veces ya estaría acostumbrada, pero no es así. Esta vez no es peor que las otras, ya que cuando pillaron a mi padre tratando de violar a Holly, la hermana de Roni que acababa de descubrir que su desaparecido padre no era otro que el rey que tiene su palacio en el pueblo donde vivíamos, el rumor corrió como la pólvora, porque la prensa estaba al quite de todo lo que tenía que ver con Holly y su entorno. Y la gente no se cortaba al señalar que mi padre era un violador; era incluso más jugoso este cotilleo que el de que la hermana pequeña de la hija recién descubierta del rey fuera transexual.

Pensaban que no los escuchaba, pero cómo no hacerlo, si no tenían cuidado... Les daba igual que yo tuviera solo once años, que yo no hubiera tenido nada que ver. Era la hija de un desgraciado y podía notar como eso cambiaba la forma de mirarme de la gente.

Algunos lo hacían con fijeza, como si esperaran que me salieran dos cabezas. Nunca le dije a nadie lo mucho que me afectó todo aquello porque tenía que pensar en Roni; se había descubierto que *él* en verdad era una *ella* cuando, para salvar a su hermana, salió a la calle vestida con ropas de mujer, y me preocupaba mucho mi amiga.

Lo que yo sintiera podía esperar. Roni estaba a punto de quebrarse, de romperse en mil pedazos para siempre. Tenía que ser fuerte por las dos. Iba a enfrentarse al mundo, a decir: «Sí, soy una mujer».

Pronto descubrimos que la gente habla de los demás para imaginarse que su vida es mejor.

Cuanto más cae una persona, más poderosos se sienten. Es horrible pensar así, cimentar tu felicidad sobre las desgracias de otros.

Sonrío como si todo estuviera bien, como si no deseara estar en otro lugar. Me siento y miro hacia el campo, donde ya entrenan los dos equipos, o los tres, porque se percibe claramente la división que hay en el nuestro. Román está a un lado con sus amigos, esos que le ríen todas las gracias. A los que nunca he soportado, pero que tragaba por el bien de nuestra relación. Miro a Román y recuerdo sus manos tocándome con brusquedad, con prisa. Cómo entró en mí sin miramientos, sin importarle nada salvo su propio placer. Mostrando el ser egoísta que lleva dentro.

No sé hacer de esa noche un recuerdo. Me cuesta pasar página.

Centro mi mirada en Mathew, que, junto al entrenador, indica las últimas técnicas de juego; está claro que el entrenador se ha posicionado de su lado y eso me deja más tranquila. Terminan el entrenamiento y van hacia los vestuarios. Mathew, antes de entrar, me mira y me guiña un ojo.

Me parece mentira cómo hemos llegado a esto. Cómo, en una noche de tormenta emocional, quien creía que era mi enemigo fue en verdad mi salvavidas.

* * *

El partido empieza y, como ya se esperaba, juegan fatal. Por suerte solo pierden por un gol, y digo «por suerte» porque el otro equipo ha tenido oportunidades para ganarles por goleada. Mathew ha impedido más de una jugada de gol seguro y el portero de nuestro equipo ha hecho un partidazo.

Al acabar escuchamos como el entrenador les dice que tienen reunión en los vestuarios. Que no hagan planes para luego, porque va a ser larga.

Nos vamos a casa Roni y yo, ya que los demás se van a tomar algo y a nosotras no nos apetece mucho. Roni se mete en nuestro cuarto y yo me quedo viendo la tele, con poco volumen; en realidad estoy esperando a Mathew, alerta a los movimientos de la escalera. Estoy preocupada por lo que haya pasado en esa reunión.

Son casi las diez cuando tocan a la puerta. Voy a abrir y veo tras ella a Ewan.

—Vengo a ver a Roni.

—Está en nuestro cuarto. —Asiente y se marcha a buscar a su chica.

Pensando que Mathew puede estar en su casa, cojo las llaves de casa de Mateo y, tras cerrar la puerta de la mía, me meto en ella. Veo luz en el cuarto de Mathew y, aliviada de que esté, entro sin llamar; por culpa de ello lo encuentro en medio del cuarto solo con ropa interior negra.

Como me pasó ayer, no puedo despegar la vista de su cincelado cuerpo. Nunca un cuerpo masculino me pareció tan atractivo. Es perfecto. Nada de grasa. Todo fibra.

—Nora...

—No te estoy mirando medio desnudo.

—¿No? Vaya, creí que sí. —Va hacia su cajonera, saca un pantalón de hilo de pijama y se lo pone ante mi atenta mirada—. Nora...

—¡Que no te estoy mirando! —le miento roja como un tomate—. No eres tan guapo.

Podría serlo más. Y por su media sonrisa sabe que miento. Se pone una camisa de algodón blanca y se sienta en la cama. Parece relajado, no como si acabara de salir de una reunión complicada.

Me siento a su lado en la cama de matrimonio. Es enorme.

—¿Qué tal ha ido?

—Si tu pregunta es si me han quitado el cargo de capitán, te diré que no. Y, por lo tanto, sigo siendo miembro del equipo.

—He visto que el entrenador estaba más contigo, ¿se ha enterado de lo que pasó?

—Sí, pero quería saber mi versión, porque le habían llegado dos, y le dije cuál era la cierta. Nunca se ha llevado muy bien con Román, pero es buen jugador y tiene beca.

—Menudo lío.

—No me importa. Lo volvería a hacer. —Se deja caer hacia atrás en la cama y yo hago lo mismo a su lado. Nos quedamos en silencio mirando el techo y no puedo evitar preguntarle algo a lo que llevo dándole vueltas desde anoche.

—¿La querías? —Mathew se vuelve y sus iris azules estudian los míos en busca de más respuestas—. A la chica que te engañaba.

Aparta la mirada y me da rabia no poder leer en sus ojos lo que piensa.

—Por ese entonces creía que me gustaba mucho. No me esperaba eso de ella, la verdad.

—¿Y cómo lo descubriste?

—Los vi dándose el lote en la parte trasera de una discoteca cuando salí a buscarla, y se ve que a ella le ponía cuando él alababa lo mentirosa y rastrea que era, porque mientras se liaban él se lo decía una y otra vez y ella disfrutaba.

—¿Y qué hiciste?

—Me reí, como si no me importara ni me doliera. Me miraron e intentaron recomponerse. Ya sabes, hacer ver como que en verdad no había visto lo que vi. Le dije que lo sabía todo, que no era tonto y que a nadie le amarga un dulce. En realidad estaba muy dolido y no quería que ella lo supiera.

—Lo imagino; eso es peor que lo que me ha pasado a mí... Aunque tal vez no, porque Román me confesó que me había puesto los cuernos. Estamos empatados.

Se vuelve y me mira.

—No me gusta empatar en algo así —me dice con una media sonrisa.

—Ya, a mí tampoco. Y tras ella, ¿hubo alguien más?

—No, no he pensado en estar con nadie más.

—Te marcó. Como a mí.

—Solo date tiempo, luego lo superarás.

—¿Y tú?

—Cuando llegue la indicada, lo haré. No pienso conformarme con menos.

Alzo mi mano y acaricio en un impulso su mejilla, que ya empieza a tener rastros de barba rubia.

—No lo hagas, yo no pienso hacerlo. —Se vuelve y me mira, y parece más serio que de costumbre por mi caricia.

Empiezo a apartar la mano, pero la retiene y le da un beso antes de dejarla donde estaba. Me quedo impactada por el gesto. Y por cómo hormiguea mi piel por el contacto de sus labios.

—No lo haré, y tú tampoco, ya me encargaré yo. Pienso ser para ti como un grano en el culo.

Me río y él me sigue.

—Eres igual de feo, sí. —Eso acentúa su sonrisa.

Nos quedamos en silencio. Sin decir nada, no hace falta.

—¿Te quedas a ver la tele? —me pregunta pasado un rato.

—Vale, no tenía nada que hacer.

Debería estudiar, o acostarme pronto; el problema es que ahora mismo no me apetece estar en otro lugar que no sea a su lado.

¿Por qué? No lo sé.

CAPÍTULO 5



NORA

Dicen que el tiempo lo cura todo; yo en este mes he aprendido que en realidad solo aprendes a vivir con ello.

No es que siga sintiendo algo por Román, o que lo eche de menos a él o lo que tuvimos. Es más bien que me cuesta reconocermé en esa situación, me cuesta pasar página y decirme que no pasa nada, que solo fue un error, que siga con mi vida como si nada.

Ante todos estoy genial; es un tema pasado y no me afecta para nada. La gente te ve sonreír y piensa que todo va bien, que por dentro no sigues dándole vueltas a un tema que te cuesta olvidar. O todos se lo creen, menos Mathew; no sé si su empatía conmigo me gusta o me molesta.

Dejo de observar la ropa de mi armario y miro sobre el escritorio la margarita de hoy. Es una chapa de una margarita. Cada día, cuando me ve en la universidad, o al salir de casa, me da una margarita, ya sea una flor, un recorte, una pegatina, una chapa... No sé como puede tener cada día la paciencia de buscarlas.

La primera vez que me dio una de verdad me dijo que era a cambio de una sonrisa. No pude evitar darle su pago y desde entonces espero saber con qué me va a sorprender.

En este mes nos hemos hecho más amigos y alguna que otra noche he acabado dormida en su cama tras ver la tele. Aunque lo de la tele es una excusa; solo digo que quiero ver la tele con él para no irme.

No sé qué me pasa, si tras lo sucedido me he aferrado a él o es que hay algo más y me da un poco de miedo ahora mismo ahondar en mis sentimientos.

—¿Sabes ya qué ponerte?

—No. —Roni entra en nuestro cuarto vestida con una falda azul oscuro y una camiseta blanca de media manga.

Está preciosa. Y lo suyo con Ewan va viento en popa, aunque me consta que, cuanto más le importa, más le angustia tener que contarle la verdad. Sobre todo cuando la cosa se pone caliente entre los dos y Roni siempre le dice que pare. No creo que tarde mucho en contárselo, porque ella necesita saber que él la quiere pese a todo. Y eso la atormenta y hace que, cuando le sonrío a Ewan, siempre empañe su mirada una oscura nube.

Ojalá Ewan se lo tome bien, porque Roni no va a dejar de ser quien es. Y el alma no entiende de sexos.

Hemos quedado con Ewan y Mathew en una fiesta que dan los de la Facultad de Historia. Hace tiempo que no me apetece salir y he cedido por lo pesados que se han puesto conmigo esta semana. Amenazaron con sacarme de casa como estuviera vestida, aunque fuera en pijama.

—Con lo que sea estarás preciosa, y date prisa, que llegamos tarde.

—Puedes ir yéndote...

—No, y, por cierto, Mateo y Ginés ya nos esperan en el salón. Vuela.

Asiento y cojo lo primero que veo. Unos vaqueros y una camisa azul de cuello de barco. No me apetece ponerme otra cosa. He perdido las ganas de arreglarme. Me maquillo lo justo y me dejo el pelo

suelto. Antes de salir cojo la chapa de la margarita y me la pongo en el bolso. Ya se va notando el frío, por lo que paso de ir con un miniabrigo y cojo el que más calor me da.

—Si quieres te dejo mi gorro de lana y mi bufanda —bromea Mateo al verme.

—¿A que me quedo viendo series? —No responde, solo me coge del brazo y tira de mí hacia el rellano.

Vamos andando, porque el *pub* donde han organizado la fiesta no está lejos. Solo se puede entrar con invitación. Las tiene Roni en su bolso. Llegamos y, tras entregar las invitaciones, pasamos al interior, que está atestado de gente. Algunos llevan desde la tarde bebiendo. La fiesta empezaba a las cinco y ahora son las diez de la noche. Mathew e Ewan están aquí desde primera hora.

Ewan nos está esperando y, al ver a Roni, le da un beso de esos de película, donde ves el amor de la pareja y sientes unos celos enormes, no por ellos, sino por sentir lo mismo. Por experimentar ese amor concentrado en un solo beso.

Aparto la mirada y busco a Mathew. No lo veo; seguro que está con sus compañeros, o compañeras, de clase. Como esperábamos, hay mucha gente. Nos cuesta movernos entre la multitud. Me quito la chaqueta nada más llegar a una mesa alta.

Lo dejamos todo a un lado apilado, menos los bolsos cruzados que llevamos Roni y yo. Y en un segundo me quedo sola. Roni sigue a Ewan a la pista y Mateo y Ginés dicen que van a por algo de bebida. Es lo malo de salir con parejas, que están tan en su mundo que se olvidan de los que estamos solos y somos los aguantavelas de la noche.

Busco a Mathew entre la gente, esperando que al verme se venga con nosotros. Que no lo haya hecho ya he de admitir que me mosquea.

Me muevo entre la multitud buscándolo. La música está tan alta que los asistentes gritan para comunicarse con los demás.

Me cuesta encontrarlo, pero al final lo veo hablando con una chica. Se les ve muy bien juntos. Él le sonrío mientras habla; me suena de haberla visto en su clase.

¿Le gustará?

No sé por qué, pero la idea de imaginarme a Mathew liándose con ella me molesta mucho.

Me quedo un rato observando la escena sin poder apartar los ojos, buscando alguna señal de que a él no le gusta. Al final, cansada de ser solo una mera espectadora, me acerco a ellos y, sin saber por qué lo hago, abrazo a Mathew por detrás.

Se tensa hasta que se da cuenta de que soy yo.

—Me has dejado sola con dos parejas. Estoy muy enfadada —le digo acercándome, para que pueda oírme.

—Iba a ir ahora a buscarte —dice tirando de mí para que quede a su lado—. Nora, te presento a Lucía. Es una compañera de clase.

Por la cara de Lucía, no le gusta nada mi presencia, ni que Mathew tenga puesta su mano en mi cintura y yo la mía en la suya. Y saberlo me alegra. No debería. Mathew es solo mi amigo, pero me gusta estar así con él.

—Encantada de conocerte. Creo que me voy a beber algo.

Sonríe educadamente a Mathew y se marcha. Me pongo ante él como si bailáramos y paso mis manos por su cuello.

Me sonrío como solo él sabe hacerlo. Hoy lleva una camisa blanca arremangada. No me extraña que Lucía se lo comiera con la mirada; está espectacular.

—Siento haberte estropeado la cita —le digo alzándome para acercarme a su oído.

—No era una cita, solo estábamos hablando de historia.

—Pues ella no te miraba como si solo fuerais compañeros de estudios...

—¿En serio? Tendré que ir a buscarla para estudiar otras cosas... —Hace amago de irse y lo sujeto.

—Esta noche, no, esta noche eres mío, o no haberme invitado. —Se ríe y me acerca más a él.

Acabamos abrazados. Me fascina sentirlo cerca. Y notar como su calor me traspasa. Se está convirtiendo en algo adictivo para mí.

Aspiro su perfume. Me encanta cómo huele y, pese a que lleva aquí muchas horas, sigue oliendo a limpio.

Apoyo mi cabeza en el hueco de su cuello y me dejo llevar por él.

Me gira y doy varias vueltas. Me río. Busco sus ojos azules. Y me pierdo en ellos.

—Vamos a por algo de beber.

Asiento y tira de mí hacia donde está la barra. Se pone detrás de mí mientras nos atienden, para que la gente no me golpee. Mathew no puede evitar cuidar de los demás, ni yo cuidar de él cuando se olvida de hacerlo.

Pedimos y uno de sus compañeros le dice que lo acompañe un momento. Duda, pero le insto a irse prometiéndole que no me voy a mover hasta que vuelva.

Me dan las bebidas y doy un largo trago a la mía. Hace mucho calor aquí y estaba sedienta.

—Vaya, vaya. ¿Entonces me has cambiado por el capitán del equipo? Qué poco te ha durado el amor que sentías por mí. —Me vuelvo y veo a mi ex apoyado a mi lado.

—Nunca dije que te amara y, en cualquier caso, a ti eso no debería importarte, ya que me cambiaste por otras antes de romper.

—No te pongas así, no esperarías que fuera un santo, mientras mi novia me ponía cachondo para nada. Tenía que aliviarme para poder respetarte...

—Me das asco.

—Vamos, no seas así, yo siempre seré el primero. —Sonríe y me pregunto cómo alguna vez puede encontrar su cara atractiva; ahora solo siento ganas de vomitarle encima.

—Mejor ser el último, es el que perdura.

—Ya, claro, si me tendrías que estar agradecido. Te enseñé que lo mejor es buscar el placer de la gente y dejar el amor para los tontos.

—Prefiero ser de los tontos, entonces.

Trata de tocarme tras reírse de mí y me aparto.

—Vamos, Nora, puedo enseñarte cómo disfrutar del sexo ahora que has dejado de ser una mojigata.

—Prefiero ser una mojigata a volver a sentir tus manos sobre mí. Eres repulsivo y un amante horrible.

Se ríe.

—Eso es porque tú eres muy frígida. No fue mi culpa, nadie se queja.

—Lárgate, no soporto tenerte cerca.

—Ya volverás a mí —me dice antes de marcharse.

Me quedo sola y busco a Mathew, pero no lo veo y, al volver a la mesa donde están nuestras cosas, tampoco veo a mis amigos. No tengo ganas de estar aquí, así que recojo mi abrigo y me marcho hacia la puerta.

Me cuesta salir de este mar de gente, pero lo logro.

Salgo a la calle y camino hacia mi casa deseando meterme en la cama y alejarme de esta fiesta y del capullo de mi ex. ¿De verdad piensa que regresaré a su lado? Tiene que tener el ego más subido del mundo si cree algo así.

—¡Nora! —Mathew tira de mí y me detengo—. ¿Dónde vas?

—A mi casa, no me apetece estar aquí más.

—¿Es porque te dejé sola? Tenía que mirar algo importante...

—No es eso, me alegra que te lo pases bien. Es solo que no quiero estar aquí.

Me coge la cara y me acaricia la mejilla mientras estudia mi mirada.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Solo quiero irme.

—Dímelo, no me mientas, por favor.

Noto que para él es importante que no le oculte lo que me sucede y eso hace que se lo cuente.

—Cuando te fuiste se me acercó Román. —Mathew hace amago de irse, pero lo sujeto de la camisa

—. No me ha dicho nada que no me dijera ya el otro día, solo que no me apetece recordar lo ciega que estuve ante él. Me duele no haber visto la verdad.

—Si te vas, le estás haciendo sentirse ganador. Si de verdad quieres que él crea que ya no te importa, baila, ríe, diviértete y demuéstrole que lo vuestro es completamente pasado. No huyas por su culpa. Tú no hiciste nada malo. Si alguien se tiene que ir, es él.

Lo pienso y tiene razón.

—Si entro, ¿qué me das? —Se ríe y tira de mí hacia la discoteca.

—Mañana, tras el partido, te dejo que me invites al cine.

—¿Y qué ganaría yo? —le digo a punto de entrar en el *pub*.

—Mi compañía, que no es poco.

—Puff, no sé yo si me compensa... —digo ya dentro.

Se acerca a mí y me roza con su aliento en la oreja cuando habla.

—Seguro que sí, ya me encargo yo de eso.

CAPÍTULO 6



MATHEW

Espero a Nora apoyado en mi coche para ir al cine. Quedé en pasar a recogerla tras el partido. Han venido a animar. Hemos ganado, pero seguimos divididos y es un poco frustrante ser el capitán de un equipo tan roto. Cada vez va a peor; no soporto mirar a Román a la cara. Y hoy todavía menos, tras saber que importunó a Nora anoche.

Cuando entramos de nuevo en el *pub*, llevé a Nora a la pista de baile, donde estaba Roni con Ewan, y ambas bailaron como seguramente han hecho cientos de veces. Nora sonrió e hizo creer a todos que se lo estaba pasando bien, pero yo veía la verdad cada vez que la miraba y, para qué vamos a engañarnos, no dejé de hacerlo en toda la noche.

Lo que siento por ella cada día va a más, si es que eso es posible, y a veces no sé cómo actuar con lo que siento, cómo ser solo su amigo cuando me muero por besarla, por amarla como se merece y por recorrer cada parte de su cuerpo con mis caricias.

La deseo como nunca he deseado nada ni a nadie. Me levanto por las noches sudoroso tras soñar con ella en mi cama; y si en sueños acabo cardíaco, no sé qué pasará si algún día tengo el privilegio de conseguir una sola de sus caricias.

La veo salir de casa y cruzar la pequeña urbanización hasta llegar a la calle. Al verme me sonrío y, por un momento, me engaño creyendo que siente lo mismo que yo. Hasta que me doy cuenta de que así no voy a ningún lado, salvo tal vez a perderla como amiga, si no sé controlarme.

—Hola —me dice cuando ya está cerca—. Siento haberte hecho esperar.

—Solo por eso me debes unas palomitas.

—¿Te das cuenta de que eres un pedigüeño? —dice sacándome la lengua.

—Recuerda que la que tiene el placer de estar conmigo eres tú —bromeo y ella sonrío.

—El que tiene el placer de estar conmigo eres tú, bonito. —Mira el coche y luego me mira a mí, y por su mirada de no haber roto un plato sé que me va a pedir algo—. ¿Me dejas conducir?

—No.

—¿Cómo puedes decir eso sin pensarlo ni un segundo?

—Roni me ha contado lo mala que eres al volante.

—No siempre...

—Si quieres que te lo deje, tiene que ser luego, en una zona desierta, y ya voy viendo cómo te manejas; no te voy a poner en peligro.

—Vale, estoy deseando cogerlo.

—Quien dice luego dice mañana, pasado..., o nunca.

—Eres malo, no sé como te soporto.

—Porque en el fondo sabes que soy encantador.

—De serpientes. —Se ríe y entra al coche.

Conduzco hacia unos cines antiguos del centro. No es muy moderna la película que proyectan, pero aun así merece la pena entrar a verla y de paso disfrutar del lugar.

Aparco cerca y Nora me mira ilusionada cuando compramos las entradas en este viejo cine que antes fue un teatro. Me enseña los tiques: son como antaño, de color marrón. Nosotros de niños ya no los tuvimos así, pero yo los he visto en varios cines antiguos y me encantan. Me los guardo en la cartera.

—Seguro que sabes la historia de este lugar —dice dando vueltas para no perder detalle de lo que nos rodea: unos altos techos decorados con molduras y grandes lámparas de cristales, que antiguamente se encendían mediante pequeñas velas.

—A este lugar solo podían entrar los privilegiados a ver las obras de teatro.

—Como siempre.

—Sí, tal vez, pero pasó algo que lo cambió todo. —Me mira expectante—. Hubo una guerra y la gente, tras aquello, estaba decaída, como era normal. El alcalde de esta ciudad, viendo que su pueblo necesitaba energía y vitalidad para salir adelante, decidió que a partir de ese día todas las funciones fueran gratis. No todos los actores querían trabajar a cambio de nada y muchos se fueron. Y entonces pasó algo maravilloso.

—¿El qué?

—Que de entre toda la gente de la ciudad empezaron a salir actores y actrices. Personas que llevaban el arte dentro y a los que no les importaba trabajar por lo que amaban y dar ilusión a sus vecinos. Se representaron obras que tuvieron un gran impacto y fue tal el éxito que al final se decretó cobrar a quien no fuera de la ciudad; y esas personas que empezaron trabajando por amor al arte acabaron siendo grandes actores, y ese pueblo que estaba falto de ilusión, por unos momentos, mientras veía las obras, se olvidaba de todo lo que había al otro lado de las puertas.

Entramos en la sala y por suerte todavía no han apagado las luces. Donde antes había un escenario ahora hay una gran pantalla. Las butacas son las de antaño y se pueden ver aún los antiguos palcos.

—Me encanta. Este lugar tiene magia.

—La tiene.

—Y tú lo cuentas todo de una forma que te atrapa. Se nota que amas esto. Que te gusta hurgar en la historia y encontrar verdaderas maravillas.

—Es posible. ¿Sabes que de niño me encantaban las armaduras? Gracias a eso conocí a mi padre.

—El destino.

—Seguramente. —Nos sentamos en la última fila justo cuando se apagan las luces—. ¿Sabes lo que he descubierto estudiando la historia?

—¿El qué? —me dice entre susurros.

—Que, por mucho tiempo que pase, el hombre es capaz de cometer los mismos errores una y otra vez. Y que al final la gran mayoría de las personas, sean de la época que sean, buscan lo mismo, la felicidad. Aunque algunas la encuentran codiciando y envidiando lo que no es suyo. La sed de poder es muy grande. Y creo que en verdad es porque esas personas no saben ser felices con lo que tienen.

—Sí, y hay otra cosa que ha perdurado y perdurará con los años. —Por su mirada risueña sé lo que va a decir, por eso lo digo yo antes.

—El amor. Lo sé, pero yo no soy tan ñoño como tú.

—No soy ñoña, soy *cuqui* y tremendamente adorable —lo dice poniendo una cara que me moriría por comerme a besos.

Los créditos empiezan.

—Bueno, señorita *cuqui* y adorable, es mejor que nos callemos o molestaremos a los demás.

—¿Eres consciente de que estamos solos?

—¿Sí? No me había dado cuenta —le digo bromista.

Se ríe y se vuelve para ver la película. Pero de pronto me mira, y yo hago lo mismo.

—Me encanta este lugar. Gracias.

—Y a mí la compañía, gracias. —Sonríe y se apoya en mi hombro como una amiga. No debería desearla, pero lo hago. Como tampoco debería coger su mano, y no puedo evitarlo tampoco.

* * *

Salimos del cine. La película nos ha gustado a los dos, aunque, si he de ser sincero, estaba más pendiente de ella que de la proyección.

—Es tarde —dice Nora mirando la hora en su móvil.

—¿Quieres que volvamos ya o que pillemos algo de cena para llevar y vayamos a otro lugar?

—Eso, quiero eso —me dice sonriente.

Vamos hacia mi coche y pasamos por una pizzería. Pedimos una pizza y, tras comprar algo de bebida y de postre, conduzco hacia un lugar que descubrí al poco de venir aquí. Una pequeña montaña desde la que se ve toda la ciudad, como si las casas iluminadas fueran luciérnagas.

—¿Cómo conoces tantos lugares?

—Me gusta investigar y descubrir lo poco común.

—No sabía eso de ti..., y me encanta. —Abre la pizza y me tiende un trozo. Estamos dentro del coche porque hace frío fuera. Coge su trozo y lo choca con el mío—. Por todas las cosas buenas que me quedan por descubrir de ti.

—Y a mí de ti.

Cenamos viendo este espectáculo de luces. No hablamos mucho. A veces los intensos silencios llenan más que las palabras vacías.

Después de cenar guardamos los restos en una bolsa. Me vuelvo hacia Nora y le pregunto algo que me ronda en la cabeza desde hace tiempo.

—Y tras este mes, ¿sigues pensando que no quieres nada con nadie?

—Sinceramente, la idea de volver a besar a alguien o dejarme llevar por el sexo me repugna y no sé si con el tiempo iré a peor. Le he cogido asco a la intimidad...

La miro, y sus ojos no tardan en entrelazarse con los míos.

—Te prometí que te ayudaría.

—Dudo que puedas ayudarme, a menos que me dieras clases sexuales —dice con una sonrisilla.

Yo no sonrío; sé que lo que estoy pensando es una locura, pero no puedo evitar darle vueltas a su comentario.

No debería, lo sé; el problema es que me cuesta huir de este deseo de besarla, aunque todo sea mentira. Aunque todo sea para ayudarla a que ame a otro, porque en el fondo deseo que un día solo tenga ojos para mí.

—Nora —digo cogiendo su cara entre mis manos—, creo que has tenido una maravillosa idea.

Y sin más la beso, deseando acariciar el cielo entre sus labios otra vez. Pues no es la primera vez que por un impulso la beso, solo que esta vez no tengo dudas de por qué lo hago.

CAPÍTULO 7



NORA

Me cuesta asimilar que Mathew me está besando, y más el hecho de que no quiero que se detenga. O que yo no quiero pararlo, que ni se me pasa por la cabeza ponerle fin a este momento.

Por eso, ante su instante de duda, me acerco, acortando más nuestras distancias.

Esto es una locura, solo estamos jugando, el problema es que, si antes decía que no me veía capaz de besar a nadie, ahora siento que no podría detenerme.

Los labios de Mathew son tan cálidos como parecían; me fascina cómo besa, como si me dejara huir en cualquier instante, pero a la vez dejando claro que, si de él depende, no piensa detenerse.

Sus labios son gruesos y me encanta cómo abrazan a los míos. Cómo me besa sin olvidar ni un centímetro de ellos. Mi respiración se acelera, siento calor y como si todo pasara a un segundo plano.

Cuando creo que va a profundizar el beso y abro la boca, me habla sin apartarse:

—¿Quieres que me detenga? —me pregunta dejando que su aliento me acaricie.

—No, pero esto es una locura...

—Una más de nuestra lista.

—Eso es cierto. —Lo miro a los ojos: su mirada nunca me ha parecido tan intensa como en este momento—. Bésame otra vez.

—Las que quieras.

Sonrío antes de que atrape mis labios entre los suyos y esta vez sí pide paso al interior de mi boca. Noto su lengua jugar primero con los contornos más sensibles de mis labios antes de que se adentre en busca de la mía.

Se enredan en un baile perfecto. Su sabor me embriaga.

Alzo mis manos; una la enredo en su pelo y la otra la llevo hasta su mejilla, como si necesitara sentir que esto es real.

Su barba incipiente me hace cosquillas en la palma.

El beso cada vez es más intenso y nos olvidamos de todo, hasta de respirar.

Cuando Mathew detiene el beso, tengo los labios doloridos y ni siquiera eso me priva de querer uno más. Por eso me acerco y le robo uno rápido.

—¿Qué ha sido esto? —digo apoyada en su pecho.

—Beso de amigos, para que pierdas el miedo.

Lo pienso y me gusta la idea. Nada cambia, solo son besos.

—No es muy normal que dos amigos se den besos.

—Nosotros nunca hemos sido amigos normales —me responde—. Cuando en verdad me gustaba estar contigo, te evitaba, y tú a mí. ¿Por qué íbamos a empezar a ser normales ahora?

Lo pienso y sonrío. Una parte de mí me dice que esto no tiene ni pies ni cabeza, otra que le bese de nuevo para perder entre sus labios la noción del tiempo.

—¿Y te puedo besar cuando quiera?

—Solo si yo puedo hacer lo mismo.

Qué locura, y más porque me veo incapaz de poner algo de cordura en todo esto.

Por eso me alzo y lo beso como deseo hacer, y una vez más me pierdo solo en él.

Lo sé, estoy jugando con fuego, el problema es que no me importa quemarme mientras me dejo llevar por estas sensaciones.

MATHEW

Acabo de meterme en la cama. Estoy con la mirada perdida en esta semioscuridad solo iluminada por las farolas de la calle. Una parte de mí está eufórica por los besos compartidos con Nora. Otra teme estar cometiendo un gran error.

Nunca podré verla marchar con otro. Me duele solo de pensarlo.

Nos despedimos en la puerta de su casa después de decirnos más de cinco «buenas noches». Parecíamos una pareja de enamorados y no dos amigos que juegan solo por placer.

Vi el alivio en sus ojos cuando le dije que solo éramos amigos; por un instante estuve tentado de decirle la verdad, pero sentí que la perdería, por eso callé y le hice creer que esto no era más que un juego.

Estoy pensando en cerrar los ojos y dormirme cuando escucho la puerta de la casa abrirse y cerrarse con llave. Puede ser Roni, que viene al cuarto de Ewan, aunque creo que ya están juntos en la cama de este.

Los pasos se detienen en mi puerta y al poco se abre. No tardo en ver a Nora, que guiada por la escasa luz anaranjada viene hacia mi cama.

—Me quedé con ganas de darte un último beso de buenas noches —me dice, metiéndose en mi cama. El gesto me encanta, hasta que recuerdo que solo me está usando.

El problema es que no puedo evitar desearla.

—Puede que yo quiera uno nada más despertar.

—Entonces tendré que hacer el esfuerzo de quedarme a dormir contigo. No sé si me compensa —dice acomodándose en mi pecho. Luego se alza y me da un corto beso en los labios—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Lo sé, voy a salir dañado, pero pese a eso no cambiaría estos momentos por nada del mundo. Es lo que tiene amar a tu amiga, que nadas entre el miedo de tenerla para siempre o perderla si confieras lo que sientes.

NORA

—Buenos días —me dice Mathew antes de darme un dulce beso.

Abro un poco los ojos y veo que ya está vestido con ropa de deporte.

—¿Dónde vas?

—Voy a correr, es temprano, sigue durmiendo.

—Tal vez sea mejor que regrese a mi cama...

—Como quieras, pero no es la primera vez que sales de mi cuarto y te ven mis compañeros de piso.

—Ya..., pero antes no...

—¿No qué? —me dice divertido mientras se pone una sudadera.

—Anda, vete ya, que con suerte ya tienes puestas las calles —bromeo con él, pues son apenas las seis y media de la mañana. No sé como puede salir a estas horas.

—Nos vemos. —Me guiña un ojo y se marcha.

Me doy la vuelta en la cama y cojo su almohada; huele a él y me trae el recuerdo de los besos compartidos.

Una parte de mí me dice que esto no está bien, que no tiene ni pies ni cabeza. Los amigos no se lían así. El problema es que me he dado cuenta de que, mientras lo beso, no pienso en otros labios. Es como si Mathew me hiciera olvidar errores pasados.

Intento dormirme, pero no lo logro. Me levanto para regresar a mi cuarto. Entro en mi casa y el silencio me recibe. Es demasiado temprano como para que haya alguien despierto. O eso pienso, hasta que al entrar en mi cuarto veo a Roni sentada en medio de la cama con la vista perdida.

Cierro la puerta y voy hacia ella preocupada.

—¿Qué te pasa? ¿Todo bien con Ewan?

—Sí, muy bien, demasiado bien.

La miro desconcertada.

—Eso es bueno...

—No cuando eres una rastrera mentirosa.

—Tú no eres eso.

—Entonces ¿por qué me cuesta tanto contarle mi secreto?

—Porque tienes miedo de perderlo.

—Mucho, y más cuando sepa que su novia, con la que a veces bromea sobre el futuro, por nacer con un cuerpo que no era el suyo no puede tener hijos...

A Roni se le cae una lágrima. La abrazo.

—Si te quiere, se quedará a tu lado; hay más formas de ser padres.

—Creo que estoy siendo egoísta. Debería decirle la verdad, aunque las dos sabemos que se irá.

—Tal vez no.

—No lo sé. Solo sé que cuanto más lo deseo, cuantas más ganas tengo de intimar con él, más miedo me da. Tengo miedo de no estar a la altura. O de no sentir nada... Tengo miedo de defraudarlo. De no ser la mujer que él merece.

—Eres una gran mujer —le digo apartándome de ella—. Y no eres menos que otras.

—Entonces ¿por qué nací con un cuerpo que no era el mío?

—Misterios de esta naturaleza loca, porque lo que de verdad importa, lo que de verdad da vida a lo que eres, es tu alma.

—Siempre me dices lo mismo.

—Hasta que te lo creas. Eres maravillosa, y una mujer en todos los sentidos. Si Ewan te quiere de verdad, seguirá contigo. Si no..., no era para ti.

—Lo sé, pero la idea de perderlo me duele mucho. —Nuevas lágrimas caen por su mejilla—. Cuanto antes se lo diga, mejor.

—Sí, pero recuerda que tú no has hecho nada malo. Y no dejes de ser tú misma.

—Estoy cansada de sentirme como si hubiera cometido un pecado horrible y esperara que al contarlo todo se repitiera.

La abrazo más fuerte, sintiendo su dolor. Tener siempre ese miedo a dar explicaciones, como si hubiera hecho algo malo, es horrible. Y ahora lo está pasando peor que nunca, porque sé que quiere a Ewan y su secreto puede separarlos.

Ni se me pasa por la cabeza contarle lo que nos traemos entre manos Mathew y yo; al lado de lo que a ella le preocupa me parece una tontería. Sobre todo porque no hay nada, solo un juego, al que siento que me voy a volver adicta.

MATHEW

Salgo del baño tras darme una ducha y voy a la cocina a por algo de comer. Veo a Ewan sentado mirando la tele; no tiene buena cara.

—Le he dado eso a Nora —me dice nada más verme.

Al llegar descubrí que Nora se había ido y no había podido darle su margarita del día.

Hoy es una margarita pintada con azúcar de colores sobre un *cupcake*. Ewan iba a ir a casa de las chicas a ver a Roni y, tras garabatear una nota, se la metí en la caja y le pedí que se la diera.

—Muchas gracias. ¿Y a ti qué te pasa?

—A mí nada, pero Roni está muy rara. Le sonrío cuando me dice que todo está bien, pero no soy tonto, algo no funciona entre los dos. Siento que me quiere dejar.

Me quedo mirándolo sin saber qué decirle. Yo sé lo que le pasa a Roni y por qué, cuanto más le gusta mi amigo, más se aleja. Yo sé el secreto, y no puedo decir nada. No me corresponde a mí.

—No creo que te quiera dejar, seguro que es otra cosa. Conozco a Roni desde hace años y sé que le gustas de verdad —digo para aliviar a mi amigo y para darle tiempo a Roni.

—Te recuerdo que estuviste ocho años sin verla. Las personas cambian.

—Ya, pero solo hay que tener ojos en la cara. Confía en mí. Seguro que pronto te dice qué le pasa, si es que le pasa algo.

—Me gusta de verdad y me da miedo perderla —me confiesa, y veo el pesar en sus ojos.

—Dale tiempo y cree lo que te digo. O, si prefieres distraerte, me puedes hacer el desayuno. —Se ríe.

—No estoy tan mal como para eso.

—Tenía que intentarlo.

Me levanto y me preparo el desayuno. Miro el móvil y no tengo nada de Nora. Evito preguntar a Ewan si le ha dejado el *cupcake* a Roni para que se lo dé cuando despierte o se lo ha dado a la propia Nora. No quiero parecer desesperado.

Estoy empezando a tomarme el café cuando me llega un mensaje de Nora:

Me ha encantado la margarita de hoy, deliciosa. Pero no sé si tanto como para cambiarte ahora cada margarita por un beso... No sé si me compensa.

S sonrío y me olvido del café para responderle:

Mathew: Me esforzaré en que te compense. ¿Qué vas a hacer hoy?

Nora: Estar con Roni, no está bien, ya sabes por qué.

Mathew: Me lo imagino, Ewan está rayado. No es fácil para ninguno. ¿Se lo va a contar?

Nora: Sí, pero no sé cuándo. Tiene miedo. Y la entiendo. Es horrible tener que sentir que has hecho algo mal y tienes que contarle sí o sí. Y temer que la persona a la que quieres deje de mirarte con los mismos ojos.

Mathew: Si Ewan la quiere de verdad, no cambiará lo que siente por ella.

Nora: Si la quiere de verdad, igual cuando lo sepa no ha tenido tiempo de quererla lo suficiente para quitarse todos los prejuicios... Es una mierda.

Mathew: Lo es, sí, seguro que tú sabrás cómo alegrarla.

Nora: Vamos a tener un día de chicas. Con cremas, mascarillas y películas ñoñas. Ya te contaré.

Mathew: Pasadlo bien, y no olvides que me debes un beso.

Nora: No he dicho que acepte el nuevo trato. De momento te regalo una sonrisa :D

Observo el icono sonriente del móvil y sonrío.

Mathew: Me conformaré con eso, entonces. Pasadlo bien y, si me necesitas, ya sabes dónde estoy.

Nora: Igualmente.

Me paso el día haciendo trabajos y a media tarde veo el partido de Neill y su equipo en la tele. Deb se ha ido a verlo porque le pillaba cerca. En un momento del mismo la enfocan. Está junto a sus padres y su hermano, animando como los que más.

Al terminar el partido me preparo algo de cenar y me meto en mi cuarto a seguir con los trabajos.

Estoy pensando en dejarlo ya cuando escucho abrirse la puerta de mi cuarto. Por el rabillo del ojo veo a Nora entrar como otras tantas noches con su pijama. Hago como que no la he visto, como que mi corazón no ha dado un salto ante su presencia, y lo sigo haciendo incluso cuando se pone detrás de mí y me abraza espontánea. Me cuesta recordar que solo somos amigos, que esto solo es un juego, más aún cuando me besa en el cuello y solo pienso en besar cada centímetro de su piel.

—Te debía un beso.

—Dijiste que no te merecía la pena el cambio —le recuerdo, como si no me importara, mientras sigo escribiendo.

Me vuelve a besar en el cuello y me cuesta mucho concentrarme en lo que estoy poniendo.

—Sé lo que dije, pero era para hacerte rabiar, para que me convencieras de lo contrario.

—Creo que eso sí puedo hacerlo.

Tiro de su brazo y echo mi silla hacia atrás. La insto a que se siente sobre mis piernas y lo hace, pasando sus manos por mi cuello.

Sus ojos dorados me miran pillos, como si estuviera haciendo una trastada, y tal vez todo se resume en eso. Estamos jugando con fuego a algo muy peligroso, y lo peor es que no parece que ninguno de los dos quiera ponerle fin.

Atrapo sus labios, y esta vez no voy lento. No puedo hacerlo. Quiero que su sabor me embriague.

Me besa con la misma intensidad con la que lo hago yo. Ya no hay nada de inocente en nuestro intercambio.

Sus manos se enredan en mi pelo. Tiran de él como si el deseo le nublara la razón.

Las mías vagan por su espalda intentando evitar los atractivos contornos de Nora, que me muerdo por palpar con mis dedos.

Es algo muy difícil, y más cuando su lengua recorre los contornos de mis labios hasta que la mía sale a su encuentro y el beso se nos va de las manos a los dos.

La cojo en brazos y vamos hacia la cama. Sé que esto solo complicará las cosas, el problema es que ahora mismo me cuesta mucho pensar en algo que no sea que lo que hay entre los dos, sea lo que sea, no se detenga nunca.

Nuestras piernas se enredan y me hago un hueco entre ellas. No queda espacio entre los dos.

Sus manos suben y bajan por mi espalda y las mías, atrevidas, ya se han adentrado bajo su pijama y acarician su cremosa piel.

Esto es una condenada tortura.

El calor aumenta entre los dos y los besos son un intercambio de deseos. Me muerde el labio y sé que estoy perdido.

La giro hasta quedar sobre ella sin dejar de besarla. Nora tira de mi camiseta y me separo solo un instante para quitármela. Para dejar que sus manos recorran mis contornos, y lo hace, vaya si lo hace. Estoy ardiendo y no dejo de imaginar las mil formas en las que quiero hacerle el amor y lamer cada parte de su cuerpo.

Gime entre mis labios cuando nuestros cuerpos se juntan íntimamente y nota dónde ha ido a parar gran parte de mi sangre y ahora mismo de mis pensamientos.

Metó las manos bajo su camiseta y tiro de la prenda. Sé que, de poder pensar correctamente con la cabeza, no iría tan rápido, pero ahora mismo tengo fritos los circuitos de la razón.

Se queda solo con el sujetador en la parte de arriba. Juego con los contornos de sus pechos mientras no dejamos de besarnos. Sus manos acarician y arañan mi espalda.

Joder, esto es mejor de lo que soñé.

Bajo mis labios por su cuello, me empapo de su perfume afrutado.

Lamo los contornos de su cuello mientras mi mano no puede más con mi imperioso deseo de acariciar sus cimas y se adentra bajo la ropa interior, atrapando entre mis dedos su erecto pezón.

Nora gime, y noto como se sorprende por la intensidad del momento y como se queda quieta.

Me alzo a mirarla. En sus ojos sigue brillando el deseo, pero también el desconcierto ante lo que está pasando.

Noto que piensa que nuestros besos han pasado a un nivel que no tiene explicación.

Abro la boca para dar algunas justificaciones estúpidas cuando suena mi móvil. Lo miro, pues es la melodía que tengo para mi padre. Es tarde, nunca me llama a estas horas.

Preocupado, salgo de la cama y descuelgo, dejando para luego la conversación que sé que tenemos que tener Nora y yo.

—Dime, papá.

—Erik ha tenido un accidente de coche... Está muy grave.

De repente pierdo todo el color del rostro, me siento en la cama y me cuesta escuchar lo que me dice mi padre. Solo atino a decirle que voy hacia allí.

No dejo de ver imágenes de Erik cuando era pequeño, cuando éramos amigos, antes de que se dejara llevar por toda esa mierda que le rodea.

Y sé que, pese a eso, no soportaría que le pasara nada a mi amigo.

CAPÍTULO 8



NORA

Llegamos al hospital; no hemos recibido en todo el viaje noticias buenas de la evolución de Erik. Roni se ha apuntado, e Ewan, al ver mal a su chica, ha dicho que también se venía.

Mathew está muy serio. Ha conducido atento a la carretera, sí, pero con la vista perdida, y le he visto en más de una ocasión apretar con fuerza el volante.

Entramos en el hospital tras aparcar el coche y vamos a donde nos han dicho que están todos esperando para saber el estado de Erik.

Hacía una semana que Erik se había ido de casa, emancipándose y viviendo con su abuelo. Sus padres han tratado por todos los medios de controlarlo, de cuidarlo..., pero sin éxito.

Iba solo en el coche cuando sufrió el accidente. No ha habido otros heridos; se le salió el coche de la carretera y se estampó al pasar por una rotonda del pueblo.

Costó sacarlo del coche y su cuerpo está muy magullado. Las primeras pruebas ya apuntan a que estaba borracho y drogado.

Estamos llegando cuando vemos a Jenna abrazando a Bianca, que tiembla en sus brazos.

—¿Y si no he hecho lo suficiente? ¿Y si podía haber hecho más?

—Habéis hecho todo lo que estaba en vuestras manos. No te culpes, porque nadie quiere a ese niño más que vosotros.

—Es que no entiendo qué le ha podido pasar..., él no era así. Siempre fue un niño muy bueno. ¿Qué hice mal para que cambiara tanto? ¿Y si sus hermanos siguen su mismo camino? No soportaría pasar por esto más veces.

Se miran a los ojos y no puedo evitar sentir las lágrimas por el dolor de Bianca. Por la impotencia de no saber en qué le ha fallado a su hijo para que cambiara tanto.

Jenna es la primera en vernos y trata de recomponerse cuando abre los brazos para abrazarme. No lo logra, pues yo no puedo evitar romper en llanto presa del miedo de lo que le pueda pasar a Erik.

Entramos donde están los demás. No falta ni uno solo de los amigos de mis padres. Todos están aquí, llenando la sala de espera, como la piña que son. Jack y Aiden están junto a su hermano Albert, el padre de Erik, que no tiene buena cara y parece que ha perdido peso. Bianca va hacia él y Albert trata de mostrarse fuerte cuando abraza a su mujer.

Es horrible esto.

Busco a Mathew y lo encuentro no muy lejos, apoyado en la pared, observándolo todo. Hay mucho que hablar, mucho que decirnos, lo sé, pero ahora necesito su cercanía. Por eso me pongo a su lado y a tientas busco su mano hasta que mis dedos quedan entrelazados con los suyos.

* * *

Es cerca del amanecer cuando, tras varias operaciones, nos dicen que Erik está estable dentro de la gravedad.

Nadie se ha movido de aquí, de los adultos, y solo Summer se ha quedado a nuestro lado. Mi hermana y los demás se han quedado en casa cuidando de los más pequeños, a la espera de noticias.

Miro a Summer y veo que, tras el pronóstico, se seca unas lágrimas. Se nota que, pese a todo, Erik le sigue importando mucho.

Mathew nos lleva a Roni y a mí a nuestras respectivas casas para descansar un poco, y él se va a la suya con Ewan.

* * *

Está atardeciendo cuando salgo al patio trasero de la casa de mi hermano con una taza de café con leche y me siento en las escaleras mirando como cae la noche.

He dormido un poco, pero no puedo dejar de pensar en Erik. Y mientras miro el patio, aún lo recuerdo más.

Son cientos las veces que ha venido con sus padres a cenar a mi casa y hemos jugado juntos. Aunque nos llevamos tres años, hemos estado muy unidos. Hasta que cumplió catorce años y todo cambió.

No dejo de repetir en mi mente las palabras de Bianca: qué pudo hacer que ese niño noble, bueno y cariñoso pasara a ser alguien irascible, que no soportaba que nadie le tocara y que se reía de todo y de todos.

Sin duda las malas compañías; es increíble como pueden corromper a un niño bueno.

Siento a alguien acercarse y sentarse a mi lado. Me vuelvo y veo a Robert. Se ha preparado otro café como el mío.

—Se va a poner bien, ¿verdad?

—Seguro que sí, es tan cabezón como su padre —me dice con una sonrisa que contrasta con sus ojos tristes.

—Qué duro es ser padre.

—No lo sabes tú bien —dice con una media sonrisa—. Pero tiene muchas cosas buenas. Yo no cambiaría nada, por mucho que querer signifique tener miedo a perder. Tampoco cambiaría lo que he vivido contigo, Nora.

—Lo sé. —Me dejo caer sobre el hombro de mi hermano, que ha sido más un padre para mí y a quien quiero como tal.

Pienso en contarle que vi a mi madre, pero callo; no es el momento y, de todos modos, no he vuelto a saber de ella y no he querido pensar tampoco en ello. Estoy mejor así.

Nos quedamos un rato tomando el café tranquilamente hasta que me hace una pregunta que me altera.

—Se os ve muy bien a Thew y a ti... ¿Hay algo entre los dos? —Me pongo roja, lo noto y no dejo de recordar cómo me sentí entre sus brazos.

Ni esa explosión de deseo que me atravesó. Me dejó desconcertada, porque no es la primera vez que hago algo así con un chico, pero sí la primera que deseaba que no terminara con sus caricias. No estaba preparada para sentir eso por Mathew, que se supone que solo es mi amigo.

—No, solo somos amigos. —Y aunque mi sonrojo dice otra cosa, no pregunta más y solo asiente.

—Me alegro de que os llevéis mejor. Sé que podéis llegar a ser grandes amigos. —Asiento, pues yo también lo creo; el problema es que no sé si ya me conformo solo con eso o deseo algo más.

* * *

Llegamos a nuestro piso en la universidad el miércoles por la noche. Han sido tres días horribles. Erik va mejor y está respondiendo muy bien a los tratamientos. Los médicos creen que en pocos días estará fuera de peligro del todo y por suerte no parece que tengan que lamentar daños permanentes. Salvo las cicatrices que lucirá en su cuerpo, una de ellas en la mejilla, donde se le clavó parte de la carrocería del coche. Para lo que le podía haber pasado, está teniendo suerte y espero que esta siga de su lado.

Roni entra en el piso seguida de Ewan. Me vuelvo para despedirme de Mathew. No hemos hablado nada de nosotros en estos días y tampoco nos hemos visto fuera del hospital. No sé si estoy preparada para hablar.

—Buenas noches...

—Tenemos que hablar. —Se me pone un nudo en el estómago.

Mi primer instinto es decirle que estoy muy cansada y dejar la conversación para mañana. No es lo que hago. Asiento y, tras cerrar la puerta de mi casa, vamos a la suya.

Cuando entramos, Mateo nos pregunta por nuestro amigo y le contamos cómo van las cosas. Tras ponerlo al día, vamos al cuarto de Mathew.

Cierra la puerta y se quita la chaqueta tras dejar el móvil y las llaves del coche en el escritorio.

Me quito yo también la chaqueta y mi mirada va inevitablemente a la cama. A lo que sentí en sus brazos, a ese deseo descontrolado que me calentaba la piel.

—Sobre lo del otro día... —empieza a decir.

—Ahora dirás que te arrepientes, que se nos fue de las manos...

—No me arrepiento, y sí, se nos fue de las manos. —Lo miro: sus ojos azules dejan claro que habla en serio.

—Somos amigos —le digo algo angustiada; no estoy preparada para pensar si quiero algo más. No ahora.

—Somos amigos... que se desean.

—Es solo deseo. Se apagará.

—Seguramente —admite—. Cuando no hay amor, el deseo se apaga pronto.

Asiento, pero no muy convencida, porque estoy hecha un lío. No debería desearlo, ni ansiar sus besos. Pero es así. El problema es que tampoco quiero perder lo que tenemos; estamos bien así. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí. No quiero volver a esos años en los que ni nos soportábamos.

—¿Lo puede complicar todo el que nos deseamos? —le digo muy roja.

—No. Si hemos sabido seguir siendo amigos tras nuestras peleas, encontraremos el modo de hacerlo cuando todo pase.

—Intuyo que quieres repetir...

—Sí —dice con tal seguridad que me recorre un escalofrío.

—Vale —le digo no tan segura como él, pero sabiendo que no puedo mentirle y decirle que no deseo lo mismo—. Ahora me voy a la cama..., estoy cansada.

—Como quieras.

No insiste, aunque noto en sus ojos que le gustaría que me quedara. El problema es que necesito espacio para asimilar que deseo como a nadie a mi amigo.

CAPÍTULO 9



MATHEW

Mientras dura el partido me pregunto varias veces como puedo ser capitán cuando es evidente que pocos me hacen caso. No sé si es cuestión de que me falta entrega o de que este equipo nunca fue tal.

Acabo metiendo un gol y no todos lo celebran.

Casi parece que prefieren perder.

Ganamos por dos a uno. Si no nos han metido más ha sido gracias a Ewan.

Vamos al vestuario y me meto en la ducha deseando largarme de aquí. Ya no disfruto jugando al fútbol, no cuando parece que compito con mis propios compañeros, y todo por culpa de Román. Si no he dejado el puesto es porque sé que es lo que quiere. Quiere ser el capitán y le jode que, pese a todo, sigan confiando en mí. Solo por eso merece la pena soportarlo.

No pienso darle el gusto de ganarme. No cuando hizo daño a Nora.

El entrenador, como siempre, nos da una pequeña charla antes de irnos y nos dice que, como sigamos jugando de manera independiente, más de uno va a chupar banquillo, y al decirlo mira a Román. «Jódete, idiota», pienso.

Salimos de los vestuarios Ewan y yo. Al salir vemos a Roni, que va hacia Ewan y se besan de una forma que cualquiera pensaría que siguen distantes...

No he dado ni dos pasos lejos de ellos cuando siento que alguien me pasa las manos por el cuello.

Hago amago de apartarme hasta que veo que se trata de Nora.

Paso mis manos por su cintura y veo que mira detrás de mí. Me vuelvo lo justo y veo a Román observándonos con rabia.

—Quiero joderle...

—Bésame —le digo deseando una vez más probar sus labios, pues desde el domingo no nos hemos vuelto a besar, y de eso hace ya casi una semana.

—Será un placer.

Se alza y me besa como llevo deseando que lo haga desde hace días.

Mi boca se amolda a la suya y nos besamos como si de verdad no solo yo la quisiera. Como si esto fuera cosa de dos. Como si hubiera algo más que deseo y un miedo enorme a dejar de ser amigos por su parte.

La beso por mí, por lo mucho que la quiero, y me da igual quién mire.

—¿Qué se supone que es esto? —pregunta una divertida Roni.

—Si tengo que explicarte qué es, entonces es que Ewan lo está haciendo muy mal —digo separándome un poco de Nora.

Avergonzada se camufla en mi pecho y la abrazo.

—Vaya, vaya, ahora entiendo todo... —Me vuelvo hacia Román—. No sabía que te gustaba ser un segundón y comerte las babas de otro.

—¿Tienes algo más que decir? —le digo sonriente, como si me diera igual.

—No, solo que espero que, cuando se la metas, recuerdes quién estuvo ahí primero.

Voy hacia él, pero alguien se pone en medio de los dos.

—Estás expulsado —le dice el entrenador a Román.

—No puedes expulsarme por lo que digo fuera del campo.

—¿No? Ponme a prueba y tu expulsión será permanente. Me he cansado de tus estupideces. Y ahora, lárgate.

Román se marcha mirándonos de una forma que no me gusta un pelo. Dicen que a los amigos hay que tenerlos cerca, pero a los enemigos aún más. ¿Qué puede estar tramando? Juro que, como haga algo contra Nora, lo pagaré muy caro.

—No le hagáis caso —nos dice el entrenador antes de marcharse.

—Se lo tiene merecido por idiota —dice Roni cuando nos quedamos los cuatro solos.

—Sí, y para no dejar que nos amargue la noche, Mathew nos invita a todos a cenar —propone Nora, y me mira con lo que intenta ser una sonrisa que tape el malestar de su mirada.

—Si no queda más remedio... Al final voy a pensar que solo te intereso por mi dinero.

—Ya sabes que sí.

Sonríe y tira de mí hacia mi coche.

—¿Entonces estáis juntos? En verdad se veía venir...

—No, solo somos amigos —dice Nora segura—. Lo besé para joder a Román.

Roni me mira, aparto la mirada y ella se vuelve, seria, a Nora.

—Pues no me gustan estos juegos —dice tajante.

—No está enamorado de mí, ni yo de él —le dice Nora. Roni me mira de nuevo y no sé qué ha podido ver en mi mirada. Espero que nada.

—Aun así, no necesitas estas artimañas para demostrarle a Román que ya no te interesa. Y menos usar a Thew.

—Yo he dejado que me usara, Roni. Y, como dice Nora, no sentimos nada el uno por el otro.

Roni me mira, y luego a Nora.

—Vosotros sabréis, yo no digo nada.

Nora tira de ella hacia el coche, sonriente, como si de verdad no pasara nada. Como si besarnos fuera lo más normal del mundo.

No debería dolerme su frialdad, porque sé el acuerdo que tenemos; el problema es que una parte de mí sabe que estoy luchando por ella.

—Ten cuidado —me dice Ewan—, los dos sabemos que para ti no es un juego.

—Sé lo que hago.

—Eso espero.

Lo sigo hasta el coche y los llevo a cenar a un sitio que conozco. No paran de comentar cosas en toda la noche mientras yo solo sonrío, pero permanezco callado. Pensando en todo. Nora se da cuenta y, cuando salimos a por el coche, me coge de la mano y me hace parar. La miro.

—¿Qué te pasa? ¿Es porque te usé para darle celos a Román?

—No, te dije que lo hicieras.

—No me gusta utilizarte. Te beso porque me gusta besarte, no para dar celos a nadie —aclara, y veo esperanza en sus palabras.

—No le des vueltas —digo guiñándole un ojo.

—No me gusta verte serio. Tú no eres así.

—Estaba pensando en mi capitania y lo desastre que soy como tal.

—Ah. —En parte es verdad, y por eso no nota que le miento—. Lo haces muy bien, no es tu culpa que haya personas que no sepan aceptar la derrota.

—No voy a renunciar.

—Lo sé. Te gusta ganar y para lograr el triunfo debes luchar por lo que deseas.

—Eso pienso hacer —pero no lo digo por el fútbol, lo digo por ella, aunque no lo sepa.

Sonríe y pasa su brazo para agarrarse del mío.

—Así me gusta. Y ahora ¿dónde vamos?

—Tú y yo a dormir, que mañana quiero llevarte muy temprano a un lugar.

—Será si quiero.

—Eso siempre, nunca haré nada que no quieras. —Me mira sonriente.

—Sí me apetece ir, y dormir contigo —me dice tímida—. Solo dormir.

—Me acabas de joder la fiesta, yo que pensaba pervertirte toda la noche... —le digo de broma, y esto la hace reír.

Es lo que me gusta de ella, que no hace falta que le explique cuándo estoy de broma o cuándo no, ella sabe cómo soy. Y lo hace todo más sencillo, porque a su lado no tengo que ir con pies de plomo. Solo ser yo. Y nada te da tanta libertad como poder ser uno mismo al lado de la persona que quieres.

CAPÍTULO 10



NORA

Cruzo la puerta de mi casa ya lista para nuestra aventura y me encuentro a Mathew esperándome. Parece mentira que sean las seis de la mañana, que casi no hayamos dormido por culpa de un beso más de «buenas noches» y de no poder dejar de acariciarnos a la menor oportunidad, y que él tenga ese aspecto de haber dormido horas. Yo he tenido que ponerme anteojeras.

—Eres una tardona.

—Te fastidias, lo bueno se hace esperar.

—Siempre —me dice guiñándome un ojo.

Vamos hacia su coche y, nada más entrar, le quito el móvil, que ha dejado en la guantera, y busco sus carpetas de música para poner lo que a mí me guste. Lo hago y no protesta ante mi elección.

Me quedo dormida y solo me despierto cuando Mathew pone ante mí un café con leche recién hecho y un bollo. Me los tomo mientras él conduce. Son cerca de las nueve de la mañana.

—¿Queda mucho?

—No, estamos a punto de llegar.

Lo miro conducir y observo como sus morenas manos sujetan el volante; recuerdo cuando esas mismas manos me acariciaban... Solo nos hemos besado, pero el deseo está ahí a la espera de que lo dejemos salir.

Mathew se percató de que lo observo y me mira un segundo con una sonrisa que me muerdo por besar. Esto no tiene ni pies ni cabeza. Y por una vez paso de darle vueltas a todo.

Entramos en una arboleda, por un pequeño camino pedregoso. Mathew va con cuidado, aunque se nota que conoce el camino. Sobre todo cuando deja de existir como tal y el coche sigue avanzando.

Nos detenemos cerca de unas ruinas, en la cima de una pequeña colina. Salimos del coche y vamos hacia ella. Mathew sube pendiente de mí y, aunque no me hace falta su ayuda, reconozco que alguna vez le hago creer que sí, para que me coja de la mano.

Al llegar veo las ruinas de lo que parece haber sido un castillo.

—Este fue uno de los castillos de mi familia. De un rey tirano, cómo no; creo que hasta llegar a mi padre todos han sido así.

Miro las ruinas desde otro punto de vista, porque entre estos muros vivieron los familiares de Mathew.

—Y supongo que me has traído aquí por una razón.

—Sí, por su historia. Ven. —Me tiende la mano, se la cojo y nos adentramos en las ruinas, en su mayor parte cubiertas de enredaderas—. El rey tuvo que irse de su propio reino e instalarse en otro de sus castillos.

—¿Por qué?

—Porque su hija le plantó cara en favor del pueblo y los llevó a la guerra para desterrar de estos dominios al tirano de su padre.

—¿En serio?

—Sí, era una guerrera. Una luchadora. No se la nombró reina, pero su hijo sí lo fue, porque su padre, el tirano desterrado, no pudo tener más hijos y, cuando murió, su nieto se convirtió en rey.

—Y también fue un tirano.

—Sí, pero lo que he investigado de ella me recuerda a mi padre, así que supongo que su espíritu no se perdió. Era valiente, defendía a los débiles y no soportaba las injusticias.

Miro a Mathew: él también es así.

—Y viniste a este lugar porque al fin viste algo bueno en tu familia y en tus antepasados.

—Sí. Se convirtió en mi reino favorito.

—¿Es vuestro?

—Sí, estas tierras son de mi familia. Pero solo las ruinas que ves, el pueblo de estilo medieval, no.

—¿Y me vas a llevar?

—Sí, allí verás otra parte de la historia.

—Me gusta esta historia, porque una mujer demostró que era más fuerte que su despreciable padre.

—Las mujeres sois muy fuertes. Si un hombre te hace creer lo contrario es que no merece la pena como persona.

—Somos iguales. Me encanta la igualdad.

—A mí también, y ahora vamos a descubrir la otra parte de este relato.

Montamos en el coche y vamos hacia el pueblo. Llegamos y aparcamos en una zona al aire libre reservada a visitantes que ya está llena de coches. Salimos y no dejo de maravillarme por lo que veo. Las casas y las calles siguen conservando ese aire antiguo que las dota de magia. Es como si hubiéramos viajado en el tiempo.

Miro a Mathew ilusionada; me encanta este lugar.

Vamos hacia un museo y el que está en la puerta saluda a Mathew y le dice que tiene algo que darle.

—No es la primera vez que has estado aquí —afirmo al entrar.

—No.

Por su mirada sé que hay algo más, y cojo un folleto para ver dónde está lo que se me escapa. No tardo en verlo al final de todo, donde dice que este lugar fue abierto hace solo un par de años por uno de los descendientes de la que aquí se conoce como «la guerrera del corazón de fuego».

—¿¿Es tuyo??

—Es posible.

—¡Mathew!

—Sí, es mi primer museo. —Sus palabras esconden algo.

Miro a mi alrededor y veo objetos antiguos, todo muy bien explicado. Se nota en cada una de las piezas aquí expuestas que quien lo hizo amaba lo que hacía. Mathew ama este lugar. Ha dado vida a la historia.

Y es algo que pienso con más fuerza cuando entro en una sala donde se ha recreado cómo era esa guerrera y cómo sonreía a los que la rodeaban. Está sentada en una silla igual que las de los demás. No se le nota la diferencia de clases. Todos son iguales.

Me fijo en que tras ella hay colgado un retrato de cómo fue esa guerrera, y tiene los ojos de Mathew y de su padre, y también su sonrisa.

—Este es tu sueño, revivir la historia.

—Sí, bueno, uno de ellos...

—Mathew, si es lo que te gusta, debes luchar por ello. ¿Tus padres saben que has montado este museo?

—No, solo lo sabes tú.

—¿Y por qué no se lo dices?

—Porque no.

—Porque no quieres defraudarlos. Tu padre quiere que sigas sus pasos. —Mathew no dice nada, solo mira a su antepasada como si ella tuviera la respuesta.

—Mi padre no eligió su destino, le tocó renunciar a sus sueños por el bien de toda la gente que trabajaba en las empresas de su padre. A veces no se tiene elección, solo nos amoldamos.

—Yo creo que deberías decirles a tus padres lo que te gusta. Cuando ellos te mandaron fuera, tomaron una decisión que ha traído consecuencias. Y tal vez de haberte quedado hubieras sentido más interés por las empresas de tu padre, pero al irte, sin haber sido planeado, encontraste tu camino. Y seguro que ellos prefieren que seas feliz a encorsetarte en algo que no te gusta. Solo hay que mirar alrededor para ver como te apasiona esto. Has devuelto a la vida el pasado. Y es una auténtica obra de arte.

—Me alegra que te guste.

—Y a mí que me hayas mostrado tu mundo.

Mathew me mira de una forma tan intensa que siento que quiere añadir algo. Al final solo sonrío y me abraza para darme un cariñoso beso en la frente.

—De nada, vamos a seguir.

Tira de mi mano como si fuera lo natural, y yo no dejo de darle vueltas a qué ha podido ser lo que se ha callado...

* * *

Cansada después de todo el día en el pueblo, montamos en el coche de Mathew para iniciar la vuelta. Me lo he pasado genial y me ha encantado ver la emoción brillar en los ojos azules de Mathew cada vez que me contaba algo que había descubierto de este entrañable pueblo.

Ojalá nunca renuncie a su sueño. Sé, por lo que he visto hoy, que de hacerlo mataría una parte de él.

Pienso en mi carrera, en los motivos por los que la estudio. Lo hago para que nadie pase por lo que yo, pero el problema es que no me emociona de la misma forma; es más mi deseo de que ningún niño sufra lo que me empuja a no desistir, a intentar ayudar a todos los que pueda y ser la voz de unos pequeños que en ocasiones ni siquiera han aprendido a hablar.

Tal vez cada uno estudie su carrera por un motivo diferente, pero sé que, si me lo tomo en serio, puedo defenderla con la misma fuerza con la que lo hace Mathew.

Miro el paisaje pasar y noto como se me cierran los ojos. Cuando despierto, el coche se ha detenido y estamos prácticamente a oscuras. Me vuelvo y veo como Mathew está convirtiendo la parte trasera del coche en lo que parece una cama llena de lucecitas de esas inalámbricas.

Ha bajado los asientos y, aparte de las lucecitas de color amarillo, hay varias bandejas de comida fría que ignoro de dónde ha sacado.

—Sigue durmiendo o me estropearás la sorpresa —dice sin mirarme cuando se percata de que estoy despierta.

Salgo del coche y voy hacia él. Llego cuando está colocando fresas sobre la manta de color azul que ha tendido.

—Es precioso. —Lo abrazo por detrás emocionada; nunca nadie ha hecho algo así por mí. Intensifico el gesto, comprendiendo que era porque nadie me conocía tanto como me conoce él. Los chicos con los que he salido solo veían lo que querían de mí, y no quién era yo. Mathew siempre me vio.

—No es nada. Solo una cena al aire libre entre amigos —dice para restarle importancia, y la palabra «amigos» me chirría.

—Gracias, de todos modos. —Me vuelvo y lo beso antes de entrar y tumbarme entre las luces y la comida.

Mathew me sigue. Cenamos contemplando este cielo estrellado que se ve gracias al techo de vidrio de su coche. Termino de cenar y me echo hacia atrás. Mathew recoge y, tras apagar las luces, se pone a mi lado.

Me vuelvo y lo miro. Hace lo mismo. Solo este cielo estrellado nos ilumina. Apenas puedo verlo, pero descubro que me sé de memoria cada ángulo de su cara, y de su sonrisa, pienso cuando le acaricio la mejilla y noto como sonrío.

Busco sus labios a tientas en la oscuridad, deseando probarlos de nuevo.

Lo beso, acariciándolo con mi lengua, tentándolo, provocándolo. Me encanta cómo sabe, por eso cuando abre la boca y el beso se torna más intenso, me dejo llevar.

Se ha convertido en mi droga. Mientras pienso en besarlo no recuerdo a los sapos a los que besé antes.

«Es lo que tiene besar a un príncipe», pienso, mientras Mathew toma el control del beso y me gira para quedar sobre mí.

Hace algo de frío, pero ahora mismo lo único que experimento es calor, mientras los besos cada vez se nos van más de las manos y cruzamos una vez más la línea del deseo. Así lo siento, y no quiero que se detenga.

Subo mis manos por su jersey y tiro de él. Mathew se aparta y se lo quita junto con la camiseta negra que lleva debajo, quedando expuesto a mis caricias. Sé que me mira a los ojos, aunque no puedo verlo, a la espera de mi siguiente movimiento. Me da tiempo, me deja retirarme. Me da elección, no me presiona, y por eso siento que puedo explorar esta sexualidad sin miedo a equivocarme.

Él nunca me haría daño, porque, aunque me sujete con fuerza, nunca me asfixia.

Me acerco y acaricio su musculado pecho, jugando con el corto vello rubio que tiene. Dejo un reguero de besos por donde antes han pasado mis dedos y noto como mis besos aceleran su respiración. Me pongo sobre él y lo lamo como si fuera el postre.

Me encanta cómo huele, cómo sabe y sobre todo el notar su piel de gallina bajo mis dedos..., y sé que no es por el frío. Está que arde.

Sigo con mi exploración hasta que me coge y me gira, apoyando mi espalda sobre los asientos del coche y quedado ahora él sobre mí.

—Aún no he acabado...

—Como sigas así vas a acabar..., pero conmigo. —Me río hasta que me besa, callándome.

Mathew tira de mi jersey y le dejo hacer hasta que me lo quita; estoy deseosa de sus caricias y de lo que me hizo sentir la última vez que sus manos me acariciaron íntimamente; esta vez nada nos va a detener, y estoy preparada para sentir la intensidad de cada uno de sus gestos.

«Y así es», pienso cuando su mano sube por mi costado y llega hasta mi sujetador, donde no se demora mucho antes de adentrar sus dedos en busca de mi pecho, que lo recibe duro y ansioso de sus mimos.

Gimo entre sus labios, me retuerzo bajo su cuerpo y noto como se acomoda de forma que perciba la dureza de su miembro anidada junto a mi sexo. Para que sepa cuánto le gusta esto.

Ardo de calor, me consumo por la pasión, me muero si se detiene.

Su boca sigue el contorno de mi cuello mientras sus manos se deshacen de mi sujetador y juegan abiertamente con mis senos. Me da rabia no poder ver como su rubia cabeza baja por mi monte, y más cuando se lleva uno de mis endurecidos pezones a los labios. Me retuerzo y al hacerlo noto como mi sexo se restriega con el suyo y la fricción me hace arder. Repito la acción mientras los colma de mimos, mientras me muestra el verdadero significado del deseo.

Estoy muy caliente, desatada. Y no sé bien cómo apagar este fuego. Algo que él sí parece saber, pues lleva su mano al cierre de mis vaqueros y lo abre sin pedirme permiso para adentrar sus dedos en mi humedad.

—Mathew...

—¿Paro?

—Si lo haces te mato. —Se ríe.

—Eres un poco agresiva.

—Solo contigo.

—Qué honor... —dice, adentrando más sus dedos y llevándolos a mi abertura.

Busca de nuevo mi boca con la suya mientras me baja la ropa lo justo para adentrar sus dedos dentro de mí. La sensación es maravillosa, mágica, y nada parecida a lo vivido con mi ex. Ahí solo hubo dolor, no me sentía como mantequilla moldeada por sus manos como ahora.

Mathew entra y sale de mí y, cuando siento que voy a explotar, busca mi clítoris y lo acaricia de manera que cuando me dejo ir la sensación es todavía más intensa. No puedo evitar que un potente orgasmo me atravesase entera y me haga temblar bajo su cuerpo.

Regreso a la tierra y sus brazos me esperan. Me sumerjo en su pecho sudado. Lo abrazo con fuerza y él a mí.

A su lado he descubierto que no es lo mismo dejarse llevar por el deseo que desear a alguien con toda tu alma.

MATHEW

«Se me ha ido de las manos», pienso mientras la respiración de Nora se normaliza. La mía dudo que lo haga, con ella a medio vestir y apretada contra mí.

El deseo me nubla la mente y temo que esto estropee lo que tenemos entre los dos. El día iba muy bien. Hasta que la besé y dejé de pensar con la cabeza.

Noto que me acaricia y que lleva su mano al cierre de mis vaqueros.

Pero qué diablos...

—¿Qué se supone que haces?

—Ahora me toca a mí jugar, y esta vez ya no soy una niña a la que le puedas decir que no. A esto jugamos los dos.

—No hace falta. —Pone su mano sobre mi dura erección.

—Perdona que te lo diga, rubito, pero yo creo que sí. Déjame, Mathew. Quiero hacerlo.

—Joder, de verdad que tú quieres matarme. —Se ríe.

La dejo hacer sin saber muy bien si conseguiré durar un solo minuto cuando ella me acaricie ahí donde me muero por que lo haga.

«Si es que llego a treinta segundos», pienso cuando su mano segura coge mi endurecido miembro y lo acaricia curiosa. No tarda en pillarle el ritmo, y sube y baja su mano aumentando mi deseo.

Nada de lo que he hecho con otras mujeres es comparable a esto.

Me alzo y cojo su cabeza entre mis manos para besarla mientras sus caricias continúan. Noto que estoy cerca y no dejo de besarla, deseando que me robe todo el placer.

Me dejo ir entre sus manos y hace lo que yo hice con ella, me abraza con fuerza. Como si me acunara.

—Me ha gustado —me dice, como si hiciera falta que yo lo supiera, y así es, no quiero obligarla a nada.

—A mí puede que también.

—Sé que te ha encantado, y si no, te fastidias, era mi primera vez. —Cojo su cara entre mis manos y la acaricio.

—Me ha encantado, tontita.

—Lo sé, y ahora cierra el coche, que hoy vamos a dormir aquí bajo las estrellas.

Y eso hago, dándome cuenta de que, si me pidiera que le bajase una de ellas, sería capaz de hallar el modo de hacerlo.

CAPÍTULO 11



NORA

Juego con la pulsera que me ha reglado Mathew esta mañana de camino a clase. Puedes añadirle diferentes colgantes, pero él solo puso una margarita blanca. Dijo que el resto ya iría llegando.

No hemos vuelto a intimar, pero sí hemos encontrado cientos de excusas para besarnos y quedarnos con ganas de más.

Me da miedo pararme a pensar y analizar lo que siento por él. No porque tenga miedo de admitir qué siento por Mathew, sino porque temo que él no sienta lo mismo y tenga que aceptar que para él todo esto no sea más que un juego.

Es más fácil dejarse llevar que analizar la verdad.

—Nora. —Me vuelvo y veo a mi madre no muy lejos.

Se me congela la sangre; no quiero verla, no quiero tener nada que ver con ella.

—No deberías estar aquí.

—Quiero hablar contigo, solo una vez... Quiero que sepas mis razones para abandonarte, y luego me iré si así lo deseas.

—Es que ya quiero que te vayas. —Se acerca y me mira suplicante, y una vez más me entrega su tarjeta.

—Por favor.

Se marcha, dejándome hecha una mierda. Me cuesta recuperar la compostura y entrar a clase. Tanto, que a final me voy a la cafetería. Dudo que hoy consiga centrarme en algo.

No quería pensar en ella. Ya es tarde para explicaciones.

* * *

—Nora, te estaba buscando. —Miro a una de mis profesoras. Justo hoy tenía clase con ella.

—Siento no haber ido...

—¿Ha sido por tu madre?

—¿Cómo lo sabe?

—Vino a hablar conmigo antes de empezar tu clase. —No quiero saber nada más y hago amago de levantarme, pero me sujeta—. No me gusta hacer esto, pero me ha contado su caso y por eso te he buscado.

—No quiero saber la verdad.

—Estudiando lo que estudias, debes saberla. Y a veces te tocará tomar decisiones complicadas. No se puede juzgar hasta conocer todas las partes.

—Yo estudio para proteger a los niños...

—Lo sé, y eso fue lo que hizo tu madre.

—Mi madre dejaba que me muriera de hambre —le digo con toda la rabia que siento, dando voz por primera vez a lo que me pasó—. Yo lo recuerdo, lo recuerdo todo. El hambre, el peso de la soledad. El

miedo... ¡No debería recordarlo siendo tan pequeña! Eso sería mejor para ella, así podría perdonarla, ¿no?

—Lo siento, Nora, estaba asustada al no saber qué hacer contigo, y te dejó con tu hermano sabiendo que te cuidaría. Años más tarde quiso recuperarte, pero viendo lo feliz que eras se mantuvo al margen. Renunció a ti por amor.

—No, lo hizo por egoísmo.

—Si fuera egoísta hubiera luchado por tu custodia.

—Eso no es justo. Que sea mi madre no le da derechos sobre mí.

—A muchos niños les pasa... La gente se equivoca y...

—¿Y ya por eso tienes que coger a un niño que es feliz con sus padres de acogida y llevártelo, quitándole su vida solo porque te equivocaste una vez?

—Tú no lo entiendes porque no tienes hijos.

—No tengo hijos, pero sé lo que es ser una niña abandonada por sus padres, lo que es ver a tu padre en la cárcel por sus pecados y saber que no eres más que el desliz de una noche de sexo loco donde las drogas y el alcohol lo descontrolaron todo. Sé perfectamente que no soy más que un error.

—No eres un error, tu destino era nacer...

—Y el suyo, abandonarme. ¿Ahora debo creer que de la noche a la mañana es buena?

—Solo te digo que hables con ella y siempre puedes alejarte después. Pero todos merecemos una segunda oportunidad.

—¿Espera también que cuando mi padre salga de la cárcel vaya a recibirlo con los brazos abiertos y olvide que pegó y quiso violar a la hermana de mi amiga? Lo siento, pero no.

—Entonces tal vez te has equivocado de carrera, porque no vas a ser imparcial, y en más de un caso necesitarás serlo.

—Creo sinceramente que la que no está siendo imparcial es usted —dice Mathew, que no sé de dónde ha salido—. Se ha puesto del lado de esa mujer sin tener en cuenta el daño que podría hacerle a Nora hablar con ella y desenterrar un pasado doloroso.

—Sois demasiado jóvenes para entenderlo. Yo ya he dicho lo que tenía que decir.

Se marcha. Me vuelvo hacia Mathew.

—¿Qué has escuchado?

—Todo, y habría reaccionado antes si no me hubiera quedado tan impresionado. —Se sienta a mi lado y coge mis manos—. Lo siento. En el fondo sabía que era así como te sentías, pero oírtelo decir...

—No quiero tu lástima —digo tratando de zafarme de su agarre.

—No la tienes, y siempre he sabido ver en ti esa tristeza que ocultabas, Nora. Lo que has dicho no cambia nada, porque pese a todo siempre has encontrado la forma de sonreír. De ser feliz y de apreciar lo bueno que tienes.

—¿Y por qué entonces siento que no encajo en ningún sitio? No sabes lo que es ser un error.

—No lo eres, ningún niño que nace lo es. El error lo cometen las personas que no saben valorar el regalo de tener algo tan preciado entre sus manos. Y, de serlo, serías el más bonito que he visto en mi vida...

—Mathew... —Me acaricia la mejilla.

—Es verdad.

—Tal vez deba hablar con ella y cerrar ese capítulo de mi vida.

—Iré contigo.

—Tengo que hacerlo sola, pero me gustará que estés cerca luego. —Asiente no muy convencido, pero sé que me respetará—. ¿Crees que me he equivocado de carrera?

—Creo que tu profesora se ha metido donde no la llamaban; somos jóvenes, pero no idiotas. Mi madre me tuvo con quince años y luchó por mí. Ser joven no te hace ser menos culpable de tus errores. Y,

al igual que te crees mayor para tomar esas decisiones, debes aceptar las consecuencias. Y tú no le debes nada.

—Lo sé. No sé qué hacer con mi madre...

—Tal vez lo mejor sea escucharla, pero debes saber que hay personas que no cambian nunca. Tienes que estar preparada para descubrir que tus padres son tal como crees que son. Y que, aunque no tengas los mejores padres del mundo, sí tienes una gran familia que lo daría todo por ti.

Noto que los ojos se me llenan de lágrimas; él sabe qué decir para llegarme al corazón. Me levanto y me siento sobre sus piernas para abrazarlo. Me da igual quién nos vea o lo que pueda parecer, ahora mismo solo pienso en mi refugio, y ese es mi Mathew.

Pasa un rato y noto como la cafetería se llena de gente. Ninguno ha hecho amago de separarse, como si él también necesitara este contacto.

—¿Para qué me buscabas?

—No tiene importancia. —Me separo y lo miro a los ojos.

—Dímelo.

—Me ha llamado mi padre, que mañana hay una fiesta en el hotel y no puede ir, quiere que vaya en su nombre.

—Bien, ¿no? Tú estás acostumbrado a eso. Y seguro que hay muchas chicas bonitas de tu círculo social. —Trato de separarme, pero no me deja.

—¿A qué viene eso? Sabes que yo no le doy importancia a esas chorradas. Y si te buscaba es porque quiero ir acompañado de la que ahora mismo me parece la más bonita de todas —me dice sin dejar de mirarme a los ojos—. De ti. Me gustaría que fueras mi pareja mañana.

—¿Yo? Yo no pinto nada ahí.

—Eres la ahijada de unos duques.

—Bianca y Albert solo me apadrinaron para que los de asuntos sociales no le quitaran a Robert mi custodia. No me sentiría cómoda allí, lo siento.

Por los ojos de Mathew pasa un halo de tristeza que me deja destrozada. Luego sonrío y me da un rápido beso, como si mi rechazo no le importara, aunque noto que no es así. El problema es que no me siento cómoda en esos sitios de tan alto copete.

—No pasa nada, tenía que intentarlo. Y ahora, será mejor que vayamos a clase.

Me levanto y siento como si Mathew necesitara espacio tras mi negativa.

—Mathew, si quieres podemos ir a otro sitio..., es que no me siento cómoda.

—¿Yendo a una fiesta o siendo mi pareja? —me suelta—. Olvídalo. No importa. Ya haremos algo el fin de semana. Me tengo que ir a clase.

Sonríe, pero no dejo de pensar en sus palabras mientras lo veo alejarse, y, conociéndolo, sus pasos no son tan seguros. ¿De verdad quiere que seamos pareja? ¿Me incomodaría?

No lo sé. Ahora mismo estoy muy sensible por lo sucedido con mi madre y no tengo la cabeza para pensar en lo que siento por Mathew. Tal vez lo mejor sea acabar cuanto antes con este asunto y así poder pasar página de verdad.

Saco la tarjeta de mi madre y le mando un mensaje para proponerle que quedemos. Me cita esta tarde en una cafetería que no queda lejos de aquí, le respondo con un frío «ok» y, con un nudo de nervios en el estómago, me voy a clase, sabiendo que no me voy a enterar de nada y dándome cuenta de que las palabras de la profesora, cuando dijo que no iba a ser objetiva en este trabajo, han hecho mella en mí.

* * *

Llego a la cafetería; no le he dicho a nadie que iba a encontrarme con mi madre. Es mejor así.

No tardo en verla junto a la ventana. Ha pedido algo para tomar, pero yo ahora mismo tengo el estómago cerrado y no podría tomar nada, aunque quisiera.

Me siento y me mira con una sonrisa que pretende ser amorosa.

—No vuelvas a hablar con mis profesores de mí.

—Ha funcionado.

—No, solo he venido para poder pasar página.

Me mira dolida y me pregunto si en verdad es cierto que no sé ser objetiva.

—Antes que nada, lo siento, siento haber sido una mala madre para ti, pero no me arrepiento de que te criaras con tu hermano; él te ha dado una buena vida y conmigo hubieras padecido mucho. —Parece sincera y no puedo más que asentir, pues tiene razón. Solo necesité un año para saber cómo sería mi vida con ella.

—El problema es que Robert tuvo que responsabilizarse de tus errores.

—Lo sé. Yo aparentaba más edad, no veinte años. —La miro sorprendida, pues parece mucho más vieja; yo le echaba unos cincuenta. Está claro que la mala vida que ha llevado se le ha quedado marcada en las facciones—. Me había fugado de casa con un hombre hacía años y mi vida fue de mal en peor. No tenía el apoyo de nadie y por culpa de ese hombre acabé metida en un mundo de drogas y alcohol. Cuando me dejó yo seguía igual de perdida y fue entonces cuando conocí a tu padre.

—Os acostasteis y te quedaste en estado.

—Sí, la verdad es que no recuerdo bien esa noche, pero sí que luego todo cambió. Yo no quería ser madre. Por eso no pude dejar de beber y de drogarme durante el embarazo. En el fondo quería que murieras —tras decir eso, una lágrima cae por su mejilla.

—Hubiera sido más feliz sin saber ese dato.

—Tal vez, pero estás aquí para saber la verdad. —Asiento—. Contra todo pronóstico, tú eras una luchadora y te aferraste a la vida. Naciste sana y preciosa, aunque muy pequeña, por mis excesos, y tuviste que pasar unos días en la incubadora. Yo no te quería y tu padre tampoco. Él recurrió a sus padres y por desgracia murieron mientras se preparaban los trámites; Robert se tuvo que hacer cargo de tu custodia. Me daba igual, con tal de deshacerme de ti.

—Por eso no me dabas de comer y me dejabas sola. Te daba igual que muriera.

—En verdad, sí. Para mí eras un incordio.

Su sinceridad me duele, y más porque recuerde eso.

—Bien. Sigue.

—Robert te acogió y yo renuncié a ti y me dediqué a vivir mi vida. Pero todo tiene un límite. Estuve a punto de morir por sobredosis y, mientras me curaba y no tenía en el cuerpo nada que me atontara, me paré a pensar y me acordé de ti. Por eso, cuando salí, ingresé en un centro de desintoxicación, decidida a curarme. Quería recuperarte. Por primera vez era consciente de mis actos. No fue fácil, pero lo logré. El problema es que cuando regresé a buscarte habían pasado siete años desde que te abandoné y, al verte con Jenna y con tu hermanastro —pongo mala cara por esa forma de llamar a Robert; para mí el hecho de que ninguno de los tres compartamos la misma madre no me hace sentir que sean menos hermanos míos. Los tres tenemos la mala suerte de ser hijos de un desgraciado y que nuestras madres tampoco sean un buen ejemplo. Mi madre sigue hablando, ajena a mi malestar—, me di cuenta de que eras feliz. Tenías una familia, algo que yo no podía darte. Renuncié a la idea de pedir tu custodia y me quedé cerca de ti. Te he visto crecer, aunque tú nunca has sido consciente de mi presencia. He visto como peleabas con Matty y como protegías a Roni. Pero no quería ser una carga para ti, porque se notaba que no me necesitabas.

—Y ahora, de repente, quieres saber de mí.

—Ahora ya eres una persona adulta y aceptarme como tu madre no te haría renunciar a tu familia.

En eso tiene razón, y su historia tiene sentido. El problema es que me cuesta creer que de verdad pasó de desear mi muerte a quererme. Y todo porque dejó las drogas. Aunque ya sé que las drogas afectan mucho a las personas y lo destructivas que son..., pero justificar todos tus errores porque estabas drogado no sé hasta qué punto me parece creíble. Es como si así se solucionara todo: estaba drogado, perdonadme. No es tan fácil. Una parte de mí cree que tal vez las drogas solo sacaron de su interior sus deseos más ocultos y cuando no las tenía la razón le hizo pensar con lógica, pero eso no evita que por un momento no pensara aquello.

—No puedo perdonarte sin más.

—Lo sé. Pero ahora ya sabes toda la historia. Ya no insistiré más, sabes cómo localizarme.

Me sonrío y veo cosas más en ella. Aparto la mirada y me levanto.

Me despido de ella y salgo a la calle. Por desgracia está lloviendo y no tengo paraguas. Camino hacia mi casa molesta por las gotas de lluvia y sin dejar de pensar en todo lo que me ha contado. Sintíendome triste por mí. Porque mi madre deseara ese destino para mí. Porque no le importara matarme y solo mi lucha me mantuviera con vida. ¿Y ahora la debo perdonar y ser tan amigas? No sé si se puede olvidar algo así, y si me lo planteo es solo porque no dejo de pensar en las palabras de mi profesora y porque en el fondo me siento horrible si no lo intento.

Llego a mi casa empapada y al entrar en mi cuarto veo a Roni llorando; se recompone y me mira como si no tuviera los ojos llenos de lágrimas. Me olvido de mí. Ahora mismo ella es más importante.

—¿Qué ha pasado?

—Estás empapada.

—Me ha pillado la lluvia —me quito la chaqueta y le insisto—: ¿Por qué lloras?

—Creo que debo dejarlo con Ewan.

—¿Cómo que crees? —Me quito los pantalones y los zapatos mojados y me pongo lo primero que pillo seco para sentarme en su cama y no empapársela.

—Sabes que Ewan y yo hablamos de todo. —Asiento—. Pues esta mañana me miró a los ojos y me dijo que cuando fuera madre tendría una niña tan bonita como yo..., que a él le encantaría que fuera con él y tener a las dos mujeres más hermosas del mundo en su casa. —Sus ojos se llenan de lágrimas y caen por sus mejillas—. Vi el deseo de ser padre en su mirada y yo sé lo que es no poder serlo. No puedo hacerle esto...

—Roni, puedes ser madre y él padre, hay muchas formas de serlo.

—No puedo ser tan egoísta.

—Deberías dejarle elegir. No decidir por los dos. Esto te pasará con cualquier chico con el que estés...

—Tal vez lo mejor entonces es renunciar a ser feliz.

—Roni, tienes derecho a ser feliz, la vida ya te ha quitado demasiado. —Me mira—. Debes hablar con Ewan, decirle la verdad, y que decida. No es fácil, nunca lo es. Pero esta vez sí puede ser diferente.

—No sé si estoy preparada para volver a sentir los comentarios humillantes y despectivos que siempre escucho cuando alguien sabe que nací siendo un hombre. Estoy cansada de ser la rara.

La abrazo y me abraza con fuerza.

—No eres la rara, y si Ewan merece la pena todo será diferente, y si no, siempre podemos cambiarnos de ciudad. —Se ríe.

—¿Y qué pasa con Mathew?

—¿Qué tiene él que ver en esto?

—¿Podrías irte y alejarte de él ahora? —me pregunta, y no puedo responderle porque la idea de alejarme de él me mata.

—Encontraremos el modo. Mathew tiene un montón de hoteles y de enchufes por medio mundo, seguro que nos ayuda a empezar de cero los tres juntos.

—Los tres sin Ewan —dice con tristeza.

—Quién sabe, dale la oportunidad de elegir. Déjale que él decida sobre su vida. No seas tú la que tome decisiones por los dos. —Esta vez pienso en mi madre, en cómo decidió por mí.

¿Hubiera sido mejor que fuera egoísta y me arrebatara de mi familia? No, hizo lo correcto. Por una vez, lo hizo por mí.

Pero Ewan ya no es un niño y, como yo, ahora tiene el poder de elegir qué quiere hacer con su vida. Como yo. Ahora toca saber qué quiero hacer.

CAPÍTULO 12



NORA

Hoy no he visto a Mathew en todo el día y no he dejado de pensar en él y en lo que dijo de ser su pareja. No paro de darle vueltas.

Ahora supongo que se estará preparando para irse; por eso cojo las llaves de su casa y voy a buscarlo. Necesito verlo y saber que todo está bien entre los dos.

—Hola, Nora —me dice Mateo—. Mathew está en su cuarto poniéndose guapo.

—Gracias.

No es la primera vez que me percató de que, desde que yo le llamo Mathew, más personas lo hacen. Y él no contradice a nadie; es como si hubiera aceptado ese cambio de nombre y le gustara. Me gusta más que Thew, la verdad, y me alegra tener parte de culpa en ese cambio.

Toco la puerta del cuarto de Mathew y me dice que pase. Al entrar lo veo poniéndose la pajarita negra frente al espejo. Voy hacia él y me sonrío mientras se la pone; todo parece como siempre, pero en sus ojos veo un halo de tristeza que me deja helada.

Está increíble, muy guapo, como de costumbre.

—No estás mal así vestido.

—Me alegra que te guste.

—Hoy me has evitado. —Alza las cejas.

—No te he evitado. Estaba ocupado.

—No creo que sea por eso —le digo a las claras. Mathew se vuelve—. Creo que es por lo que dijiste ayer.

—Olvídalo.

—¿Y si no puedo?

—¿Cambia eso algo entre los dos? —Niego con la cabeza—. Pues olvídalos.

—¿Lo dijiste en serio?

—Sí, pero me repito: olvídalos. Somos amigos, todo está igual que siempre entre los dos.

Se acerca y, tras coger su chaqueta y el móvil, me da un beso en la mejilla y se va hacia la puerta.

—Nos vemos mañana.

Asiento distraída. Escucho como se va y, por primera vez, pienso en nosotros, en si sería tan malo dar un paso más. Ser más que amigos. Ser una pareja. Y enseguida sé la respuesta. Por eso corro a mi casa y busco a Roni. Necesito su ayuda. Me tengo que preparar para una fiesta.

MATHEW

Sonrío sin muchas ganas a las personas que se acercan a hablarme. Sé que me he equivocado al decirle eso a Nora. Lo peor es que una parte de mí pensaba que ella diría que sí. Que tras lo vivido entre los dos sentía algo similar a lo que yo siento por ella. Que en el fondo nunca habría llegado tan lejos conmigo de no sentir algo.

Me equivoqué, y lo más triste es que cuando empecé esto pensaba que me conformaría solo con unos cuantos instantes robados.

Qué iluso he sido. Sin querer lo deseaba todo.

Ayer no era el mejor día para lo que le dije. Acababa de ver a su madre y confesar cómo se siente. Debería haberme callado, pero el problema es que no pude, y eso me hace pensar en si debería alejarme para volver a ella teniendo claro que solo somos amigos..., amigos que se desean.

—Perdone —me dice el *maître* del restaurante—, hay una joven en la puerta que dice ser su pareja.

—¿Mi pareja?

Pienso en Nora, pero dudo que sea ella. Sin embargo, la duda me hace asentir e ir hacia la entrada.

Salgo y no tardo en verla. Mi corazón se acelera y me cuesta recordar que solo somos amigos. Que tal vez solo esté aquí presa de su curiosidad.

Se vuelve y me mira con una sonrisa. Está preciosa, como siempre. Hoy luce un vestido azul oscuro largo y el pelo, que siempre suele llevar suelto, recogido en un moño bajo.

—Así que «mi pareja» —digo acercándome a ella.

—Si no, no me dejaba pasar —dice con una sonrisa—. Aunque ni por esas.

Me quedo helado, porque en el fondo esperaba que estuviera aquí por eso...

—Has hecho bien en mentirle.

—No era mentira —dice muy bajito.

—¿Cómo? —le digo incapaz de creer que lo que he escuchado sea cierto.

—Me has oído —me dice alzando la mirada—. He venido porque quiero serlo. Intentarlo contigo.

Ve inseguridad en su mirada y sé que, de no amarla tanto, no aceptaría sin más. Porque en el fondo sé que tal vez solo quiera estar conmigo porque soy su puerto seguro y así se siente menos sola ante lo que sabe de su madre.

Sé que debería tener cabeza..., pero con ella solo manda mi corazón.

Me acerco a ella y la abrazo.

—Entonces, mi pareja. —Alza las manos y las entrelaza en mi cuello.

—Ya ves, quién lo iba a decir...

—¿Todos los que nos vieron pelearnos? Ya sabes lo que dicen de los que se pelean... —Se ríe y su risa me sabe a gloria. Todo va a salir bien.

—Seguramente. —Acaricio su espalda y noto algo que parece una tarjeta—. Es la etiqueta. Tengo que devolverlo mañana. —Meto la mano en su espalda descubierta y tiro de ella—. ¡Mathew!

—Te lo pagaré. Quiero que disfrutes esta noche y no que estés pendiente de que no se te manche el vestido o no se note mucho que lo has usado.

—No quiero tu dinero.

—Lo sé, pero te he invitado y quiero que lo pases bien. —Le tiendo el brazo—. ¿Vamos?

—Vamos —dice, pasando su mano por mi brazo—. Siempre quise ser la elegida del príncipe.

Me río mientras entramos. De repente la cena ha adquirido otro color, no recuerdo cuándo fue la última vez que me sentí tan feliz.

* * *

Observo a Nora conversando con Asha, una buena mujer que, desde que se la he presentado y a mí me han requerido para hablar de proyectos y futuros enlaces, la ha acogido bajo su ala y no la deja sola. Cada vez que la miro me dedica una sonrisa.

No me estoy enterando de nada de lo que me dicen, pero por suerte sé salir del paso y hacerles creer que me interesa mucho lo que hablamos sobre inversiones, y no la mujer que me estoy comiendo con la

mirada y que me muero por degustar a fuego lento en el cuarto que he reservado para nosotros.

Me informan de que la cena ha concluido y que se va a iniciar el baile. Me disculpo y voy a buscar a Nora, que se acerca a mí encantada de tenerme de vuelta.

—Lo siento, la noche no está yendo como esperaba —le digo llevándola al centro de la pista.

—Yo sí. Nos conocemos desde niños y he visto tras los cristales cientos de bailes de este tipo, y siempre me han parecido lo mismo. Un lugar donde hacer enemigos o nuevos aliados. Aburridas reuniones adornadas con buena comida y una música pasada de moda —me dice cuando nos movemos por la sala al ritmo de un vals.

—A mí me gusta esta música.

—Eso es porque tú adoras todo lo polvoriento y antiguo. Aunque, si te soy sincera, a mí también me gusta. —Me sonrío y me relajo. Todo está bien.

—Te prometo una noche... diferente.

—A solas, a poder ser. No me gusta compartirme con tanta gente.

—¿Ya empiezas con celos? —le digo divertido.

—No, por favor, sé que soy la mejor y que siempre volverás a mí. Si tras todo lo que te he dicho no he conseguido espantarte, nada lo hará. —Sonrío y, aunque veo una pizca de miedo, también veo determinación.

—No sé yo..., creo que nos quedan varios insultos en el tintero.

—Pues no te pienso pasar ni uno. A una señorita se la respeta.

—¿Señorita? ¿Dónde? —Me da un pisotón. Me río y la beso sin que venga a cuento—. No cambies nunca, Nora. Me encantas tal como eres.

—Y tú a mí.

Damos varias vueltas por la sala hasta que me piden un baile y tengo que dejar a Nora con su nuevo acompañante. Se nos hace tarde hasta que puedo disculparme. Cojo a Nora de la mano y casi corro hacia el ascensor.

Nada más cerrarse las puertas, asalto sus labios como me muero por hacer desde que vino esta noche a buscarme.

La beso con deseo y urgencia.

Las puertas del ascensor se abren y llegamos hasta la puerta de mi cuarto entre besos, risas y tirones de ropa. Sabemos que estamos dando un espectáculo, pero nos da igual; se han acabado las normas de etiqueta por hoy.

Cierro la puerta y la alzo para que su espalda golpee la pared mientras nuestras manos tiran de la ropa. Me quito la chaqueta mientras Nora tira de mi pajarita. Subo mis manos por sus muslos buscando la cremosidad de su piel mientras la beso.

Abre mi camisa y varios botones saltan.

—Bruta. —Se ríe entre mis labios y me acaricia el pecho desnudo.

La bajo y busco los tirantes de su vestido para bajárselo. Cae en el suelo como una cascada. No lleva sujetador y sus turgentes pechos reciben mis miradas.

Es preciosa. No cambiaría nada de ella. Me gusta tal como es.

La alzo y la llevo a la cama, donde hace unas horas pensaba que pasaría la noche solo y ahora tengo a una sirena de cabellos dorados entre sus sábanas.

Tiro de sus medias y de paso le quito los zapatos. Me mira desde la cama solo con las braguitas de encaje azul.

—Creo que tienes demasiada ropa encima.

—Yo creo que estoy perfecto —digo sentándome en la cama y pasando mis manos por su cintura, su tripa, el hueco entre sus pechos.

—No lo veo así. —Coge uno de los cojines y se tapa. Se lo quito y se pone de rodillas en la cama —. La ropa fuera, rubito.
—Si me la quito, dudo que pueda detenerme.
—No quiero que lo hagas. Te deseo.
—Y yo lo que deseo es hacerte el amor —le digo serio y desnudándome ante ella; y no por deshacerme de la ropa, sino por revelarle al fin lo que siento.
Nora me mira con intensidad y pasa sus manos por mi cuello.
—Entonces hazme el amor, Mathew, porque yo pienso hacerte lo mismo.
Me derrito y sé que ahora mismo nada podrá evitar que no la haga mía en todos los sentidos.

NORA

Mathew me sonrío y sé que estoy haciendo lo que debo. Lo deseo y lo quiero, siempre lo he querido. Incluso cuando prefería pelearme con él a aceptar que si lo buscaba era porque me encantaba estar a su lado.

Era más fácil llamar su atención peleando que de otra forma.

Se levanta y se quita la ropa ante mi atenta mirada. Ya lo he visto semidesnudo más de una vez, pero no deja de sorprenderme su perfecto cuerpo.

Se quita la ropa interior negra y me deleito con el espectáculo de su anatomía.

Saca algo de su cartera, un preservativo, y lo deja a mi lado antes de acomodarse entre mis piernas de rodillas y tirar de mi ropa interior. Mientras lo hace, va dejando un reguero de besos por el interior de mis muslos.

Me retuerzo. El deseo que siento por él aumenta.

Más cuando me quedo completamente desnuda y me mira como si fuera lo más hermoso que ha visto en su vida. ¿Cómo he tardado tanto tiempo en darme cuenta de cómo me observaba? La pregunta no es esa, sino: ¿por qué he querido ignorar lo que me decían sus ojos azules? Porque era más fácil para mí.

Pero eso se acabó.

Quiero saberlo todo de él, cada gesto, cada pequeño matiz de su personalidad, lo quiero todo.

Mathew sonrío mientras me observa y veo como baja su rubia cabeza hacia el interior de mis piernas. Voy a abrir la boca para preguntar cuando la suya me besa justo ahí donde reside todo mi deseo y me olvido hasta de mi nombre.

Su juguetona lengua hace estragos en mí mientras sus dedos entran y salen de mi cavidad.

Estoy ardiendo. Mi piel se ha cubierto por una capa de sudor y mis manos se han enredado en su pelo.

—Mathew... —le imploro cuando siento que voy a explotar en mil pedazos.

—Quiero que estés lista —me dice, alejándose y cogiendo la protección.

Sonrío, queriendo más todavía a este hombre que, recordando mi primera y horrible experiencia, quiere que esta segunda sea perfecta, como tendría que haber sido aquella. Que no haya dolor y solo exista el placer.

—Lo estoy para ti.

Sonrío y veo como se pone el preservativo antes de colocarse entre mis piernas.

Me besa con dulzura mientras su duro miembro entra poco a poco en mí. No noto dolor como la primera vez, es todo distinto, y sé que en gran parte es por estar con quien estoy.

Entra del todo en mí y ambos contenemos la respiración. Nos miramos a los ojos con intensidad antes de iniciar esta íntima danza.

Me besa mientras entra y sale de mí, mientras mi cuerpo se abre a su invasión y siento cientos de sensaciones nuevas y placenteras que hasta ahora pensaba que estaban vetadas para mí.

Me encanta sentirme llena por él.

No deja de besarme y de acariciarme mientras nos movemos en busca de la liberación y, cuando siento que estoy cerca, intensifica las embestidas y me dejo ir, sintiendo como me sigue y como nos elevamos juntos presos de este orgasmo que nos deja devastados.

Me abraza y me acuna contra su pecho. Hacer el amor con Mathew ha sido muy bueno, sí, pero acabar en sus brazos, con sus mimos y caricias, lo hace todo más especial. Tenía que haber sabido leer las señales con mi ex; no se puede obligar a desear a una persona. Si no la deseas, será por algo, forzar las cosas solo trae consecuencias negativas, y ahora lo sé muy bien.

Por un momento quise creer que si todo el mundo lo hacía era porque no estaba tan mal, sin darme cuenta de que el resto del mundo no pagaría por las consecuencias de mis decisiones y yo debería vivir con ellas.

Miro a Mathew feliz como no recuerdo haberlo estado nunca. Jamás pensé que detrás de ese niño tan irritante se escondiera un hombre tan maravilloso.

CAPÍTULO 13



MATHEW

Llevo un rato despierto sintiendo las caricias de Nora en mi pecho. Yo estoy haciendo lo mismo en su espalda y ninguno parece tener ganas de salir de la cama y afrontar este nuevo día.

Anoche decidimos darnos una ducha y acabamos por explorar una nueva forma de hacer el amor bajo el agua. Juro que mi idea inicial era solo ducharnos juntos..., hasta que el jabón y la suavidad de su piel me hicieron olvidar mis intenciones.

—Te tienes que ir al partido —dice con pocas ganas.

—Sí, me debería ir ya.

—¿No puedo secuestrarte? —Me río y la alzo para buscar sus labios y besarla.

—No me tientes. Ya soy un capitán de mierda..., solo me faltaría no presentarme a los partidos...

—No lo eres.

—Pido algo para desayunar y te llevo a tu casa. —Asiente, aceptando mi cambio de tema—. Tras el partido me gustaría ir a ver a Erik.

—Me voy contigo. Es una suerte que ayer despertara y que no parezca tener secuelas del accidente.

—Lo es, a ver si esto le hace cambiar de una vez. Si no lo hace..., nada lo hará.

Nora asiente. Salimos de la cama y nos vestimos, ella con la ropa de anoche, porque no quiere ponerse uno de mis chándales, aunque insisto. Me pongo la ropa del equipo y desayunamos casi corriendo, pues se me hace tarde.

La dejo en su casa y, mientras corre hacia su portal, se vuelve y me lanza besos que me hacen reír.

Todo va a ir bien, me digo, para creerme de verdad que nada empañará esta felicidad.

* * *

Ganamos el partido por tres goles y lo mejor de todo ha sido ver la cara de rabia de Román en el banquillo, comprobando como sin él el equipo juega mucho mejor. Solo por eso, cuando salgo de los vestuarios lo hago con una gran sonrisa.

Que se joda.

Voy a por Nora y Roni a su casa. Han venido al partido, pero luego se iban a preparar la maleta y hemos quedado allí. Ewan se iba a ver a sus padres. No parecía muy feliz; las cosas con Roni van raras. Ella aún no le ha contado su secreto y Ewan nota que le oculta algo; esto los está distanciando más que el secreto en sí mismo.

Al llegar, las veo esperando en la acera. Dejan las cosas en el maletero y entran en el coche. Nora me da un beso y Roni se ríe.

—Mira que yo os vi y me imaginaba que no era solo un juego..., pero se me sigue haciendo raro veros así.

—Pues más vale que te acostumbres —le respondo guiñándole un ojo por el espejo retrovisor.

No tardamos en llegar y vamos directos al hospital. Al llegar nos encontramos con Bianca, que parece algo más calmada tras las buenas noticias de la recuperación de su hijo. Nos saluda con un abrazo afectuoso y me dice que Erik ha preguntado por mí al saber que íbamos a venir a verlo. Entro solo en la habitación.

Está dormido, o eso creo. Cientos de máquinas lo rodean. Veo el latido de su corazón en uno de los monitores, y que lleva una pierna y un brazo en cabestrillo. Tiene media cara vendada y los ojos amoratados por el impacto. Y, pese a lo mal que se le ve, ha tenido suerte.

—Hola —me dice abriendo sus ojos grises.

—Hola, tío, menudo susto nos has dado —le digo yendo hacia él—. Te hubiera traído flores y bombones, pero pensé que con mi compañía tenías suficiente. —Sonríe.

—Mejor, porque no han parado de mandarme cientos de flores y chorradas, como si en este estado las pudiera disfrutar.

—La gente te quiere, aunque te hayas comportado como un capullo.

—Lo sé. —Veo arrepentimiento en su mirada.

—¿Y vas a seguir igual? Porque, de ser así, te prometo que la próxima vez que te veas en este estado paso de preocuparme por ti.

—He aprendido la lección —me dice con la vista perdida—. No quiero volver a escuchar a mi madre llorar como si se le desgarrara el alma.

—Es duro, sí; yo recuerdo cuando mi madre lloraba porque no podía darme todo lo que creía que me hacía falta. Antes de que me encontrara con mi padre en esa excursión del colegio, donde me separé del grupo de los otros niños de cuatro años porque deseaba mirar de cerca las armaduras... —Sonrío con cariño al recordar la cara de mi padre al verme y verse reflejado en mí cuando era pequeño y la cara de espanto de mi madre cuando me vio a su lado. Por aquel entonces era un niño y no comprendía la tensión de sus caras. Y todo porque quería apreciar esos objetos antiguos; está claro que mi afición por la historia me viene desde hace años. Observo a Erik: tiene la mirada perdida y sé que nos necesita más que nunca. Me siento cerca de él—. Tienes un camino duro. Pero siempre fuiste un luchador. Y no estás solo.

—Lo sé. No voy a volver a esa vida. No soy tan idiota como para no darme cuenta de que tengo otra oportunidad para hacer las cosas bien.

—Nunca entendí qué te llevó a todo esto la primera vez. —Por sus ojos pasa un dolor tan intenso que me seca la boca.

—Olvidar... Pero ni aun así se pueden olvidar algunas cosas.

—Solo se pueden superar, y no lo harás metido en la mierda.

—Ahora lo sé.

—Sabes que, si quieres hablar, siempre puedes contar conmigo.

—Lo sé, y también te pido que no digas a nadie nada de lo que hemos hablado. No quiero recordar..., de ninguna manera, y sé que de hacerlo no podré recuperarme.

—Para superar las cosas tienes que afrontarlas. Si no lo haces, por muy bien que te veas por fuera, por dentro seguirás jodido.

—Lo sé, pero es el precio que pienso pagar.

Cojo su mano y le doy un apretón.

—Estamos a tu lado, Erik, lo hemos estado aun siendo un idiota. —Emite una triste sonrisa.

—Lo llevo en los genes.

—También llevas los genes de tu padre, de Aiden y de Jack, y ellos son buenos hombres. No como tu abuelo.

No dice nada. Tocan a la puerta y me informan de que se lo tienen que llevar a hacerle más pruebas.

—Nos vemos, y cuenta conmigo. —Asiente, pero sé que, una vez pasado este momento de debilidad, se cerrará en banda.

¿Qué le ha pasado tan grave como para meterse en toda esa mierda y acabar de esta manera? Ha debido de ser muy duro. Al final Bianca tenía razón: a Erik le ha pasado algo que le ha conducido a esto. El problema es que tal vez nunca nos cuente el qué.

CAPÍTULO 14



MATHEW

Esme me abre la puerta de casa de Nora. Hemos quedado para ir a tomar algo con Roni. Tenía ganas de ver a mi familia, pero no han parado de mirarme como si me hubieran salido corazones en la cabeza. Con esa mirada de «lo sabíamos, sabíamos que acabarías con Nora». Y, cómo no, cientos de preguntas que no he respondido.

Todos tenían la misma mirada de Esme y Jenna, que me observan como si acabaran de descubrir un nuevo misterio.

—¿Has venido a por Nora? —pregunta Robert, que me observa más serio de lo habitual.

—Sí. ¿Algún problema?

—Depende de las intenciones que tengas con ella. —Me entra la risa; nunca me hubiera imaginado a Robert haciendo de padre protector.

—¿En serio? Tenemos veinte años y te aseguro que en mi mente no entra el ir al cine a comer pipas... —Esme se ríe.

Escucho pasos detrás de mí y al volverme veo a Nora bajando la escalera.

—Ya te he dicho que no tienes nada de lo que preocuparte, usamos protección. —Mi risa se acentúa por la cara de Robert, que no sabe dónde meterse tras las palabras de Nora.

—Hay cosas que prefiero no saber.

—Ya, claro, que tú a mi edad eras virgen —le pica Nora a su hermano—. Y es tu culpa, por preguntar. —Se acerca, le da un beso en la mejilla y luego le frota el entrecejo—. Ahora deja de hacer de hermano mayor y acepta que ya no soy una niña.

—Para él siempre lo serás —dice Jenna divertida—. Pasadlo bien. —Nos guiña un ojo y salgo con una sonrisilla de la casa seguido de Nora.

—¿A ti también te han atiborrado a preguntas? —me dice siguiéndome a casa de Roni.

—Sí, pero no me han preguntado qué intenciones tenía contigo.

—¿Y qué intenciones tienes? —me pregunta divertida.

—Llegar vírgenes al matrimonio, por supuesto. —Rompe a reír.

—Siento bajarte de las nubes, pero eso ya no es posible.

—Vaya, entonces tendremos que seguir pecando. —Sonríe y me besa.

Roni nos espera en la puerta y al vernos viene hacia nosotros.

—Mejor nos vamos ya, u os van a freír a preguntas. Sois la atracción, con vuestro noviazgo. No han dejado de preguntarme cosas.

—Únete al club —le dice Nora cogiéndola del brazo.

* * *

Estoy besando a Nora mientras bailamos cuando veo a Roni volver del servicio con mala cara. Me pongo alerta por si le han dicho algo ofensivo.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—Sí, es solo que me ha parecido ver a Román. —Nora se tensa—. Algo imposible, claro.

Miro la sala del *pub* y no lo veo. El problema es que eso no me deja más tranquilo; si me pregunto si sería capaz de venir aquí solo para joder, la respuesta sería sí.

Roni está inquieta, no deja de mirar a todos lados, y lo peor es que los tres vemos como la señalan y se ríen. En este pueblo la gente sigue teniendo muchos prejuicios.

Las cojo del brazo y les propongo irnos a otro lugar. Ninguna dice que no.

Acabamos asaltando el congelador de mi casa y comiendo helado en el jardín cerca de la piscina, solo iluminados por la luna y las estrellas. Mis padres y mi hermana hace rato que se han acostado.

Hablamos de todo. Nora poco a poco deja de hablar y se acomoda sobre mis piernas, ya que estamos sentados en unas hamacas; Roni y yo vemos como se queda dormida. La arropo mejor con las mantas que he sacado de dentro y miro a Roni.

—¿Cómo estás? —Ella sabe lo que le estoy preguntando.

—Si lo dices por los comentarios hirientes, desgraciadamente estoy acostumbrada, y si lo dices por Ewan..., no sé en qué punto estamos ahora.

—Si tu secreto os está separando, deberías decirle la verdad. Ewan no es como el resto.

—No se puede saber sin verse en esa situación. Ewan puede tener claro que le gusto, pero al saber que nací hombre puede empezar a rayarse o a cuestionarse lo que le gusta... No lo sé. A mí me costó años aceptarme. No puedo esperar que alguien me acepte de la noche a la mañana.

—A mí me daría igual que Nora hubiera nacido con un cuerpo equivocado. Seguiría siendo ella.

—Eso es porque tú la quieres desde hace tiempo y solo ahora te has dado cuenta.

—¿Y eso lo sabes porque eres muy lista?

—Aparte de porque soy muy lista, porque no le escribías, pero a todos nos preguntabas por ella en tus cartas o tus llamadas.

—No sabía que fuera tan evidente.

—Da igual, al final pasa lo que debe pasar. Pero más te vale cuidarla. Nora ha sufrido mucho y, aunque se crea que no me doy cuenta, sé que sigue haciéndolo. El problema es que no me cuenta qué le pasa. Y no quiero forzarla para que se cierre en banda, pero sé que algo le preocupa.

Pienso en decirle lo de su madre, pero no me corresponde a mí, y por eso callo.

—Dale tiempo. —Roni asiente y mira a Nora, que está dormida como un tronco.

—Será mejor que nos vayamos a casa.

—Os acerco —respondo a Roni.

Nora abre los ojos y me mira con una sonrisa que no puedo evitar atrapar entre mis labios. Si por mí fuera, no la dejaría en su casa, pero ya mañana, en la comida que van a dar mis padres, habrá suficientes comentarios como para añadir más.

Y así es, tanto que nos acabamos yendo de vuelta a nuestros pisos de la universidad nada más terminar el postre. Cansados de tantas miradas, sonrisitas y codazos cómplices por parte de todos. Lo peor es que piensan que no nos damos cuenta.

No creo que sea para tanto que Nora y yo estemos juntos, si según ellos se veía venir que esto pasaría... El problema es que ahora parecemos una pareja sacada de su telenovela favorita y nos incomodan con esa forma de mirarnos.

Llegamos a casa y Nora se va a cambiarse. Quedamos en mi casa para estudiar..., o intentarlo.

Y, como ya sospechaba, nos pasamos más tiempo estudiando las diferentes formas de besarnos que otra cosa. No me canso de hacerlo, al contrario, cada vez quiero más.

Ahora Nora está sentada sobre mí y lo que estaba repasando ha pasado a un segundo plano. Solo nos miramos. Mis ojos azules reflejados en los suyos dorados.

—Mientras te miro pienso en cómo hemos tardado tanto en darnos cuenta de que ansiábamos vernos reflejados en la mirada del otro.

Sonrío por su lado romántico. Pienso en añadir algo que quite intensidad al momento, pero no lo hago. Solo la miro, porque tiene razón, hemos sido muy tontos al no darnos cuenta de que en verdad nos buscábamos.

Voy a abrir la boca para decir algo cuando un portazo en el cuarto de Ewan nos sobresalta.

—Ha pasado algo —digo tenso. Ewan es muy calmado; no reaccionaría así salvo que tenga una buena razón.

Nora se levanta y va hacia su cuarto. La sigo y toco a la puerta. Al entrar veo a Ewan tirando las cosas del escritorio al suelo.

—¿Qué ha pasado?

—Que Roni ha preferido dejarme a contarme lo que diablos le pase.

Nora da un respingo a mi lado.

—Voy con Roni. —Asiento y la veo irse.

—¿Tan grave es? Sé que tú lo sabes, y Nora. ¿Acaso no me merezco saber por qué si jura quererme me deja?

—Sí lo mereces saber, si eso os está separando.

—Yo la quiero —me dice con sus ojos azules a punto de romper en llanto. No lo hará, y menos delante de mí. Pero se nota que está destrozado.

—Lucha por ella.

—¿Cómo? Si ni siquiera sé qué nos separa... —Mira el desastre de su cuarto—. Déjame solo.

Lo hago porque sé que en su lugar yo también querría estar solo. Escribo a Nora para que me cuente cómo está Roni, pero solo me dice que hecha una mierda. Y que lo peor es que todo es por miedo a perder a Ewan... Es una contradicción que haga justamente eso.

* * *

—Y esto ha sido todo por hoy —dice el entrenador dando por finalizado el entrenamiento de hoy lunes.

Veo a Ewan ir hacia los vestuarios con mala cara, y a Román seguirlo con una sonrisa que no me gusta un pelo. Por eso voy tras ellos.

—Vaya, vaya, no sabía que te ponían los hombres. —Me tenso e Ewan se vuelve hacia Román.

—¿Qué tonterías dices?

—Bueno, dímelo tú, que sales con uno.

Pienso en lo que dijo Roni de que le parecía haber visto a Román. Me parece muy fuerte hasta para él que haya ido a nuestro pueblo solo para rebuscar entre la mierda.

—Es mejor que te calles —le digo poniéndome a su altura.

—Claro, porque tú lo sabes, tú sabes que a tu amiguita le gusta que le den por culo.

No espero más y le golpeo con fuerza la cara, lo tiro al suelo y se ríe. Como si esperara mi comportamiento.

—No se te ocurra insultarla o te juro que no seré tan benevolente como Mathew —le dice Ewan furioso por que se haya metido con Roni.

—¿Insultarla? Dirás insultarle; Roni es transexual. Nació hombre, se cortó el pito, pero lo que es, es.

Noto como los que nos rodean contienen la respiración y como Ewan da un paso hacia atrás, tal vez entendiendo de golpe lo que le separaba de Roni.

Miro a Román y voy hacia él. Alguien me detiene. El entrenador.

—Estás fuera, Román, no te quiero en mi equipo más. —Eso le hace perder la sonrisa de golpe—.

No podías haber caído más bajo.

—No puede echarme, mi padre...

—Tu padre puede decir lo que quiera. Yo tengo la última palabra y no quiero a gente como tú en mi equipo. Largo de mi campo.

—Esto no acaba aquí —nos dice.

Ewan va tras él y lo coge de la camiseta.

—Claro que sí; como le digas algo a Roni o a alguno de tus amigos, te juro que no voy a parar hasta destruirte. No eres más que un pedazo de mierda que, no contento con su infeliz vida, tiene que ir a destruir la de los demás. Más te vale dejarla en paz.

—Dirás dejarle... —Ewan lo mira de una forma que hace que Román se calle y se quede pálido.

—He dicho que *la* dejes en paz —dice, recalcando el «la»—. Y más te vale hacerme caso.

Lo suelta y se marcha. Miro a todos los que hay aquí y sé que la noticia correrá como la pólvora. Que Roni será señalada con el dedo y para más de uno dejará de ser Roni para ser la transexual. ¿Por qué la gente no puede dejar de hacer daño a los demás? Roni no ha lastimado a nadie, demasiado ha tenido que pasar como para que no la dejen llevar una vida normal de una vez por todas.

CAPÍTULO 15



RONI

Intento centrarme en el trabajo que quiero adelantar y estoy estudiando en el salón porque mi cuarto me trae demasiados recuerdos, ya que es donde ayer viví uno de los peores momentos de mi vida. No lo consigo, por más que lo intente. No dejo de pensar en Ewan diciéndome que me quería, que sabía que le ocultaba algo y que, por favor, se lo dijera. Que no nos hiciera esto. No dejo de pensar en si tomé el camino fácil por lo mucho que yo también lo quiero a él y porque no sé si soportaría ver en sus ojos lo mismo que he visto en la mirada de tanta gente al saber mi secreto.

Intento una vez más estudiar sin éxito cuando la puerta se abre y aparece Mathew seguido de Ewan. Ninguno tiene buena cara.

No puedo dejar de mirar a Ewan y veo algo en sus ojos azules que me hace sentir que algo ha cambiado.

—Viste a Román en el pueblo, Roni —dice Mathew acercándose a mí.

Se me cierra la garganta, se me nubla la vista y si no estuviera sentada creo que me caería.

—Lo sabe... —Miro a Ewan—. Lo sabes.

—Lo sé todo —dice serio.

No veo en sus ojos repulsión, pero tampoco comprensión. No veo nada, y me parecen igual o más tristes que ayer.

—Roni, no estás sola, no vamos a dejar que te pase lo mismo... —me dice Mathew, y se arrodilla para coger mi cara, viendo que estoy perdiendo el color—. No dejaré que nadie te haga daño. Y si nos tenemos que mudar todos para que seas feliz, lo haremos. Encontraré la forma de que seas feliz. —Así es Mathew, no puede evitar cuidar de los demás.

—Estoy bien —miento.

—Déjanos solos, Mathew —le pide Ewan.

Mathew no lo hace hasta que yo asiento, y solo entonces se marcha, no sin antes mirar a Ewan, dejando claro que, como me haga daño, le dará igual que sean amigos. Sonrío pese a todo, por su manera de defenderme.

Me alegra que al fin Nora haya conseguido a alguien que no piense solo en sí mismo.

—Lo sabes —le digo a Ewan cuando nos quedamos solos.

—Sí, y no por ti. —Me cuesta mirarlo a los ojos; no sería capaz de soportar su asco, algo que he visto en mis otras parejas al darse cuenta de que besaban a alguien que nació hombre.

Noto que mis ojos se llenan de lágrimas que reprimo con todas mis fuerzas. Estoy cansada de sentirme culpable por esto. De no poder ser solo Roni, y de tener que lidiar siempre con una dichosa etiqueta que parece que es lo que más caracteriza a mi persona. Da igual si soy buena, o mala, o me preocupo por los demás; la gente solo me ve como una transexual y no se dan cuenta de que soy más cosas. No todos se toman la molestia de conocerme y descubrirlas.

—No podía decírtelo...

—Era mejor que me dejaras y decidieras por mí.

—Tú no sabes por lo que he pasado —le digo, defendiéndome, al notar el dolor en sus palabras.

—No, no lo sé, porque, en vez de darme la oportunidad de poder elegir por mí mismo, decidiste por los dos y me apartaste de ti.

—¿Acaso hubiera cambiado algo? —Noto como una lágrima se me escapa—. En cuanto lo hubieras sabido, habrías sentido asco por todo lo compartido... Te quería ahorrar eso y ahorrarme el ver en tus ojos lo que ya he visto antes en otros.

—Ese es el problema, Roni, que me has hecho pagar los errores de otros. No me has dado el beneficio de la duda.

—Siempre pasa lo mismo. Tú no lo entiendes...

—Entonces es que no me conoces nada. Que todo este tiempo nunca has sabido verme en verdad.

—¿Y tú a mí, sí?

—Eres Roni, siempre serás la mujer más hermosa que he visto nunca, y no solo por fuera. —Cuando dice «mujer» las lágrimas que me faltaban por salir salen despedidas—. Yo siempre te vi a ti.

—Pero no nací así.

—Eso no cambia lo que eres. Eres perfecta, y el problema no es lo que yo pensara, o dejara de pensar, es que tú te culpas por ello. Cuando en verdad no tienes por qué hacerlo. Y eso es porque en el fondo tú no lo has aceptado. Si lo hubieras hecho, no sentirías vergüenza, porque no hay nada de lo que avergonzarse.

Lo miro y veo en sus ojos dolor; no veo reconciliación, pero sí que le importo. Que dice la verdad.

—Lo siento, tenía mucho miedo. Y no quería ser egoísta y hacerte renunciar a todo lo que conlleva estar a mi lado.

—Si lo dices por los hijos, siempre hay soluciones.

Me seco las lágrimas.

—No he sabido hacerlo mejor. Porque cada día te quería más y me dolía hacerte daño con mi silencio, pero no sabía cómo decírtelo y causarte más dolor con la verdad.

—Lo sé, y en parte te entiendo, aunque a mí no me duele tu pasado, sino el engaño. Ahora mismo no sé si puedo perdonarte. Y no es porque nacieras siendo un chico, eso me da igual. Eres Roni, preciosa, dulce, maravillosa, atenta, y la mujer de la que, pese a todo, sigo enamorado. —Lo miro con dolor sabiendo que algo se ha roto entre los dos—. El problema es que, ante una adversidad, has tomado el camino fácil, me has juzgado por cosas que ni siquiera he hecho, has dado por sentado que yo sería como esas personas horribles. Como Román —dice, y noto su rabia—. Yo no soy así, y tú, que me conoces más que nadie en mucho tiempo, pensabas que sí. No sé si estoy preparado para estar contigo y temer que a las primeras de cambio me alejes de ti. Llevo semanas viéndote mal, preguntándote, temiendo que fuera que no querías estar conmigo y no me decías nada. Estar con alguien es algo más que besarse, es tener la confianza de poder ser uno mismo y no temer nada. Tú has escondido una parte de ti que te hacía daño y has dejado que nos separara.

—Te entiendo.

—Dame tiempo. Solo te pido eso.

—No puedo decirte que no.

Se acerca, me seca las lágrimas con ternura y me da un último y amargo beso.

—No voy a estar lejos, no voy a dejar que te hagan daño. Pero, cuando traten de herirte, piensa que solo se hierne al que se cree merecedor de esos insultos. Tú eres perfecta tal como eres. No dejes que nadie te haga sentir lo contrario. Si la gente ve que no puede herirte, se cansarán. Tú eres la primera que debe dejar de culparse y de pagar un precio que no mereces. No has hecho nada malo. Tus diferencias te hacen única, Roni, y no al contrario.

Asiento, pues sé que tiene razón.

Alzo mi mano y acaricio la suya. Noto como tiembla y la retiro. Me la coge.

—Dame tiempo.

—Claro.

Agacho la cabeza y lo escucho alejarse y abrir la puerta de la calle.

—Sois un atajo de cotillas —dice nada más abrir. Alzo la vista y veo a Mathew y a Nora en la puerta.

—No se escuchaba nada —se queja Nora entrando—. Si le haces daño, te juro que...

—Sé que Roni es especial y maravillosa, guárdate tus uñas para otro.

Miro a Nora, que observa a Ewan como si tuviera que perdonarle la vida. Al final asiente y su novio tira de ella hacia el salón. Sonrío porque la vida me haya hecho tener una amiga como ella.

Al verme llorando se acerca corriendo y me abraza.

—No dejaré que nadie te haga daño. Si nos tenemos que ir, nos vamos.

—No voy a huir, no esta vez. No he hecho nada malo. —Nora se separa y me mira—. Yo soy la primera que debo aceptarme y solo así lo que me digan no me afectará.

—Así se habla —me dice Mathew—. Eres perfecta.

Asiento. Y Nora me abraza de nuevo y me río pese a todo cuando Mathew nos abraza a las dos y casi nos levanta de la silla.

Pienso en Ewan, en su mirada triste, y espero que un día encuentre la forma de perdonarme, y yo de comprender que estar con alguien no es dar por hecho lo que él vaya a decir. Que, si quieres a una persona, debes dejarle siempre el poder de elegir. Y, si merece la pena, ahí estará.

Ahora toca esperar y recordar las palabras de Ewan, no dejar que mis diferencias me hagan sentir diferente, sino más bien al contrario, aprender a ser única por ellas.

CAPÍTULO 16



NORA

Salgo de clase tras una mañana intensa. Por suerte es viernes y no tenemos clase en dos días. Estoy deseando llegar a casa y ponerme cómoda. Hoy Mathew tiene entrenamiento, pero me ha dicho que antes se pasará a verme.

Han pasado quince días desde que Román destapó la verdad. Desde que el rumor del pasado de Roni corrió como la pólvora. Desde que mi amiga dejó de ser Roni para ser, para algunas personas, la transexual.

Roni, por primera vez, no se ha escondido. Está mostrando una entereza que nunca le había visto. Creo que empieza a dejar de culparse y de sentirse merecedora de esto.

Yo mejor que nadie sé que, cuando tú eres la primera que piensa lo que te dice la gente, el daño es más grande porque dan voz a tus críticas interiores.

Estoy muy orgullosa de ella.

Con Ewan las cosas van mejor; siempre está cerca de Roni, pero como amigo. No han hablado de ser algo más de nuevo. Y se nota que ambos se quieren. Que se necesitan, porque he visto cómo se miran el uno al otro cuando creen que nadie se da cuenta y hay anhelo en su mirada.

Espero que encuentren el camino de vuelta al otro.

Estoy volviendo hacia mi casa cuando me suena el móvil. Lo saco creyendo que será Mathew, pero es mi madre.

En este tiempo hemos hablado algo por teléfono y por mensajes. Cada vez más, eso sí. Es como si poco a poco la estuviera perdonando.

—Hola —le digo nada más descolgar.

—¿Te apetece comer conmigo? Sé que es algo precipitado, pero estaba por aquí y me apetece mucho que nos veamos.

—Yo... —me callo cuando la veo no muy lejos con un hombre, que parece de su edad, a su lado.

Mi madre me saluda. Cuelgo y voy hacia ellos. Mi madre me da dos besos.

—Este es mi novio, Sixto. Ya te he hablado de él.

Asiento y le doy dos besos cuando el hombre se me acerca. Hay algo en él que no me gusta; aun así, no me dejo llevar por mis desconfianzas y recelos y me centro solo en su amable sonrisa.

—¿Comes con nosotros? Di que sí. —Mi madre pone ojitos y no puedo más que asentir.

Me abraza con cariño y parece feliz de tenerme. Y sé que una parte de mí la estará perdonando, que en el fondo me muero por tener a mi madre de vuelta en mi vida.

Vamos no muy lejos, escribo a Mathew para decírselo y me contesta que tenga cuidado. Sobrio, porque de los dos es al que más le cuesta perdonar a mi madre.

Roni ya sabe que me he vuelto a ver con mi madre. Mathew me dijo que se lo contara, que Roni sabía que me pasaba algo y que si la alejaba de mis problemas estaba haciendo lo mismo que ella hizo con Ewan y ya había visto cómo acabó todo. Por primera vez no dejé para luego lo que me preocupaba y me di cuenta de que Roni estaba deseando que le revelara qué me inquietaba. Que quien bien te conoce sabe cuándo te pasa algo y cuando callas le haces daño, porque no sabe de qué modo llegar a ti.

Vamos a un bar y pedimos el menú del día.

Se me hace raro estar comiendo con mi madre y su pareja. Ya sabía que estaba con alguien. Me lo ha contado, pero aun así, verlo es diferente.

—Pues mi hijo va a tu universidad —me dice el hombre cuando nos traen la sopa recién hecha.

O eso pienso, hasta que la pruebo y los fideos están tan pasados que siento arcadas. Me tomo solo el caldo.

—Qué coincidencia.

—Sixto fue quien me animó a hablar contigo —me dice mi madre—. Y gracias a él ahora estamos aquí comiendo como una familia.

Se me atraganta el caldo. Que esté perdonando a mi madre no significa que de repente ella sea parte de mi familia. Aunque lo es. No sé cómo me siento ante todo esto. Son muchos años guardándole rencor, tantos que cuesta olvidar. Por eso solo asiento y espero que el tiempo me haga olvidar mis resquemores.

—De hecho, tenía que entregarle algo que se dejó en mi casa y no sé si podré dárselo antes de irme a trabajar.

—Vaya, lo siento.

—Vive en tu edificio —me dice.

—Ah, no lo sabía.

—Bueno, ya veré cómo se lo doy.

—O tal vez Nora pueda acercárselo. Le dices a tu hijo que la espere en la puerta y se lo da. No creo que le cueste mucho, viviendo en el mismo sitio.

—No, claro.

—Me harías un gran favor. Porque lo necesita.

Asiento pensando que no tengo por qué negarme, ya que no me va a costar nada. Seguimos comiendo y, nada más tomar el postre, dicen que se tienen que ir. Voy hacia donde han dejado el coche y me da un paquete en una bolsa.

—Nos vemos, hija.

Asiento y me marchó hacia mi casa. Al llegar, como me han dicho, veo en una esquina al hijo de Sixto. Está apoyado en la pared y mira hacia ambos lados, tal vez buscando a su padre.

—¿Eres el hijo de Sixto?

—Sí. ¿Lo tienes?

—Sí. —Le tiendo la bolsa, la coge de manera inquieta y se la guarda en la chaqueta.

—Nos vemos pronto. —Me guiña un ojo y se marcha.

No lo hace por el mismo sitio que yo, y es raro, pues vivimos en la misma urbanización de pisos, pero no le doy importancia.

Entro en mi casa y veo a Roni con la vista perdida, leyendo. O intentándolo. Se me ocurre algo, teniendo en cuenta que Mathew se va de viaje a primera hora y no regresa hasta el domingo por la noche, por un partido y porque tiene que ir a una reunión en representación de su padre.

—¿Y si cogemos el coche y nos vamos de fin de semana de chicas?

—¿Eres consciente de que no tenemos un duro?

—Ya... Podemos ir a nuestras casas, quedarnos a dormir en la casa de la otra como cuando éramos crías y salir por el pueblo. No sé, por cambiar de aires.

—Me parece bien. Este lugar me recuerda mucho a Ewan y cada día que pasa es peor. Pensé que tardaría menos en perdonarme. Tal vez nunca lo haga, o el tiempo separados le haya servido para darse cuenta de que solo me quiere como amiga.

—Ojalá no sea así.

—Ojalá.

El problema es que, cuando le das a alguien tiempo, vives en una incertidumbre constante hasta que esa persona se decide, y Roni cada día está más decaída. Espero que este viaje la anime. Lo necesita.

MATHEW

Espero a Nora leyendo un libro en mi cama. Es tarde; me ha llamado hace poco para decirme que estaban a punto de llegar, que habían parado por el camino para ir al cine, porque a Roni le apetecía y, como este fin de semana era para ella, se ha dejado llevar.

Roni e Ewan no están bien; es Ewan el que mantiene esta distancia, pero me consta que no lo lleva bien. Ya le he dicho cientos de veces que no sea tan cabezón, pero él me contesta que solo necesita saber que cree en ella y que confía en que cuando haya un problema no se lo ocultará y saldrá huyendo. Sinceramente, para descubrir si será así debe intentarlo de nuevo. Las cosas no se pueden saber si no pasan, pero ellos verán.

Escucho la puerta de la calle abrirse y cerrarse casi de golpe y luego una carrera. Sonrío imaginándome a Nora corriendo hacia mi cuarto. Dejo el libro cuando la puerta se abre. La cierra antes de correr hacia mi cama y tirarse encima de mí.

—Me chafas —le miento abrazándola.

—Te fastidias. Es el peso de estar dos días sin vernos.

—Entonces cuando estemos más días separados no sé qué me pasará.

Se separa y me mira.

—¿Por tus responsabilidades?

—Sí, aunque me encantará que viajes conmigo. —Sonríe y se cobija de nuevo en mi pecho.

—Me lo pensaré.

Aspiro su aroma; no sé cómo es posible echar tanto de menos a alguien tan solo habiendo estado separados dos días.

—¿Qué tal lo habéis pasado?

—Bien... Bueno, Roni no está mejor, por mucho que sonría.

—Ewan tampoco.

—Es su culpa.

—No del todo; han llegado a esto porque Roni prefirió dejarlo a hablar con él y darle el beneficio de la duda.

—Es complicado.

—Sí.

—Espero que un día dejen de lado todos los temores y se den otra oportunidad —me dice, metiendo sus manos bajo mi camiseta.

Me acaricia el pecho mientras me da besos en el cuello, donde sabe que me gustan. Sube sus labios por mi cuello hasta atrapar mi boca y me entrega todos los besos que hemos deseado darnos durante estos días alejados.

Cada vez nos devoramos con más urgencia. Subo mis manos por su espalda y le quito la camiseta que lleva. Ella hace lo mismo con la mía y no pierde el tiempo para acariciar mi pecho desnudo, al igual que yo hago con el suyo cuando le quito el sujetador.

Me separo y observo sus coronados pechos erectos pidiéndome a gritos que los deguste.

Sonrío antes de acercarme y meter una de esas frutas prohibidas entre mis labios.

La chupo, la degusto, y noto como la respiración de Nora aumenta y como sus gemidos, esos que me vuelven loco, apenas acallados por miedo a ser escuchados, inundan su cuerpo.

Se mueve de manera que mi dureza se roza con su caliente sexo.

Estoy a punto de morir de deseo, y solo hemos empezado este juego al que tan bien sabemos jugar juntos.

Llevo mi mano a la cinturilla de su pantalón y se lo bajo, queriendo acariciarla íntimamente. Llego a donde arde de calor y juego con su humedad entre mis dedos.

—Mathew... Para... —La miro y me sonrío divertida—. No quiero llegar antes que tú. Y no ayuda el que me toques así.

Se baja de la cama y se quita el resto de la ropa ante mi atenta mirada.

Joder, podría correrme solo con mirarla.

Tira de mis pantalones y me deja desnudo.

—Veo que tienes prisa.

—Y tú muchas ganas de hablar. —Me río hasta que se pone sobre mí y mi sexo acaricia el suyo sin protección alguna—. Nora...

—Tomo la píldora. —Me mira a los ojos decidida y empieza a descender hasta que se detiene a un suspiro de que entre en ella.

—Me quieres matar.

—No, solo quiero saber si tú has hecho esto así alguna vez.

—No, soy todo virgen.

—Sí, ya —sonríe.

—En esto, sí. Y ahora, todo tuyo. —Eso le gusta, pues me sonrío con descaro antes de bajar y seguir introduciendo mi miembro en su interior.

Cuando lo mete del todo, ambos tomamos aire. Estar así, piel con piel, es más intenso de lo que siempre imaginé. Y sé que es porque es con ella.

Me sonrío antes de subir y bajar, haciendo que la llene por completo. Buscando el máximo placer.

Joder, dudo que pueda durar mucho.

Apoya su frente en la mía. Me observa con intensidad mientras entro y salgo de ella al son de sus movimientos.

Mis ojos azules se funden con los suyos dorados. No existe nada salvo nosotros y es tan intenso el momento que, sin poder evitarlo, se me escapa lo que he dado por hecho que sabe, pero nunca le he confesado.

—Te quiero. —Sonríe con los ojos llenos de lágrimas y me besa con ternura.

—Te quiero —me confiesa, y suelto el aire que ignoraba estaba reteniendo temeroso de su respuesta.

La abrazo con fuerza mientras juntos buscamos el alivio prometido y beso sus labios para acallar nuestros gemidos cuando me vacío dentro de ella empujado por su orgasmo.

* * *

Nora acaricia mi pelo desnudo distraída y espero a que hable, porque sé que algo le ronda la cabeza. Por eso, cuando se alza y busca mi mirada, lo esperaba.

—Soy feliz —dice con lágrimas en los ojos. Una se desliza por su mejilla, la atrapo y salen más—. Muy feliz.

Cualquier otra persona no entendería su tristeza, por qué llora si es feliz. Pero yo, sí. Yo llevo toda la vida observándola sin querer reconocerlo y sé que si llora es porque teme que suceda algo que la prive de esto. Y sé que, si antes se conformaba solo con estar con alguien, era porque, si lo perdía, no le dolería tanto como cuando se ama.

—Todo irá bien —le digo, sabiendo que es lo que necesita escuchar.

Me abraza con fuerza y no digo nada, mientras sus lágrimas mojan mi pecho, esperando de verdad que todo vaya bien.

CAPÍTULO 17



NORA

Espero al hijo del novio de mi madre en el mismo sitio que las dos últimas veces. Ya me empieza a cansar esto. Viene tarde, me coge la mochila y me da otra, que espera que le dé a mi madre esta tarde, ya que he quedado con ella tras el trabajo.

—Adiós —me dice con frialdad.

No lo soporto, y dudo que pueda hacer más favores de este tipo. Yo creo que ya se están aprovechando de mí.

—¿Quién era ese? —me dice Mathew abrazándome por detrás.

—El hijo del novio de mi madre.

—¿Otra vez te ha tocado darle cosas?

—Sí, su padre está de viaje y le dejó a mi madre el recado.

—No me gusta este tipo, siempre me ha dado mala espina; es mejor que dejes de hacer esto.

Me río y me doy la vuelta entre sus brazos.

—¿Vas a empezar a prohibirme qué puedo hacer y qué no?

—No, solo trato de protegerte, y no me gusta. Pero haz lo que quieras; lo vas a hacer igualmente.

—Por supuesto. Y ahora, invítame a comer en tu piso. —Lo beso cuando asiente y me sonrío como solo él sabe hacerlo.

MATHEW

Observo a Nora bailando con Roni en la pista de baile del *pub*. Yo estoy en la barra con Ewan, que no deja de mirar a Roni con anhelo.

—¿Por qué lo haces? —le pregunto a Ewan.

—Porque tengo miedo de perderla de nuevo.

—Ya lo estás haciendo; no sé si te has dado cuenta, pero pasada la novedad de que es transexual, hay muchos chicos que la miran desando estar a su lado. Roni irradia luz y puede que se canse de esperarte.

—Lo sé. Roni es única, y eso se nota.

—Pues ve a por ella y dile lo que sientes.

—Tal vez lo haga pronto.

—Eres idiota.

—No he sido yo el que ha tardado años en darse cuenta de que estaba enamorado de su archienemiga.

Lo miro con cara de enfado y se ríe. Voy hacia los servicios y al entrar me encuentro con algo que no esperaba. Román pálido y con la mirada perdida. Lo he visto otras veces borracho y muy pasado, pero nunca así.

Me mira como ido. Voy hacia él por instinto cuando noto que se va a ir de bruces contra el suelo.

—No sé qué me pasa... —me dice cada vez más pálido.

—Voy a llamar a alguien.

—No quiero que nadie me vea así.

—Tú no lo harías por mí —le digo de manera afirmativa sabiendo la respuesta.

—No —dice sincero.

Pienso en dejarlo aquí con lo que sea que se haya metido, pero algo me dice que la cosa es seria. Por eso tiro de él hacia fuera por la puerta trasera y lo llevo a mi coche. Se desploma en el asiento. Llamo al hospital de camino para decirles que voy con alguien que posiblemente tenga una sobredosis, para que estén preparados, y llamo a Ewan para contárselo y para decirle que lleve a Roni y a Nora a casa y no les diga dónde estoy.

Cuando llegamos el estado de Román ha empeorado, y eso que no he pillado tráfico. Están listos y lo meten corriendo en urgencias. Me voy a la sala de espera; esto pinta muy mal. Y lo peor es que, a lo largo de la noche, no dejan de llegar compañeros de mi universidad en el mismo estado. Enseguida se habla de intoxicación: uno tenía algunas pastillas en el bolsillo y parece ser que estaban en mal estado, que la droga que les han vendido esta noche estaba contaminada. ¿Y qué esperan? Se meten esa mierda sin saber qué lleva ni lo que puede hacerles. Seguro que lleva matarratas o alguna cosa peor.

RONI

Ewan nos deja en casa; no ha contado adónde ha ido Mathew, solo que tenía algo que hacer, y Nora ha dicho que tal vez sea algo del hotel. No me extrañaría.

Nora se despide de Ewan y se va a la cama. Yo me quedo en el salón, porque él no termina de irse. No se despide de mí. Ni me da las buenas noches, y cuando lo miro a los ojos veo anhelo en su mirada.

Yo siento lo mismo.

Me muero por pedirle un abrazo y callo por temor a su rechazo.

—Bueno, pues será mejor que me vaya.

—Claro...

Lo acompaño hacia la puerta con cientos de palabras atascadas en mis labios y un «te quiero» que pugna por salir.

Se marcha y cierro la puerta, hasta que algo me lo impide y se abre de nuevo. Tras ella aparece Ewan.

—No puedo irme. No puedo estar lejos de ti más... ¡Joder! ¿Eres consciente de lo mucho que te extraño?

Me río feliz, porque me cuesta creer que al fin este distanciamiento se haya acabado, que él de verdad diga eso sabiendo toda mi verdad. Que ya no haya secretos entre los dos y, sin embargo, me mire como siempre.

—Lo sé, porque a mí me pasa lo mismo.

Ewan sonrío antes de acortar la distancia entre los dos y besarme como llevo deseando tantos días. Pero este beso es diferente, porque él sabe a quién besa, y no le importa, porque para él y para mí solo soy Roni, la mujer que lo ama.

—Te quiero —le digo, y esta vez no va acompañado de una despedida.

—Y yo a ti, pelirroja.

Me besa de nuevo y noto su felicidad entremezclada con la mía. Solo somos dos personas que se aman, y quien no lo entienda, quien busque algo más allá, es porque en verdad no cree que el amor sea el motor del mundo y pueda con todo.

Y solo cuando se ama de verdad, se hace sin prejuicios y sin distinciones.

Nadie elige a quién amar.

CAPÍTULO 18



MATHEW

Pasa el tiempo y llegan familiares de todos menos de Román. Nadie viene a ver cómo está. Solo yo, que incomprensiblemente sigo aquí.

Por eso, cuando preguntan por sus familiares, soy la única persona que está aquí interesada por él. Me dejan pasar unos minutos. Por lo menos está estable; ha tenido suerte.

—Hola —le digo nada más verlo lleno de tubos.

—No ha venido nadie —dice a modo de saludo, y por su mirada sé que lo sabía.

—No, lo siento.

—No lo sientas. Y mejor me dejas solo. —Asiento y abro la puerta para irme—. Gracias, he tenido suerte de que tú no seas tan capullo como yo.

—La has tenido, sí.

Me marcho de aquí deseando salir de esta noche de pesadilla. No todos los jóvenes han tenido la misma suerte que Román, y a muchos les quedarán secuelas por haberse metido esa mierda. Es lo que tiene jugar con las drogas, que, como en todos los juegos, siempre tienes la opción de perder.

* * *

Aparco deseando meterme en la cama y voy hacia mi casa con tanto sueño que me cuesta asimilar que alguien está gritando, hasta que escucho mi nombre.

—¡Mathew!

Miro hacia allí y me quedo helado cuando veo a Nora sujeta por un par de policías que tratan de meterla en el coche. Cerca está Ewan sosteniendo a una llorosa Roni, con Deb, Daura y su novio, Mateo y Ginés, que tratan de liberar a Nora hasta que a Mateo lo golpean.

Reacciono y voy hacia ella, pero solo llego a tiempo de rozar apenas sus dedos. Golpea el cristal con los ojos rojos de lágrimas. Impotente, veo como se la llevan sin comprender nada. Sin entender cómo alguien tan bueno como Nora ha acabado ahí.

—¿Qué ha pasado? —pregunto a nuestros amigos.

—La acusan de pasar drogas —me informa Ewan—. Las drogas que anoche dejaron en coma a varios chavales.

—Eso no es posible, Nora odia las drogas...

—No sabemos más —dice Ewan.

* * *

Robert y Katt no tardan en venir a ver qué está pasando. Pronto descubrimos, gracias a Katt, que es la mejor abogada que conozco, que todo ha sido provocado por la madre de Nora.

Que los paquetes que le entregaba en mochilas y ropa para el supuesto hijo de su novio eran mentira. Una tapadera para que Nora les pasara la droga y ellos no tuvieran que mancharse las manos.

Anoche pillaron al joven pasando la droga y este dijo que a él se la pasaba Nora. No sabe quiénes son sus verdaderos camellos, solo que ella se la daba. Y, por supuesto, la madre de Nora ha desaparecido.

Nora ha contado su historia una y otra vez, pero, por lo que nos cuenta Katt, no se la creen. No creen que ella no supiera que estaba pasando una droga peligrosa y que ha dejado en coma a varios jóvenes. Y hay vídeos de las cámaras de seguridad que la tienen pillada dándole los paquetes al joven que luego vendía la droga.

Si no encontramos a la madre de Nora para que pague por esto, no sé cómo lo vamos hacer.

Nora no ha hecho nada malo; solo ha pecado de inocente, de buena, de querer dar una oportunidad a la mujer que ya le jodió la vida una vez. Nora solo quería encontrar a su familia. Porque en el fondo piensa que es la pieza que no encaja.

* * *

Los días pasan y solo han dejado pasar a Katt, como su abogada, para hablar con Nora. Han registrado su casa, y la mía, al ser su novio. No han encontrado nada, como era de esperar. Las horas pasan muy lentas y no consigo dormir más de dos horas seguidas a lo sumo.

Me mata saber que está en la cárcel rodeada de personas que han cometido atrocidades. Nora es demasiado empática para estar en un sitio así. Cada día que pasa dentro temo que se destruya una parte de ella, para defenderse, para hacerse la fuerte.

—La han encontrado —me dice Robert cuando le abro la puerta de mi casa—. Han encontrado a la madre de Nora. La han pillado huyendo del país. Hay una esperanza.

—Si encuentran el enlace entre ella y la droga..., y si testifica.

—Va a ir a la cárcel, ya estaba siendo buscada por la policía como traficante de drogas. Si no paga por este delito, pagará por otros.

—Ahora solo queda ver si liberará a su hija o la dejará hundirse con ella.

Robert asiente igual de preocupado que yo y pronto descubrimos que teníamos razón para estar así.

La madre de Nora jura no saber nada. Y no hay pruebas contra ella. Nada. Por este delito no la van a juzgar.

Por eso pido hablar con ella. Tener un cara a cara con la mujer que ha vuelto a hacerle daño a Nora.

Espero en la austera sala de visitas a que la traigan. No tarda en venir esposada. Al verme pone mala cara.

—¿Qué haces aquí?

—Solo quería ver a la mujer que es capaz de joder, por segunda vez en la vida, a su propia hija.

—Yo nunca la quise, por mí como si hubiera muerto. —En este momento doy gracias de que Nora no escuche esto.

—Tú ya has destrozado tu vida por tus decisiones. Hace años tomaste la de dejar a Nora con su hermano, de deshacerte de ella..., porque dudo que lo hicieras por ella.

—Me molestaba.

—Por lo que sea. Pero tú estás aquí por méritos propios y ella no. Le estás arruinando la vida. Y tú sabes la verdad. Sabes que la elegiste por lo buena que es, porque sabías que no se cuestionaría nada. Que te ayudaría y vosotros tendríais las manos limpias. No regresaste a ella como madre, sino como traficante. —Me mira con dureza—. Si te queda algo de humanidad, déjala libre. Deja que ella pague por sus propios errores, no por los tuyos.

—No voy a hacerlo, no soy como ella.

—Eso sin duda. Nora tiene suerte de no ser como tú. Y te juro que, si no confiesas, hallaremos la manera de que todo esto te salpique. No vamos a descansar hasta sacar a Nora de aquí, aunque tengamos que pasar por encima de ti.

Me marchó. Robert me espera y, cuando le cuento lo que ha pasado, noto como sus ojos se entristecen, porque en el fondo esperaba que cambiara de opinión. Que salvara a su hija, que por una vez hiciera algo bueno. En eso se parece a Nora; yo defiendo a las personas, pero ellos esperan siempre lo mejor de estas, aunque les hayan traicionado previamente.

La madre de Nora no cuenta la verdad, pero, tal y como le juré, no dejamos de buscar y al final encontramos algo: un móvil de prepago que compraron hace pocos meses y está a su nombre.

Tiramos de ese hilo y aparecen conversaciones donde cuenta cómo van a acercarse a Nora para engañarla, para usarla como puente entre ellos y el joven de la universidad, para pasar la droga sin levantar sospechas, pues nadie desconfiaría de Nora.

Está todo. Y la madre de Nora, ante las evidencias, no quiere cargar con toda la culpa e implica a su supuesto novio; cuenta que todo fue idea de él.

Las pruebas van apuntando a que la historia de Nora es cierta y por fin la dejan libre bajo fianza, con la tranquilidad casi total de que quedará libre de cargos.

Ahora mismo la estamos esperando todos en la puerta. Sin saber con qué nos vamos a encontrar. Katt ya nos ha contado que no está bien. Que no parece ella. En todos estos días no ha querido verme ni una vez. Al principio lo tenía prohibido, pero luego no acudía. Se negaba a ver a nadie.

Cuando sale, con sus escasas pertenencias, veo que está más delgada y sus ojos dorados siempre alegres están fríos cuando se entrelazan con los míos. No hay pasión en ellos, no hay nada.

Sus hermanos y sus sobrinos la abrazan, pero ella no hace amago de abrazar a nadie. Solo da pasos hacia atrás y, en cuanto puede, sale corriendo, tirando sus cosas al suelo y queriendo distanciarse del resto.

La sigo, la llamo, hasta que se monta en el coche de un extraño y este arranca.

Grito impotente mientras la veo alejarse. Y lo peor es que la entiendo. Entiendo que quiera buscar soledad. Que quiera comprender por qué le ha pasado esto, por qué ser buena la ha llevado a meterse en este lío.

Lo más triste es que no sé si en este proceso lo que había entre los dos se ha perdido también por el camino y si Nora será capaz de sonreír y de volver a buscar su propia felicidad.

NORA

Preferiría sentir tristeza, odio o algún sentimiento antes que este vacío que me pesa en el pecho desde que todo esto pasó.

Saber que mi madre me ha vuelto a dar uno de los peores recuerdos de mi vida es horrible. Yo creí en ella, en las segundas oportunidades, en mi mundo de fantasía donde mi madre venía hacia mí y era buena... Yo creía que podía tener una familia..., y ya la tenía.

Estos días que he pasado en la cárcel me han hecho pensar mucho. Por suerte una mujer, acusada de robo y con muy mala leche, me acogió bajo su ala y nadie se ha metido conmigo. He sido afortunada por no vivir lo peor de la cárcel, pero sí lo suficiente como para saber que no quiero volver a pasar por ello.

Era horrible dormirme y soñar con Mathew y mis amigos y después despertar en el mismo lugar oscuro y gris y saber que mis días estaban teñidos de pesadillas. Y todo por creer en la bondad de la gente.

No es la primera vez que esto le pasa a alguien, que inocentemente se ve metido en un problema de este tipo.

Me siento tonta, pero no me arrepiento de haberle dado otra oportunidad, aunque sí de no haber sabido ver que yo siempre tuve una familia ejemplar y que no necesitaba llenar el hueco con nadie más.

Robert y Jenna tal vez solo sean mi hermano mayor y mi cuñada, puede que ya no les diga «papá» y «mamá», pero siempre lo han sido para mí. Y me lo han dado todo sin pedir nada a cambio, y eso es ser una familia. Yo siempre encajé con ellos, dan igual los lazos que nos unan, somos una familia.

Que haya tenido que pasar por esto para darme cuenta de ello me hace sentir idiota.

Por eso necesitaba huir. Todos ahí esperándome, con amor, cariño..., y yo no había sabido apreciarlo.

Incluso Mathew, que no se ha separado de mi lado, que sé que ha venido todos los días a verme. Que me esperaba con un ramo de margaritas..., seguramente una por cada día que habíamos estado separados. Y yo no había tenido el valor de verlo. De dar la cara. Yo no necesito estar con él, ni con mis amigos, pero lo deseo.

No los necesito para sentirme completa, pero ellos completan mi mundo.

Ahora lo sé.

No era consciente de que la herida que mi madre me hizo hace tantos años con su abandono estaba tan abierta hasta ahora. Y ahora también sé que se ha cerrado. Porque, cuando me contó que solo testificó a mi favor porque no le quedaba más remedio, no sentí nada. Solo lástima por el hecho de que ella no haya sabido ser mi madre.

Hoy le dije adiós antes de salir, y lo dije de verdad. He cerrado para siempre esa puerta. Y he dejado de culparme por sus errores. Yo no tengo la culpa de sus decisiones. Solo de las mías.

Regreso a mi casa esperando encontrarme a todos mis amigos y familiares. No hay nadie. Me extraña y voy a mi cuarto sin entenderlo bien, hasta que me encuentro en el cuarto a Mathew sentado en la cama, con el ramo de margaritas a su lado, esperándome.

Nuestros ojos se encuentran de nuevo, pero esta vez le sonrío. En el fondo sé por qué está solo. Porque sabe que lo necesito, que no puedo con esto de golpe, pero necesito su fuerza.

Me tiende una mano y no dice nada; solo espera con una sonrisa en sus labios.

Me acerco a él y entrelazo mis dedos con los suyos. Lo acaricio y le digo tantas cosas con mis gestos que hasta noto como las lágrimas se escapan por mi mejilla.

—Bienvenida a casa. —Sé que lo dice por él, por nosotros, por lo que hay entre los dos.

—Estaba deseando regresar —le digo abrazándolo con fuerza y llorando todas las lágrimas que hasta ahora he contenido.

—No estás sola.

—Lo sé, ahora lo sé. Y también que no os necesito, sino que deseo estar a tu lado, al lado de todos.

—Lo sé —dice fanfarrón, dejando claro que me conoce bien, y me hace reír entre lágrimas.

Lo que él no sabe que es que yo también lo conozco muy bien y sé que, aunque estaba aquí esperándome tranquilo, en el fondo temía que, cuando saliera de la cárcel, le dijera que no quería seguir a su lado. Por eso me separo y lo beso con intensidad.

—Te quiero, te quiero, te quiero —le digo una y otra vez, y veo como sus ojos azules se inundan de calma.

—Y yo a ti, no te imaginas cuánto.

—Lo sé. —Ahora es él quien se ríe.

—Vamos a demostrar que la felicidad existe.

—Juntos. —Asiente y me besa.

Es posible que nos costara llegar hasta aquí, que fuéramos los últimos en darnos cuenta de que, mientras nos insultábamos, en verdad nos queríamos. Pero lo único que importa es que al final pasa lo que tiene que pasar y Mathew y yo, desde que nos conocimos, estábamos destinados a entendernos, a querernos.

EPÍLOGO



MATHEW

Por fin es verano, y tengo más tiempo libre..., o eso quiero pensar, porque en cuanto me descuido mi querido padre me dice que tengo que ir a no sé dónde para una reunión. Por suerte, Nora me acompaña y, aunque no acude a todas las fiestas, siempre me espera a la vuelta en mi cuarto y entre besos y caricias se lo cuento todo.

Mis padres ya saben lo de mi museo. Les encantó, y mi padre me ha dicho que puedo seguir ayudándolo y dando vida a mi sueño. Puedo viajar a sus hoteles y sus negocios y a la vez encontrar antigüedades, y me ha propuesto crear en sus hoteles una parte de museo donde exponer lo que encuentre de cada lugar donde tiene abierto uno. Me ha encantado la idea y me hace sentir bien, porque en el fondo no quería estar lejos de él, de su trabajo. Tal vez no sea mi sueño, pero me gusta trabajar con mi padre.

Ahora estoy echado en una de las tumbonas de la piscina de casa de mis padres. Tomando el sol. Hasta que noto algo frío y mojado.

Nora.

—¡Me estás empapando!

Se ríe y se restriega contra mí, mojándome por completo. Lo sigue haciendo hasta que la cojo y me tiro con ella agarrada a la piscina. Cuando emergemos me mira y me besa.

—Al fin he conseguido que dejes de ponerte más moreno y me hagas caso. —Enreda sus piernas en mi cintura.

—Si te hiciera más caso, ahora mismo estaríamos en mi cuarto, y no aquí con tanta gente rodeándonos.

Nora mira a nuestros familiares y amigos, pero le da igual y me abraza como si fuera un mono. En este tiempo ya se han acostumbrado a vernos así.

—¿Cuándo viajamos de nuevo?

—Seguro que pronto tendremos que hacerlo.

—Me muero por saber las historias que vas a encontrar.

—Soy muy bueno contándolas.

—El mejor.

Me mira feliz; ya no queda nada del dolor que le dejó su madre. Y por suerte ya no hay cargos en su contra, todo se aclaró.

Nora ahora es más ella, más libre, y parece mentira, pero lo sucedido ha hecho que se quite lastres del pasado. Ya no hace nada por un fin, solo se deja llevar por lo que la hace feliz. Y ha descubierto que su carrera le gusta más de lo que pensaba. Ahora estudia realmente porque quiere, porque quiere ayudar y ser justa. Con la pasión que le faltaba y con la devoción de alguien que ama lo que hace. Y sabe que, aunque su madre cometió un gran error, no todas son como ella y que, en ocasiones, las segundas oportunidades existen. Su trabajo consistirá en saber ver siempre lo mejor para cada niño.

La beso como tantas veces sin entender cómo es posible que cada día que pasa me enamore de nuevo de ella y dando gracias por que así sea y que a ella le pase lo mismo.

De repente se hace el silencio entre los que nos rodean y todos miran hacia la entrada.

Erik.

Ha vuelto de la rehabilitación, ya lo sabíamos. Lo esperábamos, pero seguro que nadie esperaba encontrarlo tan demacrado. Tan delgado.

Nos saluda y se va con sus padres y su hermana. Ya no le quedan secuelas del accidente, salvo una cicatriz en la cara y algunas que no se ven bajo la ropa, pero algo ha cambiado para siempre en él, y lo peor es que esto pasó mucho antes de meterse en las drogas y nadie sabe cuál fue el detonante.

—Está muy cambiado —me dice Nora—. ¿Crees que algún día volverá a ser el que era?

—Solo el tiempo lo dirá.

Y es cierto, solo el tiempo es capaz de contar la verdad de una historia, de sanar heridas y de juntar a dos personas que, sin saberlo, estaban destinadas a comprenderse.

Miro a Nora y me sonrío. Y solo por los viejos tiempos le hago una aguadilla.

Cuando sale me tira agua a la cara y río feliz antes de abrazarla. Qué suerte tengo de que a mi lado sea ella misma, porque solo al lado de quien te conoce bien puedes encontrar la felicidad.



Nació el 5 de febrero de 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta, no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario, ya que con nueve años empezó a escribir teatro y, con doce, poesías en los cuadernos de clase, y fue cuando comenzó su primera novela.

Pero no fue hasta los dieciocho cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor.

Administradora de la web literaria de éxito teregalounlibro.com, cuenta con un millón y medio de visitas.

Actualmente sigue escribiendo los nuevos libros que pronto verán la luz.

Su lema desde que empezó a luchar por ser escritora:

«*La única batalla que se pierde es la que se abandona*»

Logros

- **Nominada a los premios DAMA'14** a la mejor novela romántica juvenil con *Me enamoré mientras mentías*.
- **Nominada a los premios DAMA'15** a la mejor novela contemporánea con *Por siempre tú*.
- **Ganadora de los premios Avenida'15** a la mejor novela romántica y como mejor autora de romántica'15 con *Por siempre tú*.
- **Numero 1 en ebook en Amazon.es, Amazon.com e Itunes**, y play store con varias de sus novelas publicadas.

REDES SOCIALES

- Facebook: @MoruenaEstringana.Escritora
- Twitter: @MoruenaE
- Instagram: MoruenaE

BIBLIOGRAFÍA

Libros publicados:

El círculo perfecto (autoeditado, 2009, y Editorial Ambar, 2010), *La maldición del círculo perfecto* (autoeditado, 2012), *Me enamoré mientras dormía* (Editorial Nowevolution, 2014), *Me enamoré mientras mentías* (Editorial Nowevolution, 2014), *Por siempre tú* (Ediciones Kiwi, marzo de 2015), *Viaje hacia tu corazón* (Click Ediciones, Grupo Planeta, septiembre de 2015), *El círculo perfecto*, reedición ampliada (Red Apple ediciones, enero de 2016), *Mi error fue amar al príncipe* (Click Ediciones, enero de 2016), *Mi error fue buscarte en otros brazos* (Click Ediciones, febrero de 2016), *¿Sabes una cosa? Te quiero* (Nowevolución, febrero de 2016), *Mi error fue confiar en ti* (Click Ediciones, marzo de 2016), *Solo tú* (Ediciones Kiwi, marzo de 2016), *Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana* (Click Ediciones, abril de 2016), *Déjame amarte* (Romantic Ediciones, abril de 2016), *Mi error fue amarte* (Click Ediciones mayo de 2016), *Mi error fue creer en cuentos de hadas* (Click Ediciones, junio/julio de 2016), *Mi error fue no ser yo misma* (Click Ediciones, septiembre de 2016), *Mi error fue tu promesa* (Click Ediciones, octubre de 2016), *Por siempre solo tú* (Ediciones Kiwi, octubre de 2016), *La maldición del círculo perfecto* (Red Apple ediciones, octubre de 2016), *Mi error fue ser solo tu mejor amiga* (Click Ediciones, noviembre de 2016), *Déjame amarte* (Click Ediciones, noviembre de 2016), *Mi error fue ser solo tu mejor amiga* (Click Ediciones, diciembre de 2016), *¿Te confieso una cosa? Te amo* (Nowevolution, diciembre de 2016), *Eternamente tú* (Ediciones Kiwi, enero de 2017), *El círculo perfecto inmortal* (Red Apple Ediciones, abril de 2017).

Antologías

150 rosa, Editorial divalentis.

Libro de relatos, de VI RA.

Venus, de Nowevolución.

Relatos en la web NUBICO

Mi chica de los dulces

Tú me enseñaste a amar

El latir de mi corazón

Los besos que me debes

Promesa bajo las estrellas

Tú eres mi deseo

Tan solo un instante

Ignoras cuánto te amo.
Serie Sweet Love 4
Moruena Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2017

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, freya-photographer / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

ISBN: 978-84-08-17486-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Amistad inesperada Serie Sweet Love - I
Moruena Estríngana

Amor descontrolado Serie Sweet Love -II
Moruena Estríngana

Viaje hacia tu corazón
Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte I
Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II
Moruena Estríngana

Mi error fue buscarte en otros brazos. Parte I
Moruena Estríngana

Mi error fue buscarte en otros brazos. Parte II
Moruena Estríngana

Mi error fue confiar en ti. Parte I
Moruena Estríngana

Mi error fue confiar en ti. Parte II
Moruena Estríngana

Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana. Parte I
Moruena Estríngana

Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana. Parte II
Moruena Estríngana

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

